

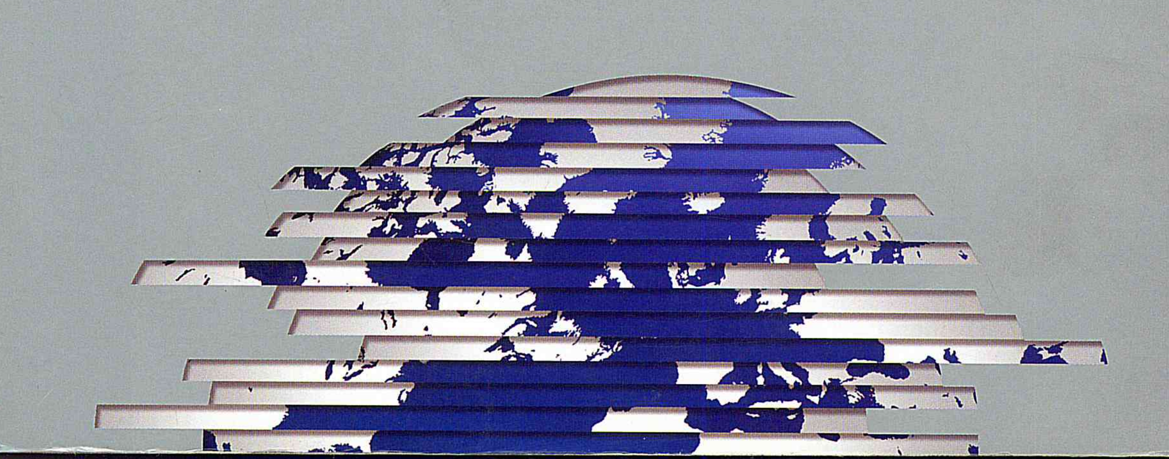
BESTSELLER DEL *NEW YORK TIMES*

GEORGE FRIEDMAN

LOS PRÓXIMOS 100 AÑOS

PRONÓSTICOS PARA EL SIGLO XXI

OCEANO



A quien contempla racionalmente el mundo, el mundo le ofrece a cambio un aspecto racional. La relación es mutua.

Georg W. F. Hegel

Obertura: Una introducción a la era estadunidense

Imagine el lector que hubiese vivido el verano de 1900 en Londres, entonces la capital del mundo. Europa regía el hemisferio oriental. Casi no había sitio alguno que, si no regido directamente por ella, no estuviera indirectamente controlado desde una capital europea. Europa estaba en paz y disfrutaba de una prosperidad sin precedente. Debido al comercio y la inversión, la interdependencia europea era tal que personas serias afirmaban que la guerra era ya imposible —y si no imposible, que terminaría a unas cuantas semanas de iniciada—, porque los mercados financieros globales no soportarían la tensión. El futuro parecía fijado: una Europa pacífica y próspera gobernaría al mundo.

Imagínese ahora el lector en el verano de 1920. Europa había sido destruida por una guerra atroz. El continente estaba en ruinas. Los imperios austrohúngaro, ruso, alemán y otomano se habían desplomado y millones habían muerto en una guerra de años. La conflagración llegó a su fin con la intervención del ejército estadunidense, el que, con un millón de efectivos, se fue casi tan pronto como llegó. El comunismo dominaba en Rusia, pero no estaba claro que pudiera sobrevivir. Países en la periferia del poderío europeo, como Estados Unidos y Japón, emergieron de repente como grandes potencias. Pero una cosa era segura: el tratado de paz impuesto a Alemania garantizaba que este país no reemergería en mucho tiempo.

Imagine el verano de 1940. Alemania no sólo había reemergido, sino que además había conquistado Francia y dominaba Europa.

El comunismo sobrevivió y la Unión Soviética se había aliado con la Alemania nazi. Sólo Gran Bretaña se alzaba contra Alemania; y en opinión de casi todas las personas razonables, la guerra había terminado. Tal vez el Reich no duraría mil años, pero era indudable que el destino de Europa se había decidido para un siglo. Alemania dominaría Europa y heredaría su imperio.

Imagine ahora el verano de 1960. Alemania había sido aplastada en la guerra, vencida en menos de cinco años. Europa estaba ocupada, dividida por la mitad entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Los imperios europeos se derrumbaban, y Estados Unidos y la Unión Soviética competían por heredarlos. Los estadunidenses habían rodeado a los soviéticos y, con un arsenal abrumador de armas nucleares, podían aniquilarlos en horas. Estados Unidos emergía como la superpotencia global. Dominaba todos los mares del mundo, y con su fuerza nuclear podía imponer sus condiciones a cualquiera. Un *impasse* era lo más que los soviéticos podían esperar, a menos que invadieran Alemania y conquistaran Europa. Ésta era la guerra para la que todos se preparaban. Y en segundo plano, la China maoísta, considerada fanática, era para todos el otro peligro.

Ahora imagine el verano de 1980. Estados Unidos había sido derrotado en una guerra que duró siete años, y no por la Unión Soviética, sino por Vietnam del Norte, un país comunista. Se le veía, y se veía a sí mismo, en retirada. Expulsado de Vietnam, después se le echó también de Irán, cuyos pozos petroleros, no más bajo control estadunidense, parecían a punto de caer en manos de la Unión Soviética. Para contenerla, Estados Unidos se alió con la China maoísta: los presidentes de ambos países sostuvieron una afable reunión en Beijing. Sólo esta alianza parecía capaz de contener a la potente Unión Soviética, que aparentaba ascender en forma vertiginosa.

Imagine el verano de 2000. La Unión Soviética se había desplomado totalmente. China seguía siendo comunista de nombre, pero se había vuelto capitalista en la práctica. La Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) había avanzado sobre Europa

oriental, e incluso sobre la antigua Unión Soviética. El mundo era próspero y pacífico. Todos sabían que las consideraciones geopolíticas habían perdido importancia frente a las económicas, y los únicos problemas eran regionales, en casos perdidos como Haití o Kosovo.

Entonces llegó el 11 de septiembre de 2001, y el mundo volvió a ponerse de cabeza.

En cierto nivel, y tratándose del futuro, lo único de lo que se puede estar cierto es de que la lógica habitual fallará. No existe ningún ciclo mágico de veinte años, ni una fuerza simplista que gobierne este patrón. Sencillamente, lo que en la historia parece permanente y dominante en un momento dado, puede cambiar con una rapidez asombrosa. Épocas van y vienen. En las relaciones internacionales, el aspecto que en este instante guarda el mundo no es en absoluto el que tendrá en veinte años… o aun menos. Era difícil imaginar que la Unión Soviética se vendría abajo, y ése es precisamente el asunto. El análisis político convencional padece una grave falta de imaginación. Supone que las nubes pasajeras son permanentes y no percibe los cambios impresionantes y duraderos que ocurren a la vista de todo el mundo.

Si estuviéramos a comienzos del siglo XX, sería imposible pronosticar los acontecimientos particulares que acabo de listar. Pero algo habría podido pronosticarse, y de hecho así fue. Por ejemplo, resultaba obvio que Alemania, tras haberse unido en 1871, era una potencia importante en una posición insegura (atrapada entre Rusia y Francia), y que quería redefinir los sistemas europeo y global. La mayoría de los conflictos de la primera mitad del siglo XX atañeron a la condición de Alemania en Europa. Y aunque no habrían podido pronosticarse momentos y lugares de guerra, muchos europeos *podían* pronosticar, y lo *hicieron*, la probabilidad de una guerra.

La parte más difícil de esta ecuación era vaticinar que las guerras serían devastadoras y que, después de la primera y segunda guerras mundiales, Europa perdería su imperio. Pero, en particular tras la invención de la dinamita, hubo quienes predijeron que en lo sucesivo las guerras serían catastróficas. Si el pronóstico de la tecnología se

hubiera combinado con el de la geopolítica, bien habría podido predecirse la destrucción de Europa. Ciertamente, el ascenso de Estados Unidos y Rusia se predijo en el siglo XIX. Tanto Alexis de Tocqueville como Friedrich Nietzsche pronosticaron la preminencia de esos dos países. Así, con disciplina y algo de suerte, a principios del siglo XX habría podido pronosticarse el perfil general de la centuria.

El siglo XXI

Situados a principios del siglo XXI, nos corresponde identificar el acontecimiento capital de este periodo, el equivalente a la unificación alemana para el siglo XX. Una vez levantados los escombros del imperio europeo, así como lo que quedó de la Unión Soviética, una potencia se mantiene en pie, con un poder arrollador. Esa potencia es Estados Unidos. Claro que, como suele suceder, hoy parece que ese país hace destrozos en el mundo entero. Pero es importante no dejarse confundir por el caos transitorio. En lo económico, militar y político, Estados Unidos es el país más poderoso del mundo, y no hay rival que amenace ese poder. Como ocurrió con la guerra hispano-estadunidense (1898), dentro de cien años la de Estados Unidos con los islamistas radicales apenas si se recordará, pese al sentir que prevalece en nuestro tiempo.

Desde la guerra civil (1861-1865), Estados Unidos ha experimentado un ascenso económico extraordinario. Ha pasado de una nación marginal en desarrollo a una economía más grande que las cuatro subsiguientes combinadas. En lo militar ha pasado de ser una fuerza insignificante a dominar el globo. En lo político toca prácticamente todo, a veces en forma intencional y otras por su sola presencia. En el curso de la lectura, este libro parecerá *americéntrico*, escrito desde el punto de vista estadunidense. Quizá sea así, pero mi argumento es que el mundo gira, de hecho, alrededor de Estados Unidos.

Esto se debe no sólo al poderío estadunidense. También tiene que ver con un cambio fundamental en la manera de operar del mun-

do. En los últimos quinientos años, Europa fue el centro del sistema internacional, y sus imperios crearon un sistema global por primera vez en la historia humana. La principal vía de acceso a Europa era el Atlántico norte. Quien lo controlaba, controlaba el acceso a Europa, y el de Europa al mundo. La geografía básica de la política global estaba en su sitio.

Pero a comienzos de la década de los ochenta sucedió algo notable. Por primera vez en la historia, el comercio traspacífico igualó al comercio trasatlántico. Luego de que Europa quedó reducida a una serie de potencias secundarias al cabo de la segunda guerra mundial, y con el cambio en los patrones comerciales, el Atlántico norte dejó de ser la clave única. Esta vez, el país que controlara tanto el Atlántico norte como el Pacífico podría controlar, si lo deseaba, el sistema comercial mundial, y por ende la economía global. En el siglo XXI, cualquier nación situada entre ambos océanos tiene una ventaja enorme.

Dado el costo de la acumulación de poderío naval y el alto costo de su despliegue alrededor del mundo, la potencia originaria de esos dos océanos se convirtió en el actor preminente en el sistema internacional, por la misma razón por la que Gran Bretaña dominó el siglo XIX: vivía junto al mar que debía controlar. Así, América del Norte remplazó a Europa como centro de gravedad del mundo, y el país que domine América del Norte tiene prácticamente asegurado el título de potencia global dominante. Al menos durante el siglo XXI, ese país será Estados Unidos.

Su inherente poderío, además de su posición geográfica, convierte a Estados Unidos en el actor principal del siglo XXI. Sin duda, esto no lo hace querido. Al contrario, su poder provoca que se le tema. De esta manera, la historia del siglo XXI, y de su primera mitad en particular, girará en torno a dos tentativas opuestas. Una será la de potencias secundarias de formar coaliciones para intentar contener y controlar a Estados Unidos. La segunda será la de Estados Unidos de actuar preventivamente para impedir que se forme una coalición efectiva.

Si consideramos el inicio del siglo XXI como el amanecer de la

era estadunidense (en sustitución de la europea), vemos que empezó cuando un grupo de musulmanes trató de recrear el califato, el gran imperio islámico que alguna vez se extendió del Atlántico al Pacífico. Inevitablemente, ese grupo tuvo que atacar a Estados Unidos, en un intento por envolver en una guerra a la primera potencia mundial, a fin de poner en evidencia su debilidad y detonar una insurrección islámica. Estados Unidos respondió invadiendo el mundo islámico. Pero su meta no era ganar. Ni siquiera estaba claro qué significaba ganar. Su meta era sólo perturbar al mundo musulmán y ponerlo en contra de sí mismo, para que no emergiera un imperio islámico.

Estados Unidos no necesita ganar guerras. Le basta con trastornar las cosas para que el otro bando no acumule fuerza suficiente para desafiarlo. En cierto nivel, el siglo XXI presenciará una serie de confrontaciones que implicarán a potencias menores deseosas de establecer coaliciones para controlar la conducta de Estados Unidos y perturbar sus crecientes operaciones militares. El siglo XXI atestiguará aún más guerras que el XX, pero serán mucho menos catastróficas, debido tanto a cambios tecnológicos como a la naturaleza del reto geopolítico.

Como hemos visto, los cambios que conducen a una era distinta siempre son completamente inesperados, y los primeros veinte años de este nuevo siglo no serán la excepción. La guerra entre Estados Unidos y los islamistas llega ya a su fin, y el siguiente conflicto está a la vista. Rusia recrea su antigua esfera de influencia, que inevitablemente desafiará a Estados Unidos. Los rusos marcharán al oeste, hacia las grandes llanuras del norte de Europa. Mientras reconstruye su poder, Rusia tropezará con la OTAN, bajo dominio estadunidense, en los tres países bálticos —Estonia, Letonia y Lituania—, así como en Polonia. Habrá otros puntos de fricción a principios del siglo XXI, pero esta nueva guerra fría aportará los puntos más álgidos una vez terminada la guerra de Estados Unidos con los islamistas.

Los rusos no pueden evitar reafirmar su poder, y Estados Unidos no puede evitar resistirse a eso. Pero a la larga, es imposible que Rusia gane. Sus graves problemas internos, la cuantiosa disminución

de su población y sus deficiencias de infraestructura vuelven definitivamente sombrías sus perspectivas de sobrevivencia duradera. Y la segunda guerra fría, menos terrible y mucho menos global que la anterior, acabará como la primera: con la debacle rusa.

Muchos predicen que China es el nuevo rival de Estados Unidos, no Rusia. No estoy de acuerdo, por tres razones. Primero, cuando se observa con atención el mapa de China, se advierte que se trata en realidad de un país muy aislado físicamente. Con Siberia al norte, los Himalaya y la selva al sur y la mayoría de su población en la parte oriente del territorio, los chinos no se extenderán con facilidad. Segundo, China no ha sido una potencia naval importante durante siglos, y erigir una armada requiere mucho tiempo, no sólo para construir barcos, sino también para formar marinos experimentados.

Tercero, hay una razón todavía más profunda para no preocuparse por China. Se trata de un país inherentemente inestable. Cada vez que abre sus fronteras al exterior, el litoral se vuelve próspero, pero la inmensa mayoría de los chinos del interior siguen en la pobreza. Esto produce tensiones, conflictos e inestabilidad. Y lleva también a tomar decisiones económicas por motivos políticos, lo que resulta en ineficiencia y corrupción. Ésta no es la primera vez que China se abre al comercio exterior, y no será la última en que esto la vuelva inestable. Como tampoco será la última en que emerja una figura parecida a Mao para aislar al país del exterior, uniformar la riqueza —o la pobreza— y recomenzar el ciclo. Algunos creen que las tendencias de los treinta últimos años continuarán indefinidamente. Yo pienso que el ciclo de China pasará a su fase siguiente e inevitable en la década que viene. Lejos de ser un rival, China es un país al que Estados Unidos tratará de reforzar y mantener unido como contrapeso a los rusos. El actual dinamismo de la economía china no se traducirá en éxito a largo plazo.

A mediados de siglo emergerán otras potencias, países a los que hoy no se tiene por grandes potencias pero que, supongo, se volverán más firmes y poderosos en las próximas décadas. Tres de ellos sobre-

salen en particular. El primero es Japón. Se trata de la segunda economía del mundo, y la más vulnerable, pues depende en alto grado de la importación de materias primas, de las que carece casi por completo. Con una historia de militarismo, Japón no seguirá siendo la potencia pacifista marginal que ha sido hasta ahora. No puede hacerlo. Sus serios problemas demográficos y su aversión a la inmigración de gran escala lo obligarán a buscar nuevos trabajadores en otros países. Las vulnerabilidades de Japón, sobre las que ya he escrito antes y que los japoneses han manejado hasta ahora mejor de lo que yo habría esperado, impondrán a la larga un cambio de política.

Después está Turquía, hoy la decimoséptima economía del mundo. Históricamente, los turcos han dominado los imperios islámicos importantes. Los otomanos cayeron al término de la primera guerra mundial, arrastrando consigo a la Turquía moderna. Pero Turquía es una plataforma estable en medio del caos. Los Balcanes, el Cáucaso y el mundo árabe al sur son inestables. Al aumentar el poder de Turquía —y su economía y ejército son ya los más poderosos de la región—, aumentará también su influencia.

Finalmente está Polonia. Esta nación no ha sido gran potencia desde el siglo XVI. Pero alguna vez lo fue, y creo que lo será de nuevo. Dos factores lo hacen posible. El primero será la decadencia de Alemania. La economía de este país es grande y sigue creciendo, pero ha perdido su dinamismo de los dos últimos siglos. Además, su población disminuirá drásticamente en los próximos quince años, lo que socavará aún más su poder económico. Segundo, mientras los rusos sigan presionando a los polacos por el este, los alemanes no apetecerán una tercera guerra con Rusia. Pero Estados Unidos respaldará a Polonia, a la que brindará amplio apoyo económico y técnico. Cuando un país no sale destruido, las guerras estimulan el crecimiento económico, y Polonia será la potencia principal en una coalición de Estados contra los rusos.

Japón, Turquía y Polonia enfrentarán por separado a Estados Unidos, pero lo encontrarán más firme aún que tras la segunda caída

de la Unión Soviética. Esta situación será explosiva. Como veremos a lo largo de este libro, las relaciones entre esos cuatro países afectarán enormemente al siglo XXI, y conducirán, en definitiva, a la siguiente guerra global. Esta guerra se librará de manera distinta a cualquier otra en la historia, con armas que hoy pertenecen todavía al terreno de la ciencia ficción. Pero como intentaré explicar, este conflicto de mediados del siglo XXI se derivará de las fuerzas dinámicas nacidas en la primera parte del mismo.

Grandes adelantos técnicos se desprenderán de este enfrentamiento, como ocurrió en la segunda guerra mundial, y uno de ellos será especialmente decisivo. Todos los bandos buscarán nuevas fuentes de energía en remplazo de los hidrocarburos, por obvias y numerosas razones. La fuerza solar es teóricamente la fuente de energía más eficiente sobre la Tierra, pero requiere enormes conjuntos de receptores. Estos receptores ocupan espacio considerable en la superficie terrestre y tienen muchos impactos ambientales negativos, por no hablar de que están sujetos a los ciclos problemáticos del día y la noche. Durante la guerra global por venir, en cambio, conceptos desarrollados antes de la conflagración para generar electricidad desde el espacio, la que se transmitirá a la Tierra en forma de radiación de microondas, pasarán rápidamente del prototipo a la realidad. Viajando gratis a cuestas de la capacidad militar de lanzamiento espacial, esa nueva fuente de energía se adoptará como se hizo con la internet o los ferrocarriles, con apoyo del gobierno. Y eso dará origen a un gran auge económico.

Sin embargo, en el fondo de todo esto estará el hecho más importante del siglo XXI: el fin de la explosión demográfica. Para 2050, los países industriales avanzados perderán población a pasos agigantados. Para 2100, aun los países menos desarrollados habrán conseguido tasas de natalidad que estabilizarán su población. Desde 1750, el sistema global se ha edificado sobre la expectativa del crecimiento continuo de la población. Más trabajadores, más consumidores, más soldados: ésta fue siempre la perspectiva. Pero en el siglo XXI

ya no será así. Todo el sistema de producción cambiará. Este cambio obligará al mundo a depender más de la tecnología, en particular de los robots que sustituirán al trabajo humano y de una investigación genética más intensa (con el propósito no tanto de prolongar la vida como de lograr que la gente sea productiva durante más tiempo).

¿Cuál será el resultado inmediato de la contracción de la población mundial? La verdad es que, en la primera mitad del siglo, la reducción demográfica provocará gran escasez de mano de obra en los países industriales avanzados. Hoy el problema para los países desarrollados es impedir la entrada a los inmigrantes. En la primera mitad del siglo XXI el problema será convencerlos de que entren. Los países llegarán al extremo de pagar a la gente para que se mude a su territorio. Entre ellos se hallará Estados Unidos, que competirá por inmigrantes cada vez más escasos y hará todo lo posible por atraer mexicanos, viraje irónico pero inevitable.

Estos cambios conducirán a la última crisis del siglo XXI. México es actualmente la decimoquinta economía del mundo. Conforme los europeos decaigan, los mexicanos, como los turcos, subirán de rango, hasta convertirse a fines del siglo XXI en una de las principales potencias económicas del mundo. Durante la gran migración al norte alentada por Estados Unidos, el equilibrio demográfico en la antigua "cesión mexicana" (las áreas de Estados Unidos tomadas a México en el siglo XIX) cambiará drásticamente, hasta que gran parte de la región sea predominantemente mexicana.

Esa realidad social será vista por el gobierno de México como, sencillamente, una rectificación de derrotas históricas. En 2080, supongo, habrá una confrontación seria entre Estados Unidos y un México cada vez más poderoso y seguro de sí mismo. Esa confrontación bien podría tener consecuencias imprevistas para Estados Unidos, y es probable que no haya terminado para 2100.

Gran parte de lo que he dicho aquí puede parecer casi inconcebible. La idea de que el siglo XXI culminará con una confrontación entre México y Estados Unidos es sin duda difícil de imaginar hoy en

día, lo mismo que la idea de una Turquía o Polonia poderosa. Pero basta con recordar las primeras páginas de este capítulo, en las que describí el aspecto del mundo en intervalos de veinte años durante el siglo XX, para entender a lo que voy: a que lo único seguro es que la lógica convencional se equivocará.

Obviamente, cuanto más granular es la descripción, menos confiable se vuelve. Es imposible pronosticar detalles precisos del siglo venidero, salvo el hecho de que para cuando termine yo tendré mucho tiempo de haber muerto y no podré saber qué errores cometí. Pero sostengo que es perfectamente posible visualizar a grandes rasgos lo que va a suceder, e intentar definirlo un poco, por especulativa que pueda ser esta definición. De eso es de lo que trata este libro.

Pronosticar cien años

Antes de entrar en detalles sobre guerras globales, tendencias demográficas o cambios tecnológicos, es importante que haga referencia a mi método; es decir, a la manera exacta en cómo puedo pronosticar lo que anticipo. No me interesa que se me tome en serio acerca de los detalles de la guerra que preveo para 2050. Pero sí que se me tome en serio en términos de cómo se librarán entonces las guerras, sobre el papel central del poderío estadunidense, la probabilidad de que otros países lo desafíen y acerca de algunos de los países que creo que lo harán (y no lo harán). Y esto implica cierta justificación. La idea de una confrontación y hasta una guerra entre Estados Unidos y México hará dudar a casi todas las personas razonables, pero me gustaría mostrar por qué y cómo es posible hacer estas afirmaciones.

Ya dije que las personas razonables son incapaces de prever el futuro. El viejo lema de la Nueva Izquierda "Sé práctico, exige lo imposible" debe cambiar a "Sé práctico, espera lo imposible". Esta idea se halla en el centro mismo de mi método. Desde una perspectiva más sustancial, se llama geopolítica.

La geopolítica no es simplemente una manera pretenciosa de decir "relaciones internacionales". Es un método para pensar acerca del mundo y pronosticar lo que sucederá. Los economistas hablan de una mano invisible, por la cual las actividades inmediatas e interesadas de la gente llevan a lo que Adam Smith llamó "la riqueza de las naciones". La geopolítica aplica el concepto de la mano invisible al comportamiento de las naciones y otros actores internacionales. La búsqueda del interés propio e inmediato por las naciones y sus líderes lleva, si no a la riqueza de las naciones, sí al menos a una conducta predecible, y por ende a la posibilidad de pronosticar la forma del sistema internacional futuro.

Tanto la geopolítica como la economía suponen que los participantes son racionales, al menos en el sentido de saber cuál es su interés propio inmediato. Puesto que son actores racionales, la realidad les ofrece opciones limitadas. Se da por sentado que, en general, personas y naciones perseguirán su interés propio, si no de manera infalible, al menos tampoco aleatoria. Piénsese en una partida de ajedrez. A primera vista parece que cada jugador dispone de veinte movimientos iniciales posibles. Pero de hecho son mucho menos, porque la mayoría de esos movimientos son tan insensatos que conducirían pronto a la derrota. Cuanto mejor se es en el ajedrez, más claramente se perciben las opciones disponibles, y se cuenta con menos movimientos. Entre mejor es el jugador, más predecibles son sus movimientos. El gran maestro juega con una precisión absolutamente predecible… hasta ese golpe brillante e inesperado.

Las naciones se comportan igual. Los millones o cientos de millones de personas que componen una nación están constreñidas por la realidad. Generan líderes que no lo serían si fueran irracionales. Ponerse a la cabeza de millones de personas no es algo que los tontos suelan hacer. Los líderes conocen su menú de nuevos movimientos y los ejecutan, si no a la perfección, al menos bien. Un ocasional maestro topará con un movimiento asombrosamente inesperado y exitoso, pero el acto de gobernar se reduce casi siempre a dar el necesario

y lógico paso siguiente. Cuando los políticos se ocupan de la política exterior de un país, operan de la misma manera. Si un líder muere y es remplazado, emerge otro, que muy probablemente continuará lo que hacía el anterior.

No afirmo que los líderes políticos sean genios o eruditos, y ni siquiera damas y caballeros. Sólo que saben cómo ser líderes, o no habrían emergido como tales. A todas las sociedades les deleita denigrar a sus líderes políticos, y es indudable que éstos cometen errores. Pero, bien examinados, es raro que sus errores sean absurdos. Lo más probable es que les sean impuestos por las circunstancias. A todos nos gustaría creer que jamás habríamos actuado con tanta torpeza, o que no lo habría hecho nuestro candidato favorito. Pero esto casi nunca es cierto. Así, la geopolítica no toma muy en serio al líder individual, tal como la economía no toma demasiado en serio al empresario individual. Ambos participantes saben cómo manejar un proceso, pero no están en libertad de romper las reglas, sumamente rígidas, de su profesión.

Por consiguiente, rara vez los políticos son actores libres. Sus acciones están determinadas por las circunstancias, y las políticas públicas son una respuesta a la realidad. Dentro de márgenes estrechos, las decisiones políticas pueden importar. Pero el líder más brillante de Islandia nunca hará de este país una potencia mundial, mientras que el más torpe líder de Roma durante el apogeo de esta ciudad no pudo socavar su poder fundamental. La geopolítica no tiene que ver con lo correcto e incorrecto de las cosas ni con las virtudes o vicios de los políticos, como tampoco con los debates de política exterior. Tiene que ver con las fuerzas impersonales y generales que constriñen a las naciones y los seres humanos y los compelen a actuar de cierta manera.

La clave para entender la economía es aceptar que siempre hay consecuencias no buscadas. Actos que la gente lleva a cabo por buenas razones tienen resultados que ella no previó ni planeó. Lo mismo puede decirse de la geopolítica. Es de dudar que la ciudad de

Roma, cuando inició su expansión en el siglo VII a.C., haya tenido un plan maestro para conquistar el mundo del Mediterráneo quinientos años después. Pero el primer acto de sus habitantes contra ciudades vecinas puso en marcha un proceso tanto constreñido por la realidad como rebosante de consecuencias no buscadas. Roma no fue planeada, pero tampoco fue obra del azar.

El pronóstico geopolítico no supone entonces que todo está predeterminado. Esto significa que lo que la gente cree hacer, lo que espera lograr y el resultado definitivo no son lo mismo. Naciones y políticos persiguen sus fines inmediatos tan constreñidos por la realidad como un gran maestro por el tablero, las piezas y las reglas. A veces aumentan el poder de la nación. Otras la llevan a la catástrofe. Es raro que el resultado final sea lo que querían lograr desde el principio.

La geopolítica supone dos cosas. Primero, que los seres humanos se organizan en unidades más grandes que la familia, y que al hacerlo deben participar en política. También, que los seres humanos tienen una lealtad natural a las cosas, personas y lugares donde nacieron. La lealtad a una tribu, ciudad o nación es natural en la gente. En nuestro tiempo, la identidad nacional es muy importante. La geopolítica enseña que la relación entre las naciones es una dimensión esencial de la vida humana, y eso quiere decir que la guerra es ubicua.

Segundo, la geopolítica supone que el carácter de una nación está determinado, en gran medida, por la geografía, como la relación entre naciones. Usamos el término *geografía* en sentido amplio. Éste incluye las características físicas de un sitio, pero va más allá para considerar los efectos de un lugar en los individuos y comunidades. En la antigüedad, la diferencia entre Esparta y Atenas era la diferencia entre una ciudad sin salida al mar y un imperio marítimo. Atenas era rica y cosmopolita, mientras que Esparta era pobre, provinciana y violenta. Un espartano era muy diferente a un ateniense tanto en cultura como en política.

Si esos supuestos se comprenden, es posible pensar en un gran número de seres humanos unidos por lazos humanos naturales,

constreñidos por la geografía y que actúan de cierta manera. Estados Unidos es Estados Unidos, y por tanto debe comportarse de cierta manera. Lo mismo vale para Japón, Turquía o México. Cuando se llega más hondo y se advierten las fuerzas que dan forma a las naciones, puede verse que el menú del que eligen es limitado.

El siglo XXI será como cualquier otro. Habrá guerras, habrá pobreza, habrá triunfos y derrotas. Habrá tragedia y buena suerte. La gente irá a trabajar, ganará dinero, tendrá hijos, se enamorará y llegará a odiar. Esto es lo único que no es cíclico. Es la permanente condición humana. Pero el siglo XXI será extraordinario en dos sentidos: dará inicio a una nueva era y verá a una nueva potencia global a horcajadas sobre el mundo. Esto no ocurre muy seguido.

Nos hallamos hoy en una era americéntrica. Para comprenderla, debemos comprender a Estados Unidos, no sólo porque sea muy poderoso, sino también porque su cultura permeará y definirá al mundo. Así como la cultura de Francia y de Gran Bretaña fue definitiva durante sus correspondientes épocas de poder, la cultura estadunidense, joven y bárbara como es, definirá la manera de pensar y vivir del mundo. En consecuencia, estudiar el siglo XXI significa estudiar a Estados Unidos.

Si pudiera afirmar una sola cosa sobre el siglo XXI, sería que la era europea ha terminado y ha comenzado la era norteamericana, y que Estados Unidos dominará América del Norte durante los próximos cien años. Los acontecimientos del siglo XXI girarán en torno a Estados Unidos. Esto no necesariamente quiere decir que el régimen de esa nación sea justo o moral. Y ciertamente no quiere decir que ya haya desarrollado una civilización madura. Pero sí significa que, en más de un sentido, la historia del siglo XXI será la historia de Estados Unidos.

El amanecer de la era estadunidense

Impera entre los estadunidenses la arraigada creencia de que su país se acerca a su destrucción. Examínense si no las cartas al director de algún diario, la internet y el discurso público. Guerras desastrosas, déficit incontrolados, altos precios de la gasolina, tiroteos en universidades, corrupción en empresas y gobierno y una interminable letanía de deficiencias más —muy reales todas ellas— crean la sensación de que el sueño americano se ha hecho añicos, y de que Estados Unidos ya vio pasar su momento de gloria. Y si esto no termina de convencer, óigase a los europeos. Ellos asegurarán que los mejores días de ese país han quedado atrás.

Lo raro es que todas esas aprensiones también estuvieron presentes durante la presidencia de Richard Nixon (1969-1974), junto con muchos de los mismos motivos. Prevalece, así, un temor continuo de que el poderío y la prosperidad estadunidenses son ilusorios, y de que el desastre está a la vuelta de la esquina. Esta sensación va más allá de las ideologías. Ambientalistas y conservadores cristianos emiten el mismo mensaje. A menos que los estadunidenses se enmienden, pagarán el precio, y para entonces bien podría ser demasiado tarde.

Es curioso que justo la nación que cree en su destino manifiesto tenga no sólo la impresión de un desastre inminente, sino también una sensación acuciante de ya no ser lo que fue. Nostálgicos, los estadunidenses creen que la década de los cincuenta fue "más fácil". Extraña suposición. Con la guerra de Corea y McCarthy en un extremo,

Little Rock en medio y el *Sputnik* y Berlín en el otro, y con la genuina amenaza de guerra nuclear en todo momento, los años cincuenta fueron en realidad un periodo de extrema angustia y aprensión. Un libro muy leído entonces llevaba por título *The Age of Anxiety*. Los estadunidenses de los cincuenta añoraban el pasado tanto como los actuales añoran ese decenio.

La cultura de Estados Unidos es una combinación maniaca de orgullo exultante y melancolía profunda. El resultado neto es una sensación de seguridad constantemente socavada por el temor a sucumbir bajo capas de hielo derretido por el calentamiento global o a caer a manos de un Dios encolerizado por el matrimonio gay, consecuencias ambas que son responsabilidad personal de los estadunidenses. Sus bruscos cambios anímicos dificultan el desarrollo de una noción sobre la verdadera situación de su país a principios del siglo XXI. Pero es un hecho que Estados Unidos es sumamente poderoso. Quizá se dirija a una catástrofe, pero ésta es difícil de percibir cuando se examinan datos básicos.

Consideremos algunas cifras esclarecedoras. Los estadunidenses constituyen 4% de la población mundial, pero producen 26% de los bienes y servicios del mundo. En 2007, el producto interno bruto (PIB) fue de catorce billones de dólares, mientras que el mundial fue de cincuenta y cuatro billones: 26% de la actividad económica mundial tiene lugar en Estados Unidos. La segunda economía del mundo es Japón, con un PIB de 4.4 billones de dólares, un tercio del estadunidense. La economía de Estados Unidos es tan grande que supera a las cuatro economías subsiguientes combinadas: Japón, Alemania, China y el Reino Unido.

Muchas personas citan las declinantes industrias automotriz y acerera, pilares de la economía estadunidense hace una generación, como ejemplo de la actual desindustrialización de Estados Unidos. Sí, muchas industrias han abandonado el país. Esto lo ha dejado con una producción industrial de sólo 2.8 billones de dólares (en 2006): la más grande del mundo, mayor en más del doble que la de Japón,

la segunda potencia industrial mundial, y mayor que las industrias combinadas de Japón y China.

Se habla de escasez de petróleo, la que, desde luego, parece existir y sin duda aumentará. Pero es importante saber que en 2006 Estados Unidos produjo 8.3 millones de barriles de petróleo al día. Compárese esto con los 9.7 millones de Rusia y los 10.7 millones de Arabia Saudita. La producción petrolera estadunidense equivale a 85% de la saudita. Estados Unidos produce más petróleo que Irán, Kuwait o los Emiratos Árabes Unidos. Importa mucho petróleo, pero esto es comprensible dada su producción industrial. En cuanto a la producción de gas natural, en 2006 Rusia ocupó el primer sitio, con 22.4 billones de pies cúbicos (0.63 billones de metros cúbicos), y Estados Unidos el segundo, con 18.7 billones (0.52). La producción estadunidense de gas natural es mayor que la de los cinco productores subsiguientes combinados. En otras palabras, aunque preocupa en alto grado que Estados Unidos dependa por completo de la energía extranjera, es en realidad uno de los países productores de energía más grandes del mundo.

Dada la enormidad de su economía, resulta interesante señalar que, para los estándares globales, Estados Unidos aún está subpoblado. Medida en habitantes por kilómetro cuadrado, la densidad demográfica mundial promedio es de cuarenta y nueve. La de Japón es de trescientos treinta y ocho, la de Alemania de doscientos treinta y la de Estados Unidos de apenas treinta y uno. Si se excluye a Alaska, casi inhabitable, la densidad demográfica estadunidense aumenta a treinta y cuatro. En comparación con Japón o Alemania, o el resto de Europa, Estados Unidos está muy subpoblado. Y aun si sólo se considerase la población como proporción del terreno cultivable —la tierra apta para la agricultura—, Estados Unidos tiene cinco veces más terreno por persona que Asia, casi dos veces más que Europa y tres veces más que el promedio mundial. Una economía se compone de tierra, trabajo y capital. Esas cifras muestran que Estados Unidos todavía puede crecer: dispone de amplio margen para elevar estos tres factores.

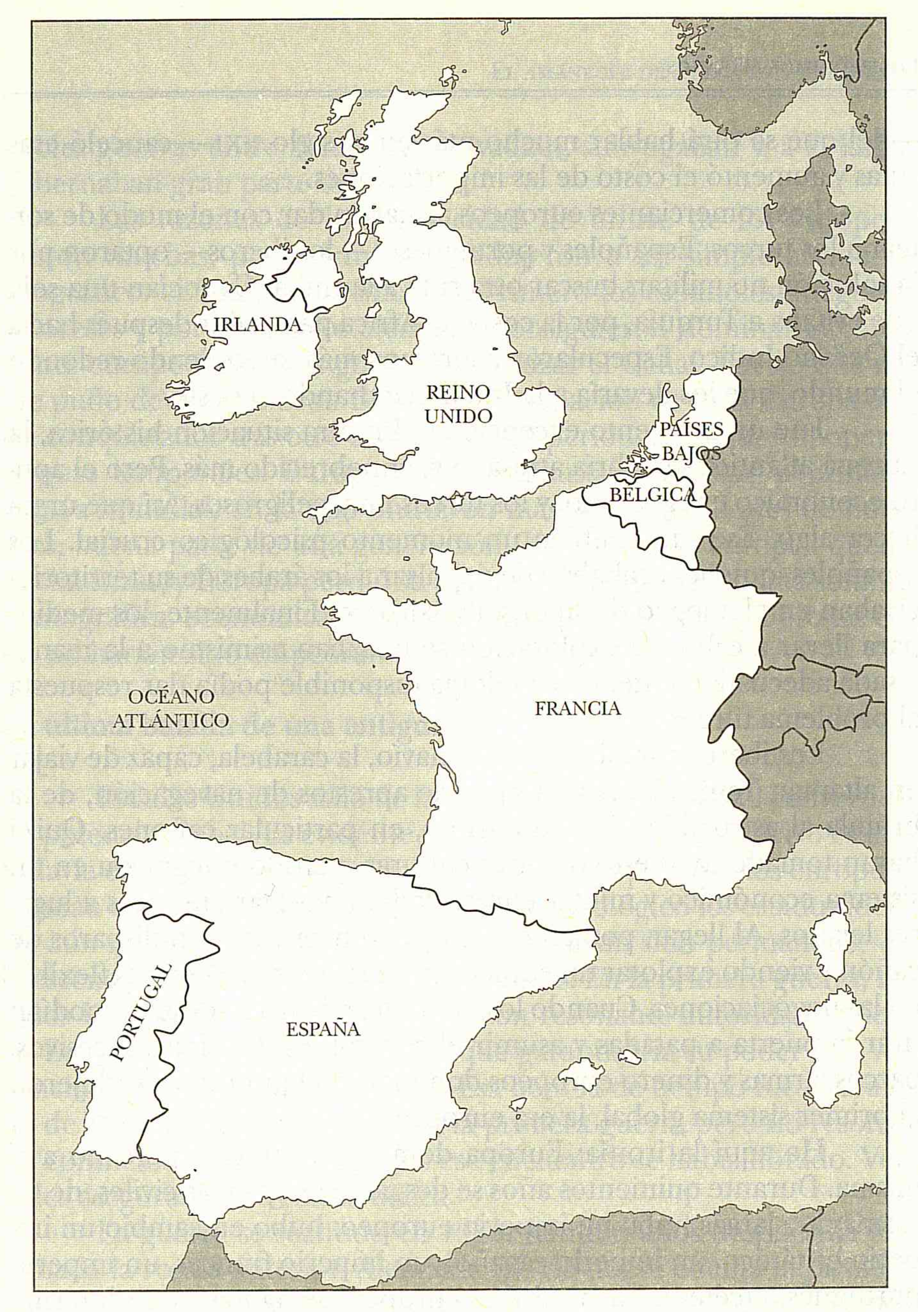
Babel había hecho más que impedir que las personas se entendieran. Volvió ajenas entre sí a las civilizaciones.

Los europeos que vivían en la orilla oriental del Atlántico derribaron las barreras entre esas regiones aisladas e hicieron del mundo una sola entidad en la que todas las partes interactuaban unas con otras. Lo que ocurría a los aborígenes australianos estaba íntimamente asociado con la relación británica con Irlanda y la necesidad de hallar en el exterior colonias penales para los prisioneros británicos. Lo que sucedía a los reyes incas se vinculaba con la relación entre España y Portugal. El imperialismo de la Europa atlántica creó un solo mundo.

La Europa atlántica se volvió el centro de gravedad del sistema global (véase mapa). Lo que acontecía en Europa definía gran parte de lo que ocurría en otros lugares. Otras naciones y regiones hacían todo con la mira puesta en Europa. Del siglo XVI al XX, casi ningún lugar del mundo escapó a la influencia y poderío europeos. Para bien o para mal, todo giraba alrededor de ellos. Y el eje de Europa era el Atlántico norte. Quien controlaba ese trecho de agua, controlaba el acceso al mundo.

Europa no era la región más civilizada del mundo, ni la más avanzada. ¿Por qué entonces se convirtió en el centro? En el siglo XV era en realidad un páramo técnico e intelectual, a diferencia de China y el mundo islámico. ¿Por qué aquellos países pequeños y apartados corrieron esa suerte? ¿Y por qué iniciaron su dominio en tal momento, y no quinientos años antes o después?

El poderío europeo se debió a dos cosas: dinero y geografía. Europa dependía de las importaciones procedentes de Asia, y en particular de la India. La pimienta, por ejemplo, no era una mera especia de cocina, ya que también servía para conservar carnes; importarla era crítico para la economía europea. Asia abundaba en bienes de lujo que Europa necesitaba y pagaba, y a lo largo de la historia las importaciones asiáticas habían recorrido la famosa Ruta de la Seda y otras vías terrestres hasta llegar al Mediterráneo. El auge de Turquía



Europa atlántica

—del que se oirá hablar mucho más en el siglo xxi— canceló esas rutas y aumentó el costo de las importaciones.

Los comerciantes europeos ansiaban dar con el modo de sortear a los turcos. Españoles y portugueses —los iberos— optaron por la solución no militar: buscar otra ruta a la India. Conocían una sola que evitaba a Turquía, por la costa de África para subir después hacia el Océano Índico. Especularon sobre una más, suponiendo redondo el mundo, que los llevaría a la India marchando al oeste.

Fue un momento excepcional. En otra situación histórica, la Europa atlántica se habría atrasado y empobrecido más. Pero el apuro económico era genuino, y los turcos muy peligrosos, así que urgía hacer algo. Ése fue también un momento psicológico crucial. Los españoles, quienes acababan de expulsar a los árabes de su territorio, estaban en el apogeo de su orgullo bárbaro. Finalmente, los medios para llevar a cabo esa exploración se hallaban asimismo a la mano. Usada adecuadamente, la tecnología disponible podía dar respuesta al problema turco.

Los iberos contaban con un navío, la carabela, capaz de viajar en altamar. Tenían toda una serie de aprestos de navegación, de la brújula al astrolabio. Y tenían armas, en particular cañones. Quizá hayan tomado todo esto de otras culturas, pero lo integraron en un sistema económico y militar eficaz. Podían navegar entonces a lugares lejanos. Al llegar, podían combatir y vencer. Oyendo disparos de cañón y viendo explotar un edificio, la gente tendía a ser más flexible en las negociaciones. Cuando los iberos llegaban a su destino, podían tirar la puerta a patadas y asumir el control. En los siglos sucesivos, barcos, armas y dinero europeos dominaron el mundo y produjeron el primer sistema global, la era europea.

He aquí la ironía: Europa dominó al mundo, pero no a sí misma. Durante quinientos años se desgarró en guerras civiles, de tal forma que jamás hubo un imperio europeo; hubo en cambio un imperio británico, un imperio español, un imperio francés, un imperio portugués, etcétera. Las naciones europeas se agotaron en interminables guerras entre sí mientras invadían, subyugaban y, a la larga, gobernaban gran parte del mundo.

Las razones de la incapacidad de unirse de los europeos fueron muchas, pero al final se redujeron a un simple accidente geográfico: el Canal de la Mancha. Primero los españoles, luego los franceses y por último los alemanes consiguieron dominar el continente europeo, pero ninguno logró cruzar el Canal. Puesto que nadie pudo derrotar a Gran Bretaña, la ocupación de toda Europa por un conquistador tras otro se frustró. Los periodos de paz eran meras treguas temporales. Europa estaba exhausta al estallar la primera guerra mundial, en la que murieron más de diez millones de hombres, buena parte de una generación. La economía europea quedó hecha trizas, y Europa perdió su aplomo. Emergió como una sombra demográfica, económica y cultural de lo que había sido. Pero las cosas no harían sino empeorar.

La última batalla de una antigua era

Estados Unidos salió de la primera guerra mundial convertido en potencia global. Es evidente, sin embargo, que ese poderío estaba todavía en pañales. Desde el punto de vista geopolítico, los europeos seguían con ánimos de pelear, y desde el psicológico los estadunidenses aún no estaban preparados para ocupar un sitio permanente en la escena global. Pero sucedieron dos cosas. En la primera guerra, Estados Unidos anunció su presencia con resonante autoridad. Y dejó en Europa una bomba de tiempo que garantizaría su poder una vez concluida la nueva conflagración. Esa bomba de tiempo fue el Tratado de Versalles, el cual puso fin a la primera guerra pero no resolvió los conflictos básicos por los que ese encuentro se había librado. Versalles aseguraba otra ronda bélica.

La guerra se reanudó en 1939, veintiún años después de terminada la ronda anterior. Alemania fue de nueva cuenta la primera en atacar, conquistando esta vez Francia en seis semanas. Estados

Unidos no entró en guerra por un tiempo, aunque se cercioró de que el conflicto no concluyera con la victoria alemana. Gran Bretaña sí entró, y Estados Unidos la mantuvo así con el programa de Préstamo y Arriendo. Muchos recuerdan la parte del préstamo —por la que los estadunidenses suministraron a Gran Bretaña destructores y pertrechos adicionales para combatir a los alemanes—, pero la del arriendo suele olvidarse. En ésta los británicos cedieron a Estados Unidos casi todas sus instalaciones navales en el hemisferio occidental. Entre el control de estas instalaciones y el papel de la marina estadunidense en el patrullaje del Atlántico, los británicos tuvieron que entregar a los estadunidenses las llaves del Atlántico norte, el cual era, después de todo, el acceso de Europa al mundo.

Una estimación razonable del costo mundial de la segunda guerra asciende a cincuenta millones de muertos (militares y civiles combinados). Europa quedó hecha pedazos, devastadas sus naciones. En contraste, Estados Unidos perdió medio millón de militares y casi ningún civil. Terminada la guerra, su planta industrial era mucho más sólida que antes; Estados Unidos fue la única nación beligerante en ese caso. Ninguna de sus ciudades fue bombardeada (salvo Pearl Harbor) ni ocupado su territorio (excepto dos pequeñas islas de las Aleutianas), y sufrió menos de 1% de las bajas de guerra.

Por ese precio, este país emergió de la segunda guerra mundial no sólo con el control del Atlántico norte, sino también con el dominio de todos los demás océanos del mundo. Ocupó igualmente Europa occidental, determinando así el destino de naciones como Francia, los Países Bajos, Bélgica, Italia e incluso Gran Bretaña. Simultáneamente conquistó y ocupó Japón, casi como consecuencia casual de sus campañas en Europa.

Fue de esta manera como los europeos perdieron su imperio, en parte por agotamiento, en parte porque ya era incosteable para ellos y en parte también porque sencillamente Estados Unidos ya no quiso que lo retuvieran. Ese imperio se esfumó en los veinte años posteriores, con apenas una desganada resistencia de los europeos. La

realidad geopolítica (visible originalmente en el dilema de España siglos antes) había tenido un desenlace catastrófico.

La pregunta es ésta: ¿el claro surgimiento de Estados Unidos en 1945 como la potencia global decisiva fue una brillante jugada maquiavélica? Los estadunidenses obtuvieron la preminencia global a un costo de quinientos mil muertos, en una guerra en la que perecieron cincuenta millones de personas. ¿Franklin Roosevelt fue genialmente inescrupuloso, o la transformación de su país en superpotencia ocurrió simplemente mientras él perseguía las "cuatro libertades" y la Carta de las Naciones Unidas? A fin de cuentas, esto no importa. En geopolítica lo importante son las consecuencias no buscadas.

La confrontación entre Estados Unidos y la Unión Soviética —conocida como guerra fría— fue un conflicto auténticamente global. Fue en lo básico una rivalidad por la herencia del maltrecho imperio global europeo. Aunque ambos bandos poseían enorme fuerza militar, Estados Unidos tenía una ventaja inherente. La Unión Soviética era inmensa, pero para efectos prácticos carecía de salida al mar. Estados Unidos era casi igual de grande, pero tenía acceso a todos los océanos del mundo. Así, mientras que los soviéticos no podían contener a los estadunidenses, éstos sí que podían contener a aquéllos. Y ésa fue su estrategia: contener, y por tanto estrangular, a los soviéticos. Desde el Cabo Norte de Noruega hasta Turquía y las islas Aleutianas, Estados Unidos creó un colosal frente de naciones aliadas, colindantes todas ellas con la Unión Soviética, frente que después de 1970 también incluyó a China. En cada punto donde tenían un puerto, los soviéticos se vieron bloqueados por la geografía y la marina estadunidense.

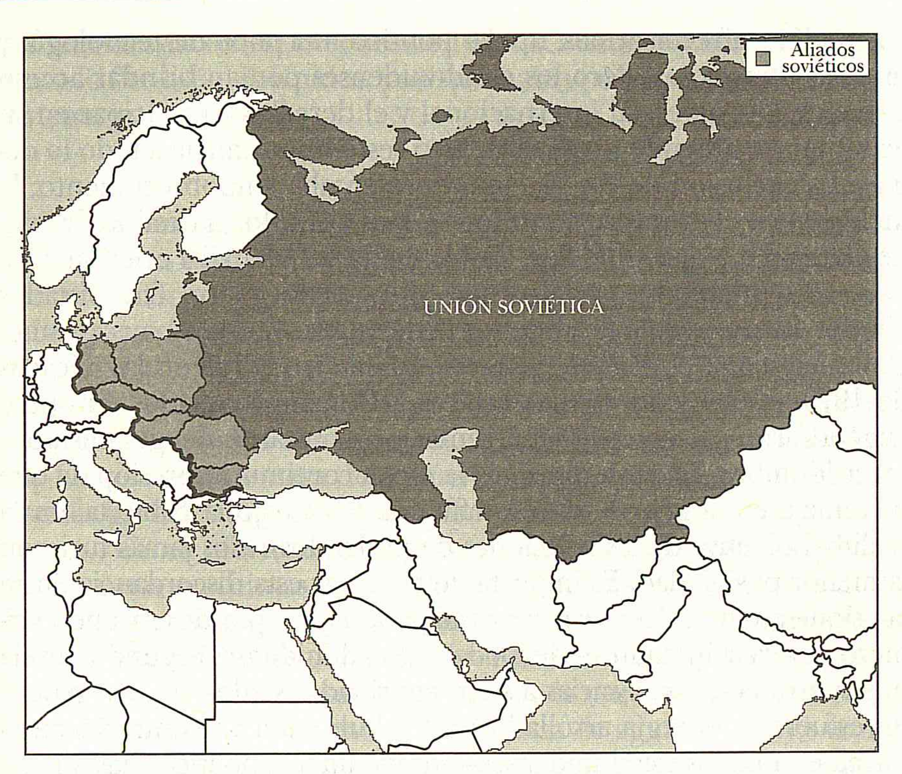
La geopolítica tiene dos juicios básicos opuestos sobre la geografía y el poder. Uno de ellos, del inglés Halford John Mackinder, alega que controlar Eurasia es controlar al mundo. Como él mismo lo dijo, "quien gobierna la Europa del este [la Europa rusa] domina el Centro. Quien gobierna el Centro domina la Isla Mundial [Eurasia]. Quien gobierna la Isla Mundial domina el mundo". Este modo de pensar se impuso en la estrategia británica, y en realidad también

en la estadunidense durante la guerra fría, pues propugnaba la contención y estrangulamiento de la Rusia europea. El otro juicio pertenece al almirante estadunidense Alfred Thayer Mahan, considerado el mayor pensador geopolítico de su país. En su libro *The Influence of Sea Power on History*, Mahan contradice a Mackinder, argumentando que controlar el mar es dominar al mundo.

La historia confirmó que, en cierta forma, ambos tenían razón. Mackinder acertó al enfatizar la importancia de una Rusia poderosa y unida. El desplome de la Unión Soviética elevó a Estados Unidos al nivel de potencia global única. Pero el estadunidense Mahan comprendió dos factores cruciales. El desplome de la Unión Soviética fue consecuencia del poderío naval estadunidense, y abrió la puerta para que ese poderío dominara al mundo. Adicionalmente, Mahan atinó al aducir que siempre es más barato despachar bienes por mar que por cualquier otra vía. Ya desde el siglo v a.C., los atenienses fueron más ricos que los espartanos gracias a que Atenas tenía un puerto, una flota marítima y una armada para protegerla. Las potencias marítimas son invariablemente más ricas que sus vecinos no marítimos, siendo todo lo demás igual. Con el advenimiento de la globalización en el siglo xv, esta verdad se volvió tan absoluta como en geopolítica puede serlo una verdad.

El control estadunidense del mar significó que Estados Unidos podía no sólo participar en el comercio marítimo global, sino también definirlo. Podía fijar las reglas, o al menos bloquear las ajenas, impidiendo a otras naciones entrar a las rutas comerciales mundiales. En general, Estados Unidos determinó más sutilmente el sistema comercial internacional, utilizando el acceso a su vasto mercado como palanca para moldear la conducta de otras naciones. No es de sorprender entonces que, más allá de sus atributos naturales, este país prosperara enormemente gracias a su poderío naval y que, sin salida al mar, a la Unión Soviética le fuera imposible competir así.

Segundo, controlar los mares también concedió a Estados Unidos una gran ventaja política. No podía ser invadido, pero sí in-



El imperio soviético

vadir a otros países, cuando y como quisiera. De 1945 en adelante, pudo librar guerras sin temor a que se cortaran sus líneas de abastecimiento. Ninguna potencia de fuera podía librar una guerra en el subcontinente norteamericano. De hecho, ninguna nación podía montar operaciones anfibias sin consentimiento estadunidense. Por ejemplo, Gran Bretaña entró en guerra con Argentina por las islas Malvinas en 1982 sólo gracias a que Estados Unidos no se lo impidió. Cuando británicos, franceses e israelíes invadieron Egipto, en 1956, contra la voluntad estadunidense, tuvieron que retirarse.

A lo largo de la guerra fría, una alianza con Estados Unidos fue siempre más redituable que con la Unión Soviética. Los soviéti-

cos podían ofrecer armas, apoyo político, un poco de tecnología y muchas otras cosas. Pero los estadunidenses podían brindar acceso a su sistema comercial internacional y el derecho a participar en su economía vendiendo productos. Esto restó importancia a todo lo demás. La exclusión de ese sistema representaba empobrecimiento; la inclusión en él, riqueza. Considérese, por ejemplo, el destino diverso de Corea del Norte y del Sur, de Alemania occidental y oriental.

Es interesante señalar que, durante la guerra fría, Estados Unidos estuvo psicológicamente a la defensiva. Corea, el macartismo, Cuba, Vietnam, el *Sputnik*, el terrorismo de izquierda en las décadas de 1970 y 1980 y las ásperas críticas a Reagan de aliados europeos engendraron en ese país una sensación constante de pesimismo e incertidumbre. Esta interferencia le dio la continua impresión de que su ventaja en la guerra fría era efímera. Pero bajo la cubierta, en la realidad objetiva de las relaciones de poder, los rusos jamás tuvieron la menor posibilidad. Es importante recordar esta discordancia entre la psique estadunidense y la realidad geopolítica, por dos razones. Primero, revela la inmadurez del poderío estadunidense. Segundo, revela una fuerza enorme. Gracias a su inseguridad, Estados Unidos generó un esfuerzo y energía arrolladores. No hubo azar ni confianza en la forma en que los estadunidenses —desde líderes políticos hasta ingenieros y oficiales militares y de inteligencia— libraron la guerra fría.

Ésta es una de las razones principales de que a Estados Unidos le haya sorprendido ganar la guerra fría. Él y sus aliados tenían rodeada a la Unión Soviética. Los soviéticos no podían desafiarlos en el mar, y tuvieron que dedicar su presupuesto a formar ejércitos y fabricar misiles; tampoco pudieron igualar las tasas estadunidenses de crecimiento económico ni engatusar a sus aliados con beneficios económicos. La Unión Soviética se rezagó cada vez más. Y al cabo se derrumbó.

La caída de la Unión Soviética en 1991, cuatrocientos noventa y nueve años después de la expedición de Colón, puso fin a una época histórica. Por primera vez en medio milenio, el poder dejó de residir en Europa y este continente no fue más el foco de la competencia internacional. Después de 1991, la única potencia global en el mundo fue Estados Unidos, país que había pasado a ser el centro del sistema internacional.

Hemos examinado cómo Estados Unidos llegó al poder en el siglo XX. Hay un dato más: una estadística poco estudiada que ya mencioné, y que dice mucho. En 1980, cuando el duelo entre estadunidenses y soviéticos se acercaba a su clímax, el comercio traspacífico aumentó hasta igualar al trasatlántico por primera vez en la historia. Apenas diez años más tarde, cuando la Unión Soviética se vino abajo, el comercio traspacífico se había elevado a un nivel 50% mayor que el trasatlántico. La geometría entera del comercio internacional, y por tanto del sistema global, sufrió un cambio sin paralelo.

¿Cómo afectó esto al resto del mundo? El costo de controlar las rutas marítimas es francamente inmenso. La mayoría de los países comerciantes no pueden asumir ese costo, y dependen de las naciones con recursos para hacerlo. Las potencias navales adquieren así enorme influencia política, y las demás naciones se abstienen de desafiarlas. El costo de controlar una masa de agua adyacente es muy alto. El costo de controlar una masa de agua a miles de kilómetros de distancia es agobiante. En toda la historia, sólo un puñado de naciones han podido asumir ese gasto, el cual no es hoy más liviano ni menos oneroso. Obsérvese si no el presupuesto de defensa de Estados Unidos y el monto destinado a la marina y sistemas espaciales conexos. El costo de mantener batallones de portaviones en el golfo Pérsico es superior al presupuesto total de defensa de la mayoría de los países. Controlar el Atlántico o el Pacífico sin tener litoral en ellos rebasaría la capacidad económica de casi cualquier nación.

Sólo América del Norte puede alojar una nación transcontinental capaz de proyectar poder sobre el Atlántico y el Pacífico simultáneamente. En consecuencia, América del Norte es el centro de gravedad del sistema internacional. En el amanecer de la era esta-

dunidense, Estados Unidos es con mucho la potencia dominante en América del Norte. Es un país que invadió al mismo tiempo Europa y Japón en 1944-1945. Tomó el control militar de esas dos masas de agua, y lo conserva hasta la fecha. Por eso está en posición de presidir la nueva era.

Pero es importante recordar que España dominó Europa alguna vez y presidió el siglo inaugural de la era europea. Aunque supongo que América del Norte será el centro de gravedad del sistema global en los próximos siglos, también creo que Estados Unidos dominará América del Norte durante al menos una centuria. Al igual que con España, sin embargo, la afirmación de que América del Norte será el centro de gravedad global no garantiza que Estados Unidos haya de dominar siempre América del Norte. Pueden sucederle muchas cosas, de la guerra civil a la derrota en una guerra extranjera y el surgimiento de otros Estados en sus fronteras a través de los siglos.

No obstante, en lo que atañe al corto plazo —por lo cual entiendo los próximos cien años—, afirmo que el poderío de Estados Unidos es tan extraordinariamente arrollador y está tan enraizado en realidades económicas, tecnológicas y culturales que ese país seguirá su marcha en el siglo XXI, por más que lo sacudan guerras y crisis.

Esto no es incompatible con la duda de sí mismos de los estadunidenses. En lo psicológico, Estados Unidos es una extraña mezcla de exceso de confianza e inseguridad. Curiosamente, ésta es justo la descripción de la mente adolescente, y ésa es la afección estadunidense en el siglo XXI. La mayor potencia mundial registra una prolongada crisis de identidad adolescente, junto con una increíble fuerza nueva e irracionales cambios anímicos. En términos históricos, Estados Unidos es una sociedad extraordinariamente joven, y por tanto inmadura. Así, por lo pronto no debe esperarse de ella sino bravatas y abatimiento. ¿De qué otro modo se siente un adolescente consigo mismo y respecto a su lugar en el mundo?

Pero si concebimos a Estados Unidos como un adolescente, a principios de su historia general, entonces también sabemos que, más

allá de su concepto de sí mismo, tiene toda la edad adulta por delante. Los adultos suelen ser más estables y fuertes que los adolescentes. Por tanto, es lógico concluir, que Estados Unidos está en la primera fase de su poderío. No es aún cabalmente civilizado. Como la Europa del siglo XVI, sigue siendo bárbaro (una descripción, no un juicio moral). Su cultura no está formada todavía. Su voluntad es poderosa. Sus emociones lo mueven en direcciones diferentes y contradictorias.

Las culturas viven en uno de tres estados. El primero es la barbarie. Los bárbaros creen que las costumbres de su aldea son leyes naturales, y que quien no vive como ellos es despreciable y requiere redención o destrucción. El tercer estado es la decadencia. Los decadentes creen cínicamente que nada es mejor que no hay nada más. Si a alguien desprecian, es a quien cree en algo. No vale la pena luchar por nada.

La civilización es el segundo estado, el más inusual. Los individuos civilizados pueden sopesar en su mente dos ideas contradictorias. Creen que hay verdades, y que su cultura es una aproximación de ellas. Al mismo tiempo, están mentalmente abiertos a la posibilidad de hallarse en un error. La combinación de certeza y escepticismo es inherentemente inestable. Las culturas pasan de la barbarie a la civilización y de ésta a la decadencia, ya que el escepticismo socava su seguridad en sí mismas. Las personas civilizadas luchan selectiva pero eficazmente. Es obvio que todas las culturas contienen personas bárbaras, civilizadas y decadentes, pero cada cual está dominada en diferentes momentos por uno de estos principios.

Europa era bárbara en el siglo XVI, cuando la seguridad que le daba el cristianismo impulsó sus primeras conquistas. Pasó a la civilización en los siglos XVIII y XIX, y cayó en decadencia en el curso del siglo XX. Estados Unidos inicia apenas su trayecto cultural e histórico. Hasta ahora no ha sido suficientemente coherente para tener una cultura definitiva. Conforme se convierte en el centro de gravedad mundial, desarrolla esa cultura, hoy inevitablemente bárbara. La derecha estadunidense menosprecia a los musulmanes por su fe, y la izquierda por su trato a las mujeres. Distintas en aspecto, a esas pers-

pectivas las une la certidumbre de que sus valores son sin duda los mejores. Y al igual que todas las culturas bárbaras, la estadunidense está dispuesta a pelear por sus verdades evidentes.

Esto no es una crítica, igual que no puede criticarse a un adolescente por serlo. Su edad es un estado de desarrollo necesario e inevitable. Pero Estados Unidos es una cultura joven, y como tal tosca, directa, a veces brutal y a menudo dividida por hondas disensiones internas; los contrarios permanecen juntos sólo por la certeza de que sus valores son excelsos. Estados Unidos es todo esto; pero como Europa en el siglo XVI, y pese a su torpeza aparente, será increíblemente efectivo.

La década de 2040: preludio de guerra

Los años en torno a 2040 serán un periodo de prosperidad en Estados Unidos, comparable a las décadas de 1990, 1950 y 1890. Unos diez a veinte años después de un viraje cíclico de cincuenta años en ese país, los cambios realizados empiezan a propulsar la economía. Los cambios económicos, tecnológicos y migratorios llevados a cabo en la década de 2030 tendrán efecto para fines de esta misma. El aumento de la productividad derivado de la robótica, y la multiplicación de oportunidades de atención a la salud ofrecida por la genética, promoverán el crecimiento. Como en los años noventa, los procesos internos de investigación y desarrollo en Estados Unidos (en particular los acumulados durante la segunda guerra fría) darán fruto.

Pero como se ha visto incontables veces en la historia, los periodos de prosperidad no necesariamente son épocas pacíficas o estables en el ámbito internacional. La pregunta que pasará a primer plano en 2040 será ésta: ¿cómo será la relación entre Estados Unidos y el resto del mundo? En cierto nivel, el país será tan poderoso que prácticamente toda acción que emprenda afectará a alguien en el mundo. Por otro lado, tendrá tanto poder, en particular tras el repliegue ruso y la inestabilidad china, que podrá permitirse brusquedades. Estados Unidos es peligroso en su estado más benigno, pero cuando se fija en un problema puede ser devastadoramente implacable. El impulso global será bloquear a esa nación, pero en la práctica esto será más difícil de hacer que de decir. Quienes puedan evitar

una confrontación con ella elegirán esa vía, porque los riesgos de la confrontación serán demasiado altos. Simultáneamente, las recompensas de la colaboración serán sustanciales. Estas contracorrientes serán sorteadas de manera diferente por potencias diferentes.

En 2040, el tema más polémico sobre la mesa será el futuro de la cuenca del Pacífico. Éste se abordará limitadamente como la cuestión del Pacífico noroeste, y más aún como la de la política japonesa en China y Siberia. A primera vista, el asunto será el papel cada vez más agresivo de Japón en la masa territorial de Asia al perseguir sus intereses económicos e interferir con otras potencias, Estados Unidos entre ellas. Además la cuestión del respeto japonés a la soberanía de China y de la autodeterminación de la Rusia marítima.

En un nivel más profundo, a Estados Unidos le alarmará el rápido aumento del poderío marítimo de Japón, el cual incluye sus sistemas militares navales y espaciales. Japón, que aún importará petróleo del golfo Pérsico, incrementará su poderío en el mar Meridional de China y el estrecho de Malaca. A principios del decenio de 2040 le inquietará la estabilidad del golfo y empezará a explorar y patrullar el océano Índico para proteger sus intereses. Tendrá firmes y estrechos lazos con muchos archipiélagos del Pacífico, y hará acuerdos con ellos para el emplazamiento de estaciones de rastreo y control satelital. La inteligencia estadunidense sospechará que esas estaciones servirán también como bases para misiles antinavales hipersónicos japoneses. Los misiles hipersónicos se desplazan a más de cinco veces la velocidad del sonido; para mediados del siglo XXI viajarán a más de diez veces esa velocidad, a trece mil kilómetros por hora y más. Aparte de misiles hipersónicos, que chocan directamente contra su objetivo, también hay aviones hipersónicos no tripulados, que arrojan municiones sobre su blanco antes de volver a su base.

Los japoneses compartirán las aguas con la Séptima Flota estadunidense, y el espacio con el Comando Espacial de Estados Unidos, para entonces un cuerpo independiente de las fuerzas armadas estadunidenses. Ninguna de las partes provocará incidentes en el mar

o el espacio, y ambas naciones mantendrán relaciones formalmente cordiales. Pero los japoneses estarán muy al tanto de la preocupación de Estados Unidos: que su lago privado, el Pacífico, contenga una potencia que él no controla del todo.

A Japón le preocupará mucho proteger sus rutas marítimas contra posibles amenazas en el sur, en particular en las aguas de Indonesia, el paso entre los océanos Pacífico e Índico. Indonesia es un archipiélago muy grande y con enorme cantidad de grupos étnicos. Está inherentemente fragmentado, y tiene —y seguirá teniendo— muchos movimientos separatistas. Japón practicará un juego complejo al respaldar a algunos de esos movimientos contra otros para asegurar los diversos estrechos en aguas indonesias.

Japón también querrá impedir que la marina estadunidense tenga acceso al Pacífico occidental. Hará tres cosas con ese fin. Primero, fabricará y desplegará en islas de su propiedad misiles antinavales hipersónicos, capaces de cubrir grandes distancias en el Pacífico. Segundo, llegará a acuerdos para permitir bases de sensores y misiles en islas del Pacífico que ya domine económicamente, como las islas Bonin, las Marshall y Naúru. La estrategia será en este caso producir cuellos de botella que inhabiliten el comercio y transporte militar transpacíficos de Estados Unidos. Esto volverá predecible a su vez la elección de rutas estadunidenses, lo que facilitará a los satélites japoneses monitorear los movimientos de esos barcos. Pero para los estadunidenses lo más inquietante será el grado de la actividad japonesa en el espacio, donde estarán en construcción instalaciones no sólo militares, sino también comerciales e industriales.

La política estadunidense será compleja, como siempre, y estará influida por diferentes factores. La idea de que una China fuerte amenaza la retaguardia rusa se volverá una obsesión en las comunidades estadunidenses militar y de inteligencia en las décadas de 2010 y 2020. En la de 2030, este temor será una *idée fixe* en el Departamento de Estado, donde las políticas antiguas jamás cambian ni se extinguen. Estados Unidos mantendrá entonces su compromiso con una China

segura y estable. Pero para 2040 ése será un gran fastidio en sus relaciones con Japón. Obviamente, la conducta japonesa en China será incompatible con la idea estadunidense de una China estable. En 2040, la relación entre Washington y Beijing se habrá estrechado, lo que irritará en extremo a los japoneses.

Turquía

Entre tanto, Turquía incursionará resueltamente en el Cáucaso tras el desmoronamiento de Rusia. Este acto consistirá en parte en una intervención militar, pero también adoptará la forma de alianzas políticas. Igualmente, la influencia de Turquía será en gran medida económica: el resto de la región tendrá que alinearse con la nueva potencia. Esa influencia se extenderá inevitablemente al norte, más allá del Cáucaso, hasta Rusia y Ucrania, imponiéndose en los valles de los ríos Don y Volga, políticamente inciertos, y al este, hacia el centro agrícola de Rusia. La Turquía musulmana influirá en el Kazakhistán musulmán, llevando su poderío a Asia central. El mar Negro será un lago turco, y Crimea y Odessa comerciarán intensamente con Turquía. Habrá una enorme inversión turca en toda la región.

Rusia habrá creado un sistema de alianzas al sur de Turquía antes de desplomarse, como lo hizo durante la guerra fría. Al debilitarse y replegarse, Rusia dejará tras de sí un área de inestabilidad, de Levante a Afganistán. Turquía no apetecerá trabar combate con Irán, y se contentará con dejarlo solo y aislado. Pero la inestabilidad en Siria e Irak afectará directamente sus intereses, en particular cuando los kurdos se sientan en libertad de ponerse a pensar en erigir de nuevo un Estado propio. Siria e Irak serán débiles sin el apoyo ruso, destrozados por sus tradicionales conflictos internos. Entre el peligro de que la inestabilidad se propague al norte y la amenaza de que otras potencias llenen el vacío, los turcos se movilizarán al sur. Es indudable que no querrán que los estadunidenses intervengan en Irak: ya tendrán suficiente con lo ocurrido en la década de 2000.

En los Balcanes también reinará el caos en este periodo. El debilitamiento de los rusos afectará a sus aliados de esa zona, lo que ocasionará desequilibrios regionales. Húngaros y rumanos tratarán de llenar algunos de esos vacíos, lo mismo que los griegos (enemigos históricos de Turquía). Como nueva potencia regional, Turquía se involucrará en los Balcanes, a raíz de esa extendida inestabilidad. Para entonces ya habrá establecido estrechas relaciones con países musulmanes en el área —Bosnia y Albania—, los que intentarán ampliar su propia esfera de influencia, menos por apetito agresivo que por temor a las intenciones de otros países.

Geográficamente hablando, cualquier potencia en esta región tiene una meta esencial: controlar el Mediterráneo oriental y el mar Negro. Es importante recordar que, a lo largo de la historia, Turquía ha sido una potencia terrestre tanto como naval. Entre más se acerquen al Bósforo, el estrecho que une al mar Negro con el Egeo, más peligrosas serán las potencias europeas para Turquía. El control turco del Bósforo significa echar de los Balcanes a esas potencias, o al menos bloquearlas de modo contundente. Por tanto, el envolvimiento en los Balcanes es esencial para que Turquía se convierta en una gran potencia regional.

Y lo será en efecto para mediados de la década de 2040. Turquía creará sistemas de relaciones en Rusia que le procurarán productos agrícolas y energía. Dominará Irak y Siria, así que su esfera de influencia llegará a la península saudita, con sus menguantes reservas de petróleo y gas natural, que nutrirán a la economía estadunidense. Los turcos llevarán su esfera de influencia al noroeste, en los Balcanes, donde su poderío chocará con los intereses de aliados estadunidenses clave como Hungría y Rumania, que también promoverán su influencia en toda la orilla norte del mar Negro. Habrá conflictos diversos, de la resistencia guerrillera a la guerra convencional local, en torno al eje turco.

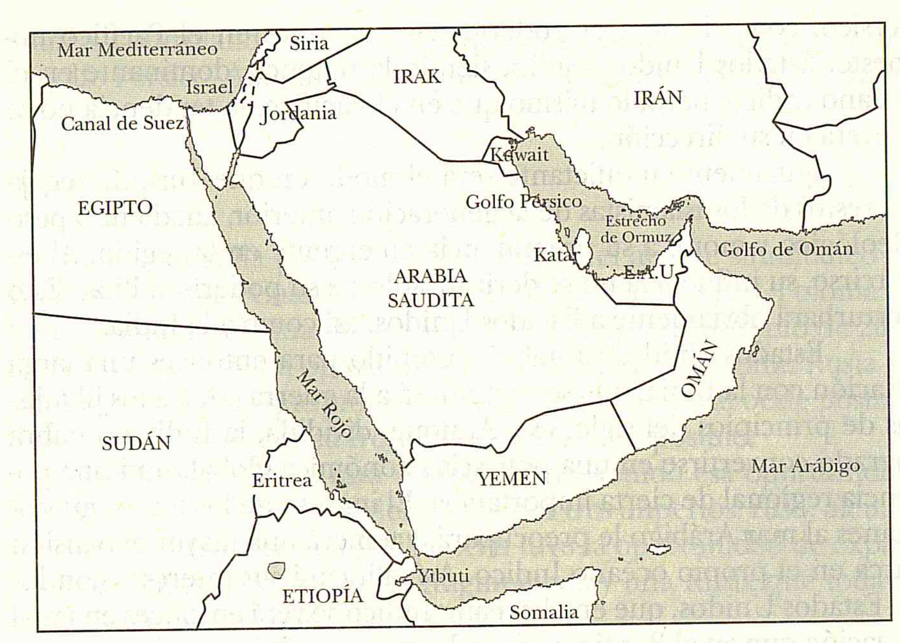
Turquía aumentará una fuerza armada de suyo sustancial, que incluye un ejército de tierra considerable y una imponente fuerza

naval y aérea, en forma acorde con sus necesidades. Proyectar su poder al mar Negro, proteger el Bósforo e introducirse en el Adriático para dar forma a los acontecimientos en los Balcanes requerirá una fuerza naval. Y requerirá, una posición dominante en el Mediterráneo oriental, hasta Sicilia. No sólo habrá que proteger el estrecho del Bósforo. El canal de Otranto, la puerta al Adriático, también deberá controlarse.

Turquía terminará chocando con aliados estadunidenses en el sureste de Europa, y su creciente poder hará sentir a Italia muy insegura. El límite llegará cuando Egipto, inherentemente inestable, enfrente una crisis interna y Turquía use su posición como principal potencia musulmana para inyectar tropas que lo estabilicen. De pronto, los conciliadores turcos estarán en Egipto, controlando el canal de Suez y en condiciones de hacer lo que Turquía ha hecho tradicionalmente: avanzar hacia el norte de África, al oeste. Si Turquía aprovecha esta oportunidad, será la potencia decisiva en la Eurasia occidental. Israel seguirá siendo un país poderoso, desde luego, pero la capacidad de Turquía de expandir su poder como nación musulmana lo bloqueará, y lo forzará a llegar a un acuerdo con ella, ya vista como potencia amiga.

El control del canal de Suez abrirá otras posibilidades para Turquía. Ésta ya habrá penetrado en la península arábiga, al sur, donde combatirá a insurgentes árabes. Sus líneas de abastecimiento por tierra se verán afectadas, y gracias al control del canal de Suez podrá aprovisionar a sus fuerzas por el mar Rojo. Por su parte, esto consolidará su control sobre la península arábiga y volverá a Turquía mucho más amenazadora para Irán, pues le permitirá bloquear los puertos de esta nación y atacar desde el oeste. Turquía no querrá hacer nada de esto. Pero la sola amenaza de esas acciones apaciguará a Irán, lo cual servirá a sus intereses.

De esto se desprende que Turquía irá más allá del mar Rojo e incursionará en la cuenca del océano Índico. Su foco de atención será el golfo Pérsico, donde consolidará su control sobre la península arábiga y las existencias de petróleo de la región, aún valiosas. Al ha-



Rutas marítimas de Medio Oriente

cerlo, se convertirá asimismo en un factor importante en los cálculos de seguridad de Japón. Este país ha dependido históricamente de los suministros de petróleo del golfo Pérsico. Puesto que los turcos dominarán esa zona, Japón tendrá motivos para llegar a un entendimiento con Turquía. Ambas naciones serán grandes potencias económicas, así como potencias militares emergentes. También tendrán motivos para mantener las rutas marítimas del estrecho de Ormuz al de Malaca. Así, entre ellas habrá una cómoda convergencia de intereses, con pocos puntos de fricción.

Obviamente, el ascenso de Turquía en la región y como potencia marítima alarmará a Estados Unidos, en particular porque ocurrirá al mismo tiempo que el de Japón. Y la discreta cooperación entre Turquía y Japón en el océano Índico será especialmente desconcertante. El poderío turco será aplastante entonces en el golfo

Pérsico, como lo será el poderío naval japonés en el Pacífico noroeste. Estados Unidos seguirá siendo la potencia dominante en el océano Índico; pero, lo mismo que en el Pacífico, la tendencia no se moverá en su dirección.

Igualmente inquietante será el modo en que Turquía recoja los restos de los islamistas de la generación anterior, añadiendo peso ideológico y moral a su preminencia emergente en la región. Al esparcirse, su influencia no se derivará sólo de su poderío militar. Esto perturbará obviamente a Estados Unidos, así como a la India.

Estados Unidos ya habrá sostenido para entonces una larga relación con la India, que se remontará a la guerra contra los jihadistas de principios del siglo XXI. Aunque, dividida, la India no habrá logrado convertirse en una potencia económica global, será una potencia regional de cierta importancia. El ingreso de los turcos musulmanes al mar Arábigo le preocupará, y temerá una mayor expansión turca en el propio océano Índico. Así, alineará sus intereses con los de Estados Unidos, que en el océano Índico se verá entonces en igual situación que en el Pacífico: alineado con un país vasto y densamente poblado en la masa territorial, contra potencias marítimas menores y más dinámicas.

Al intensificarse este proceso, el poderío de Japón y Turquía —en extremos opuestos de Asia— se volverá sustancial. Cada cual expandirá sus intereses en la masa territorial de Asia, y movilizará sus activos navales en apoyo a esa acción. Además, cada cual incrementará sus operaciones espaciales, lanzando sistemas tripulados y no tripulados. También habrá cierto grado de cooperación técnica en el espacio; Japón irá a la cabeza en tecnología, pero el acceso a centros de lanzamiento turcos le dará seguridad adicional contra un ataque estadunidense. Esta cooperación será una fuente de inquietud más para Estados Unidos.

A mediados de siglo, la influencia de Turquía abarcará a Rusia y los Balcanes, donde chocará con Polonia y el resto de la coalición de Europa oriental. Turquía será también una gran potencia mediterránea, controlando el canal de Suez y proyectando su fuerza sobre el golfo Pérsico. Amedrentará a polacos, indios e israelíes, pero sobre todo a los estadunidenses.

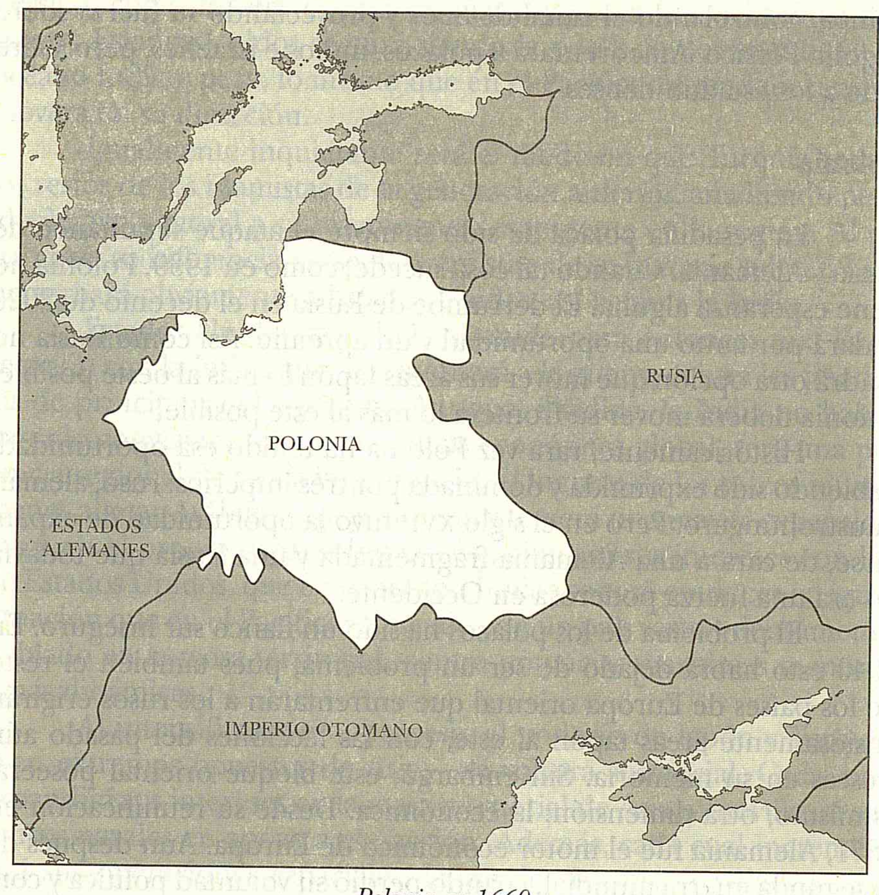
Polonia

La pesadilla polaca ha sido siempre el ataque simultáneo de Rusia y Alemania. Cuando tal cosa sucede, como en 1939, Polonia no tiene esperanza alguna. El derrumbe de Rusia en el decenio de 2020 le dará por tanto una oportunidad y un apremio. Así como Rusia no tendrá otra opción que mover sus áreas tapón lo más al oeste posible, Polonia deberá mover su frontera lo más al este posible.

Históricamente, rara vez Polonia ha tenido esa oportunidad, habiendo sido exprimida y dominada por tres imperios: ruso, alemán y austrohúngaro. Pero en el siglo XVII tuvo la oportunidad de expandirse, de cara a una Alemania fragmentada y una Rusia que todavía no era una fuerza poderosa en Occidente.

El problema de los polacos ha sido un flanco sur inseguro. En 2040 esto habrá dejado de ser un problema, pues también el resto de los países de Europa oriental que enfrentarán a los rusos erigirán ansiosamente áreas tapón al este, con las lecciones del pasado aún frescas en su memoria. Sin embargo, este bloque oriental poseerá, asimismo, otra dimensión: la económica. Desde su reunificación en 1871, Alemania fue el motor económico de Europa. Aun después de la segunda guerra mundial, cuando perdió su voluntad política y confianza en sí misma, siguió siendo la potencia económica más dinámica del continente.

Luego de 2020, ya no será así. La economía de Alemania resentirá la carga de una población de edad avanzada. Su proclividad a grandes megaestructuras corporativas causará perdurables ineficiencias y hará que su economía siga siendo enorme, pero lenta. Muchos problemas, comunes a gran parte de Europa central y occidental, acosarán a los alemanes.



Polonia en 1660

Los europeos orientales, en cambio, habrán librado una segunda guerra fría (aliados con la principal potencia tecnológica del mundo, Estados Unidos). Una guerra fría es la mejor guerra imaginable, porque estimula en extremo a un país sin destruirlo. Muchas de las capacidades tecnológicas de las que Estados Unidos obtendrá su enorme ventaja se generarán en la segunda guerra fría, y Polonia rebosará de tecnología y pericia estadunidenses.

Por sí misma, Alemania no tendrá apetito ni poder para desafiar al bloque polaco, como le llamaremos. Pero estará dolorosamente consciente de la trayectoria que se avecina. A su debido tiempo, el bloque polaco sobrepasará el poder de Europa central y occidental, y logrará justo lo que Alemania soñó alguna vez. Asimilará y desarrollará la porción occidental del antiguo imperio ruso, erigiendo así un bloque económico de proporciones sustanciales.

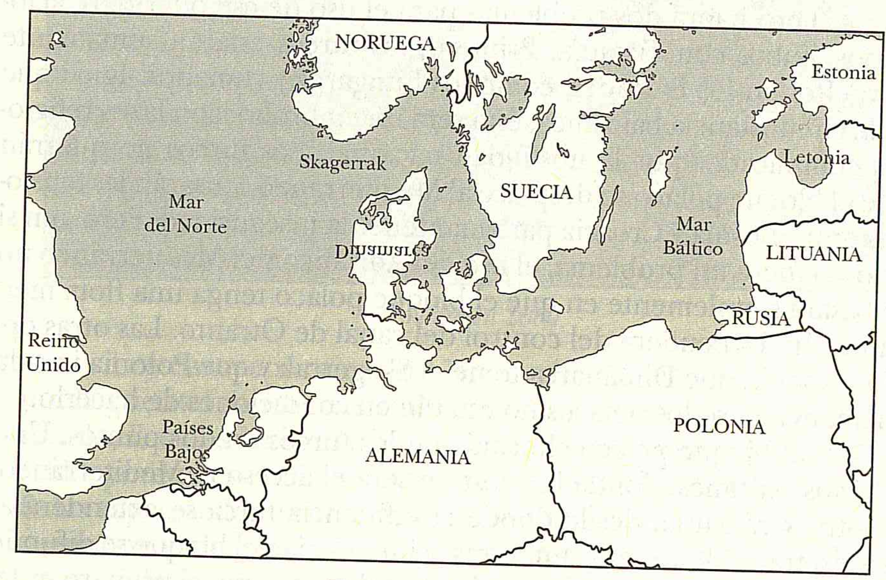
La debilidad básica del bloque polaco será su casi nula salida al mar. Tendrá puertos en el Báltico, pero éstos podrían ser rápidamente bloqueados por un país aun con mínima capacidad naval. El estrecho de Skagerrak será un cuello de botella peligroso. Si es la única salida de Polonia, la línea marítima de abastecimiento polaco para Estados Unidos y el resto del mundo será notoriamente vulnerable. La única alternativa será buscar un puerto en el Adriático. Croacia, históricamente cercana a los húngaros, controlará el puerto de Rijeka. Aunque limitado, sin duda este puerto será utilizable.

Pero habrá dos problemas para el uso de ese puerto, relacionados ambos con Turquía. Primero, los turcos estarán sumamente envueltos en los Balcanes, como los húngaros y rumanos. Igual que toda circunstancia balcánica, ésta será un embrollo, con lazos religiosos complicados por la hostilidad nacional. Los turcos no querrán que el bloque polaco se desplace al Mediterráneo, y usarán las tensiones entre Bosnia y Croacia para mantener la inseguridad. Pero aun si esto no fuera un problema, el uso del Adriático y el Mediterráneo no se basará simplemente en que el bloque polaco tenga una flota mercante ahí. Dependerá del control del canal de Otranto. Las otras opciones serán que Dinamarca tome el Skagerrak y que Polonia invada Alemania, pero los polacos no estarán en condiciones de hacerlo.

El bloque polaco chocará con los turcos en dos puntos. Uno será los Balcanes, donde la cuestión será el acceso al Mediterráneo. El otro será Rusia, desde donde la influencia turca se extenderá al oeste a través de Ucrania mientras la influencia del bloque se difunde en el este. Este problema no será tan explosivo como el primero, y de-

jará un amplio margen de maniobra, pero será un asunto secundario de cierta importancia. Nadie habrá definido las esferas de influencia en Ucrania y el sur de Rusia. Y dada la hostilidad ucraniana contra los polacos —con los que tienen un antagonismo histórico que se remonta a los siglos XVI y XVII—, así como contra los turcos, cada bando podría manipular la situación en forma incómoda para el otro.

Los polacos tendrán gran necesidad de los estadunidenses en esta coyuntura. Sólo ellos poseerán el peso necesario para oponer resistencia a los turcos en el Mediterráneo. Y estarán cada vez más inclinados a hacerlo, pues no desearán que se establezca una nueva potencia eurasiática. Aunque Turquía estará lejos de alcanzar esa meta, se moverá en esa dirección. Las estrategias de Estados Unidos de desorganizar a potencias regionales eurasiáticas antes de que sean demasiado fuertes e impedir el surgimiento de otra potencia naval dictarán su intento de bloquear a Turquía.



El estrecho de Skagerrak

Al mismo tiempo, la política estadunidense requerirá que, más que emprender una acción directa, Estados Unidos apoye a potencias regionales también deseosas de oponerse a los turcos. El bloque polaco no será una amenaza inmediata para los intereses estadunidenses, a diferencia de los turcos. Así, la estrategia estadunidense no consistirá en lanzar sus fuerzas al combate, sino en transferir tecnología al bloque polaco para que pueda seguir su estrategia por sí solo.

Hacia 2045 el bloque polaco habrá asegurado Rijeka, absorbiendo tanto a Eslovenia como a Croacia. Ambos países buscarán protección del bloque contra rivales balcánicos como Serbia y Bosnia. El bloque polaco habrá fortificado muy bien su frontera con estos dos países. Serbia será excluida del bloque porque los polacos y otros grupos no querrán empantanarse en su política. Y usando la fortaleza tecnológica estadunidense, Polonia procederá a integrar y desarrollar rápidamente las capacidades naval y espacial necesarias para confrontar a los turcos en el Adriático y el Mediterráneo. El ritmo de desarrollo del bloque polaco será asombroso, y los turcos empezarán a comprender que encaran un reto no sólo del bloque polaco, sino también de Estados Unidos mismo.

Los alemanes observarán con preocupación esta crisis desde su cercana frontera, obviamente a favor de los turcos. No harán nada, pero estarán suficientemente al tanto de las consecuencias si el bloque polaco derrota a Turquía. En tal caso, y de mantener su unidad, el bloque será en esencia la reencarnación de la antigua Unión Soviética, con la mayoría de sus recursos europeos, a los que se añadiría Medio Oriente. Los alemanes conocerán bastante a los estadunidenses para saber que éstos actuarían contra el bloque en caso de una victoria de esa magnitud, pero también sabrán que ellos mismos serían los más afectados por la nueva confrontación. Si el bloque polaco alcanzara esa situación dominante, Estados Unidos tendría que impedirle dominar también Europa oriental, lo que significaría que Alemania sería, una vez más, un posible campo de batalla. El éxito del bloque polaco plantearía para Alemania amenazas de corto y largo alcance.

En consecuencia, Alemania tendrá motivos para ayudar a los turcos en todas las formas posibles, menos la guerra. Pero lo que los turcos necesitarán será ayuda para estrangular al bloque polaco. La clave para ello sería desligarlo de Estados Unidos y el comercio global. Si los turcos lo aislaran en el Adriático, y los alemanes idearan la manera de obstuir el Báltico, el bloque se vería en un problema grave. Pero para hacer eso, Alemania tendría que estar segura del triunfo turco, para lo cual tendría que estarlo a su vez de que los estadunidenses no intervendrían con toda su fuerza. Como no podrá estar segura de ninguna de ambas cosas, esperará la ocasión adecuada.

Los estadunidenses harán lo propio en todo el globo. Armarán al bloque polaco y alentarán su confrontación con los turcos. Ayudarán a acrecentar el poder de los indios en el océano Índico. Fortalecerán a chinos y coreanos y acumularán fuerzas en el Pacífico y el Mediterráneo. Harán todo lo posible por estrangular tanto a Japón como a Turquía sin actuar directamente contra ellos. Y perseguirán bien esta política, de hecho demasiado bien. Lo mismo Turquía que Japón, sumamente conscientes de la capacidad histórica de Estados Unidos para armar y apoyar a sus aliados, llegarán a la conclusión de que enfrentan el desastre a manos de agentes estadunidenses. Y esto inducirá una enorme escalada bélica.

Presiones y alianzas

Estados Unidos encaró crisis en múltiples frentes un siglo antes, cuando, en los años cuarenta, Alemania y Japón desafiaron simultáneamente sus intereses. Los estadunidenses siguieron, en este caso, una estrategia de reforzamiento de sus aliados regionales, asistiendo a Gran Bretaña y Rusia contra Alemania y a China contra Japón. Ahora, un siglo más tarde, estará preparada de nuevo para jugar una larga partida. No tendrá el menor deseo de ocupar o destruir a Turquía o Japón, y mucho menos a Alemania. Practicará un juego defensivo, bloqueando a potencias emergentes. No incurrirá en estrategias ofensivas,

por más que así lo parezca. Su estrategia será desgastar toda amenaza en un periodo prolongado, para provocar que posibles contrincantes se empantanen en conflictos que no puedan terminar ni abandonar fácilmente. En el marco de esta estrategia, invocará siempre los principios de la autodeterminación y los valores democráticos, describiendo esta vez a Japón y Turquía como agresores que socavan la soberanía nacional al tiempo que violan los derechos humanos.

Junto con la diplomacia pública, habrá también una serie de desafíos más directos.

El primero será económico. El mercado de Estados Unidos, inmenso todavía, consumirá en gran medida productos japoneses, y en menor grado turcos, y ese país seguirá siendo también la principal fuente de nuevas tecnologías. La exclusión del mercado o las tecnologías estadunidenses será lastimosa, por decir lo menos. Estados Unidos usará esas palancas contra aquellos dos países. Suspenderá la exportación de algunas tecnologías, en particular con posibles aplicaciones militares, y limitará la importación de algunos productos de esas naciones.

Al mismo tiempo, apoyará a una amplia gama de movimientos nacionalistas en China, Corea y la India. A través del bloque polaco, apoyará también a los movimientos nacionalistas ruso y ucraniano, dentro de la esfera de influencia turca. Pero su principal foco de atención en esta estrategia serán los Balcanes y el norte de África, en especial Egipto. En los Balcanes, el bloque polaco (muy dependiente de Croacia) evitará alinearse con Serbia, antiguo enemigo de Croacia, produciendo así una especie de área tapón con Turquía. Estados Unidos pondrá en marcha un agresivo programa de apoyo a la resistencia Serbia contra los turcos, y lo extenderá a Macedonia. Los griegos, enemigos históricos de los turcos, se aliarán estrechamente con Estados Unidos y apoyarán ese esfuerzo, aunque eludirán una alineación formal con el bloque polaco.

Desde una perspectiva geopolítica, y en más de un sentido, esas alianzas y maniobras no son difíciles de predecir. Como ya dije, siguen patrones firmes, arraigados en la historia a lo largo de siglos.

Lo que yo hago es ver cómo se aplican esos patrones tradicionales al contexto del siglo XXI. En esta región particular, una vez que Estados Unidos apoye la resistencia contra los turcos, los Balcanes serán un polvorín y los turcos tendrán que destinar una cantidad exorbitante de recursos a un área en la que su interés principal es defensivo. Intentarán proteger el Bósforo y poco más. Si se retiran, su credibilidad (en su aún incierta esfera de influencia) se verá sumamente dañada.

Estados Unidos también probará apoyar al nacionalismo árabe, tanto en Egipto como en la península arábiga. Los turcos se cuidarán de no ser excesivamente agresivos ni codiciosos al imponer su poder, pero de todas formas prevalecerá un sentimiento contra ellos. Ese sentimiento nacionalista será explotado por Estados Unidos, no porque éste desee genuinamente que eso lleve a algún lado, sino para restar fuerzas a los turcos. A Turquía le inquietará la asistencia estadunidense al bloque polaco y el norte de África. La meta de Estados Unidos será reformar y limitar la conducta turca, pero cualquier intromisión estará lejos de ser lo que Turquía considere un desafío a su interés nacional fundamental.

Espacio y estrellas de combate

El paso más amenazante de Estados Unidos en este periodo ocurrirá en el mar, aunque en realidad no sucederá en el agua, sino en el espacio. Durante la década de 2030 Estados Unidos habrá iniciado un muy discreto programa para la comercialización del espacio exterior, centrado en particular en la producción de energía. Para mediados del decenio de 2040, ese proyecto habrá avanzado un poco, aunque todavía estará muy subsidiado y en la fase de investigación y desarrollo. En el curso de la comercialización del espacio, Estados Unidos elevará su capacidad para operar robóticamente en el espacio, usando a seres humanos sólo para las labores más complejas y exigentes. Se habrá creado ya infraestructura sustancial, lo que le dará una gran ventaja.

A fin de reforzar esa ventaja en el espacio para mejorar su dominio de la superficie terrestre, Estados Unidos empezará a apoyarse en tal infraestructura. Abandonará en forma gradual la estrategia, costosa e ineficaz, de despachar a miles de kilómetros tropas muy armadas en vehículos impulsados por derivados de petróleo para ejercer su poder. En cambio, edificará un sistema de aviones hipersónicos no tripulados basados en suelo estadunidense pero controlados desde centros de comando espaciales en órbita geosíncrona sobre posibles regiones objetivo, plataformas a las que llamaré "Estrellas de Combate" por la sencilla razón de que es un nombre agradable. Para mediados de siglo, un misil hipersónico con base en Hawai podrá impactar a un barco frente a las costas de Japón o a un tanque en Manchuria en media hora.

Estados Unidos también producirá (muy en secreto, pues los tratados del siglo anterior seguirán vigentes) misiles que, con devastadores efectos, puedan arrojarse desde el espacio, a muy alta velocidad, contra blancos en la superficie. Si la plataforma perdiese comunicación con tierra, podrá conducir automáticamente la batalla desde el espacio, si lo que se solicitó fue cierta cantidad de explosivos dirigidos contra un punto exacto a una hora precisa con base en inteligencia espléndida ubicada en el espacio.

El combate en el siglo XXI requerirá sofisticación en las comunicaciones. Lo más importante en la evolución de la guerra espacial será la transferencia al espacio de centros de mando y control primario. El control desde tierra es vulnerable. Para cuando una imagen es captada en el espacio y transmitida a tierra por una serie de satélites para que se emita una orden a sistemas de armas hipersónicas, ya han pasado muchos segundos. Más aún, entre más eslabones haya, mayor será el número de puntos de falla posibles, y un enemigo podría trastocar la señal, o atacar el centro de control en tierra, los receptores y los transmisores. Habrá muchas soluciones de baja tecnología para esos trastornos; pero, ubicados en el espacio, los nuevos centros de mando se considerarán más seguros y capaces de sobrevivir sin daños graves y con habilidad irrestricta para comunicarse de modo permanente con armas y personal.

Gran parte de la ciencia implicada en estos sistemas está en pañales hoy en día. Pero para mediados de siglo estará en línea. Préstenme atención ahora: describo aquí cómo será el mundo tecnológico en términos completamente realistas… no pretendo escribir *Battlestar Galactica*. Estos pronósticos se basan en tecnología real, extrapolaciones razonables sobre tecnología futura y una planeación bélica razonable. Las plataformas espaciales contarán con excelente equipo de detección y sistemas de mando y control. Las Estrellas de Combate controlarán plataformas secundarias no tripuladas que apoyarán al sistema entero. Verán la superficie terrestre con extraordinaria precisión, y podrán ordenar ataques de aviones hipersónicos cuando sea necesario, los que a menudo darán en el blanco en cuestión de minutos. Podrán atacar a un grupo que coloque explosivos a la orilla de una calle, o a una flota haciéndose a la mar. Si la ven, podrán atacarla rápidamente.

Usando lecciones aprendidas durante los proyectos de construcción espacial del decenio de 2030, creo que los futuros planes de Estados Unidos demandarán la creación de un sistema de tres Estrellas de Combate. La principal se pondrá en órbita geosíncrona sobre el ecuador, cerca de la costa de Perú. La segunda, sobre Papúa Nueva Guinea, y la tercera sobre Uganda. Las tres se dispondrán en intervalos casi exactos, dividiendo en tres partes la Tierra.

A casi ningún país le agradará el sistema de Estrellas de Combate, pero los japoneses y turcos se alarmarán en particular. Sucede que una de esas Estrellas estará justo al sur de Turquía, y la otra justo al sur de Japón. Cada una de ellas podrá usar sus sensores a bordo, así como sensores remotos que orbiten alrededor de la Tierra pero puedan detenerse y merodear durante largos periodos, para monitorear a esos países. Serán, en esencia, armas apuntadas a la cabeza de esas dos naciones. Y más todavía, podrán imponer un bloqueo incontenible a cualquiera de ellas de un momento a otro. Las Estrellas de Combate no podrán ocupar Turquía o Japón, pero sí estrangularlos.

Aunque los nuevos sistemas espaciales se habrán planeado

durante años, se les instalará con una celeridad pasmosa. Habiéndose ordenado su rápido despliegue hacia 2040, tales sistemas estarán totalmente en operación en la segunda mitad de esa década… en 2047, por decir algo. Este despliegue se basará en el supuesto de que las Estrellas de Combate son invulnerables: de que ningún otro país podrá atacarlas y destruirlas. Este supuesto ya se ha hecho antes en Estados Unidos, sobre acorazados, portaviones y bombarderos indetectables. Existe una arrogancia intrínseca en la planeación militar estadunidense, basada en la creencia de que ningún otro país puede igualar su tecnología. Pero por riesgoso que sea, suponer invulnerabilidad facilitará el rápido despliegue del sistema.

Tensión en aumento

El despliegue de las Estrellas de Combate, la introducción de nuevas generaciones de armas manejadas desde el espacio y la agresiva presión política asociada con medidas económicas tendrán por objeto contener a Japón y Turquía. Y desde el punto de vista japonés y turco, las demandas estadunidenses serán tan extremas que parecerán irrazonables. Los estadunidenses exigirán a esos dos países replegar todas sus fuerzas hasta sus fronteras originales, así como garantizar el derecho de paso en el mar Negro, el mar de Japón y el Bósforo.

Si los japoneses aceptaran esas condiciones, toda su estructura económica se vería en peligro. Para los turcos, una convulsión económica merecerá consideración, pero también el caos político que los rodearía entonces. Además, Estados Unidos no impondrá exigencias equivalentes al bloque polaco. En realidad, exigirá a Turquía ceder los Balcanes y Ucrania, así como parte del sur de Rusia, a Polonia, y permitir que el Cáucaso se suma en el caos.

Estados Unidos no esperará en realidad que Turquía y Japón capitulen. No será ése su propósito. Esas demandas serán simplemente la plataforma desde la cual intentará presionar a dichos países, para limitar su crecimiento y agudizar su inseguridad. En verdad no

esperará que ninguno de ellos vuelva a su posición de 2020, sino que querrá desalentar su mayor expansión.

Japoneses y turcos, sin embargo, no verán las cosas de esa manera. Desde su perspectiva, y en el mejor de los casos, Estados Unidos intentará distraer su atención de asuntos apremiantes creando problemas internacionales irresolubles. En el peor, allanará el camino para su desplome geopolítico. Comoquiera que sea, Turquía y Japón no tendrán otra alternativa que suponer lo peor, y prepararse para resistir.

Estas naciones no tendrán la amplia experiencia espacial de los estadunidenses. Quizá puedan producir sistemas espaciales tripulados, y hayan creado para entonces sus propios sistemas de reconocimiento. Pero las capacidades militares de Estados Unidos estarán fuera de su alcance, sin duda en un plazo tan largo que podría empujar a los estadunidenses a reconsiderar su política. Pero ni los japoneses ni los turcos estarán en condiciones de reconsiderar la suya.

Los planes de Estados Unidos no serán entrar en guerra con Japón o Turquía. Su intención será sencillamente exprimirlos hasta que reduzcan su dinamismo y se vuelvan más dóciles a sus demandas. En consecuencia, Turquía y Japón tendrán motivos para limitar el poderío estadunidense y formar una coalición natural. Para la década de 2040, los cambios tecnológicos en la guerra habrán vuelto sumamente fácil establecer estrechas alianzas. El espacio cambiará la ecuación geopolítica global.

Turcos y japoneses también podrán apoyarse mutuamente en terminos más tradicionales. Estados Unidos es una potencia norteamericana. Japón y Turquía serán potencias euroasiáticas.

Esto da pie a una alianza muy natural, y a una meta para esos países. El poderío japonés cubre la costa del Pacífico, pero para 2045 se habrá extendido ya por todo el archipiélago asiático, y también a la masa territorial. La esfera de influencia turca se extenderá a Asia central, e incluso a la China musulmana del oeste. Cabrá suponer entonces que, si colaboran, Japón y Turquía podrían formar una potencia paneuroasiática rival de Estados Unidos.

El pelo en la sopa será, desde luego, Polonia, así como el hecho de que la influencia turca no penetre más allá de los Balcanes. Pero esto no impedirá a Japón y Turquía buscar una alianza. Si una potencia europea se integrara a su coalición, Polonia se vería en un problema grave. Tendría que distraer recursos y atención, lo que daría carta blanca a Turquía en Ucrania y Rusia, y un apoyo adicional a la alianza de Turquía con Japón. El país europeo que éstos tendrán en mente será Alemania. Desde la perspectiva turca y japonesa, si pudiera convencerse a Alemania de que la amenaza de un bloque polaco, respaldado por Estados Unidos, será suficientemente peligrosa, y la creación de un pacto tripartita suficientemente amenazante para forzar a Estados Unidos a actuar con cautela, sería factible asegurar Eurasia y explotar conjuntamente sus recursos.

Alemania no creerá ni un solo momento que sea posible disuadir a Estados Unidos. Temerá en realidad que una coalición tripartita detone una inmediata respuesta militar estadunidense. Razonará también que, de eliminarse el bloque polaco, ella enfrentará poco después a los turcos en la cuenca del Danubio, y no apetecerá ese juego. Así, aunque me parece que los alemanes son la opción más probable para formar una coalición con Turquía y Japón, creo que se negarán a participar, pero con una salvedad. Si Estados Unidos termina en guerra con Turquía y Japón y aliado con Polonia, ésta podría debilitarse severamente en ese conflicto. En este caso, una intervención alemana posterior implicaría menos riesgo y más recompensas. La categórica victoria de Estados Unidos no le vendría mal a Alemania. Pero si Estados Unidos y Polonia fueran derrotados —el resultado menos probable—, Alemania tendría la oportunidad de abalanzarse rápidamente sobre la presa. Esperar a ver qué pasa con Polonia tendrá sentido para ella, y ése será su juego a mediados del siglo XXI.

El otro posible miembro de la coalición sería México, por improbable que esto parezca. Recuérdese que México fue invitado por Alemania a pactar una alianza en la primera guerra mundial, así que no puede decirse que esta idea sea insólita. México se desarrollará

rápido en los primeros cincuenta años del nuevo siglo, y para fines de la década de 2040 será una gran potencia económica, aunque vivirá todavía a la sombra de Estados Unidos. Experimentará una importante derrama de población a la zona fronteriza del suroeste estadunidense tras la nueva política migratoria en 2030. Eso preocupará a Estados Unidos de diversos modos, pero es difícil que a fines del decenio de 2040 México esté en condiciones reales de unirse a una coalición contra él.

La inteligencia de Estados Unidos interceptará, por supuesto, las conversaciones diplomáticas entre Tokio y Estambul (la nueva capital turca en remplazo de Ankara, y en realidad su asiento tradicional), y sabrá de los sondeos a Alemania y México. Los estadunidenses se percatarán entonces de que la situación se ha vuelto sumamente seria. También tendrán conocimiento de los planes estratégicos conjuntos turco-japoneses para el caso de que estalle la guerra. Ésta no será una alianza formal, pero Estados Unidos ya no estará seguro de enfrentar a dos potencias regionales manejables. Empezará a tener la impresión de que encara una alianza capaz de dominar Eurasia, su temor original. Esto remite a las grandes estrategias que expliqué en las primeras secciones de este libro. Si controlara Eurasia, la coalición de Japón y Turquía se protegería de ataques y podría concentrarse en desafiar a Estados Unidos en el espacio y el mar.

La respuesta de Estados Unidos será una política que ha seguido numerosas veces en la historia: exprimir económicamente a cada potencia. Aquellos dos países dependerán en cierta medida de las exportaciones, difíciles en un mundo en que la población dejará de aumentar rápido. Estados Unidos iniciará la formación de un bloque económico que concederá la categoría de nación más favorecida en exportaciones a Estados Unidos a países dispuestos a suspender sus compras a Turquía y Japón en favor de terceros países —no necesariamente él mismo— capaces de suministrar bienes iguales. En otras palabras, organizará un boicot no especialmente sutil contra los bienes japoneses y turcos.

Estados Unidos limitará, además, la exportación de tecnología a esas dos naciones. Dada la labor de este país en robótica y genética, eso dañará a la capacidad turca y japonesa de alta tecnología. Más aún, habrá un aumento repentino en la asistencia militar estadunidense a China, la India y Polonia, así como a las fuerzas contrarias a Turquía y Japón en Rusia. La política estadunidense será simple: crear el mayor número posible de problemas a esos dos países, para disuadirlos de formar una coalición.

Pero la intensa actividad de Estados Unidos en el espacio será lo más inquietante para Japón y Turquía. El establecimiento de la constelación de Estrellas de Combate los convencerá de que los estadunidenses están preparados para, de ser necesario, librar una guerra agresiva. A fines del decenio de 2040, dadas todas las acciones de Estados Unidos, turcos y japoneses habrán llegado a una conclusión sobre las intenciones estadunidenses. Pero esta conclusión será que Estados Unidos se propone destruirlos. Concluirán también que sólo la formación de una alianza los protegerá, al servir de fuerza disuasora o dejando en claro que Estados Unidos piensa entrar en guerra pase lo que pase. Se establecerá entonces una alianza formal, y con su creación a los musulmanes de toda Asia los animará la idea de una coalición que habrá de ponerlos en la encrucijada del poder.

El resurgimiento del fervor islamista ocasionado por la confrontación de Turquía con Estados Unidos se extenderá al sudeste asiático. En los términos del tratado de la alianza reciente, esto dará a Japón acceso a Indonesia, lo que, junto con su prolongada presencia en las islas del Pacífico, significará que el control de este océano y el acceso al Índico por parte de los estadunidenses ya no estarán asegurados. Pero Estados Unidos seguirá convencido de una cosa: que aunque enfrente retos de turcos y japoneses en la región de éstos y en Eurasia, ellos jamás desafiarán su poderío estratégico, localizado en el espacio.

Habiendo puesto a turcos y japoneses en una posición intolerable, los estadunidenses caerán entonces presa del pánico por las posibles consecuencias de ello, pero al mismo tiempo seguirán

confiados en su capacidad superior para manejar este problema. Estados Unidos no verá el resultado final como una guerra declarada, sino como otra guerra fría, semejante a la que sostuvo con Rusia. La superpotencia se creerá incapaz de ser desafiada en una guerra de verdad.

Preparativos de guerra

La guerra de mediados del siglo XXI tendrá un origen clásico. Un país, Estados Unidos, ejercerá enorme presión sobre una coalición de otros dos. No será su propósito entrar en guerra con Japón o Turquía, y ni siquiera hacerles grave daño. Simplemente querrá que cambien de conducta. Pero turcos y japoneses pensarán que ese país quiere destruirlos. No querrán la guerra tampoco, pero el temor los empujará a actuar. Tratarán de negociar con Estados Unidos; pero mientras que éste juzgará moderadas sus demandas, turcos y japoneses las considerarán una amenaza a su existencia.

Veremos entonces la colisión de tres grandes estrategias. Los estadunidenses querrán impedir el desarrollo de grandes potencias regionales en Eurasia, y se preocuparán de que esas dos potencias regionales se fusionen en una sola entidad hegemónica eurasiática. Japón deberá tener presencia en Asia para resolver sus problemas demográficos y conseguir materias primas; para ello tendrá que controlar el Pacífico noroeste. Y Turquía será el punto central de tres continentes en grados diversos de caos; deberá estabilizar la región para poder crecer. En tanto que las acciones japonesas y turcas causarán ansiedad a Estados Unidos, Japón y Turquía creerán no estar en posibilidad de sobrevivir a menos que actúen.

Un arreglo será imposible. Cada concesión a Estados Unidos traerá consigo nuevas demandas. Cada negativa de Japón y Turquía acentuará los temores estadunidenses. Todo se reducirá a sumisión o guerra, y la guerra parecerá la opción más prudente. Japón y Turquía

no se harán la ilusión de destruir u ocupar Estados Unidos. Sencillamente querrán causar una serie de circunstancias en las que Estados Unidos juzgue conveniente llegar a una solución negociada que garantice sus esferas de influencia, lo que en opinión de esas naciones no afectará intereses estadunidenses fundamentales.

Como no podrán derrotar a Estados Unidos en una guerra, la meta de Turquía y Japón será asestarle un severo revés al inicio del conflicto para ponerlo en desventaja temporal. La meta sería generar en Estados Unidos la sensación de que proseguir la guerra sería más costoso y arriesgado que llegar a un arreglo. Turquía y Japón tendrán la esperanza de que, disfrutando de un periodo de prosperidad y algo intranquilos por el resurgimiento de México, los estadunidenses opten por negarse a un largo combate y acepten una razonable solución negociada. También estarán al tanto de los riesgos en caso de que Estados Unidos no acceda a llegar a un acuerdo, pero no creerán tener otra opción.

Se repetirá la segunda guerra mundial, en este sentido: países débiles interesados en redefinir el equilibrio de poder en el mundo juzgarán necesario iniciar súbitas guerras preventivas antes de que el otro bando esté preparado. Esta guerra será una combinación de ataque sorpresa y explotación de esa sorpresa. En muchos aspectos, la conflagración de mediados del siglo XXI será similar a la de mediados del siglo XX. Los principios serán iguales. La práctica, en cambio, diferirá drásticamente, y por eso este conflicto marcará los albores de una nueva época en la guerra.

Un nuevo tipo de guerra

La segunda guerra mundial fue la última gran guerra de la era europea. En ese periodo hubo dos tipos de guerra, a veces simultáneos. Uno era la guerra global, en la que todo el mundo era el campo de batalla. Los europeos libraron guerras de esta escala desde el siglo XVI. El otro era la guerra total, en la que se movilizaba a sociedades

enteras. En la segunda guerra mundial se movilizó a toda la sociedad de una nación para integrar ejércitos y aprovisionarlos. Siempre endeble, la distinción entre soldados y civiles desapareció por completo en las guerras globales y totales del siglo XX. La guerra se convirtió en un extraordirnario despliegue de mortandad, como no se había visto nunca antes, en enfrentamientos tanto globales como totales.

Las raíces de la guerra total se ubican en la naturaleza de la guerra desde la aparición de las armas balísticas, armas que disparaban balas, obuses y bombas. Un arma balística es simplemente un arma que, una vez disparada o arrojada, no puede cambiar de curso. Esto la vuelve inherentemente imprecisa. Una bala disparada desde un rifle, o una bomba arrojada por un bombardero, depende de la coordinación mano-ojo de un soldado o aviador que intenta concentrarse justo al mismo tiempo que otros intentan matarlo. En la segunda guerra, la probabilidad de que un proyectil diera en el blanco era increíblemente baja.

Cuando la precisión es reducida, la única solución es saturar de balas, obuses y bombas el campo de batalla. Esto quiere decir que debe haber muchísimas armas, lo que a su vez requiere muchísimos soldados. Montones de soldados requieren grandes cantidades de provisiones, desde alimentos hasta municiones. Esto implica un enorme número de hombres que distribuyan las provisiones, e incontables trabajadores que las produzcan. En la segunda guerra, la gasolina era esencial para prácticamente todos los sistemas de armas. Pero hay que considerar que el esfuerzo para extraer petróleo, refinarlo y llevarlo hasta el campo de batalla —y a las fábricas que lo abastecían— era en sí mismo una tarea mucho mayor que el esfuerzo total implicado por la guerra en siglos anteriores.

Para el siglo XX, el resultado por obtener de las guerras requería tanto esfuerzo que sólo movilizando a toda la sociedad podía alcanzarse la victoria. Así, la guerra consistía en que una sociedad se lanzara contra otra. El triunfo dependía de que se hiciera pedazos a la sociedad del enemigo, dañando a tal punto su población e infraes-

tructura que le fuera imposible seguir produciendo la gran cantidad de armas necesarias o integrar los enormes ejércitos requeridos.

Pero atacar una ciudad con un millar de bombarderos es una tarea vasta y costosa. Imaginemos que el mismo resultado pudiera obtenerse con un solo avión y una sola bomba. Esto cumpliría la meta de la guerra total a una fracción del costo y peligro para una nación. Tal fue el razonamiento detrás de la bomba atómica. Esta bomba se diseñó para destruir una sociedad enemiga con tal rapidez y eficiencia que el enemigo capitulara en lugar de hacer frente a la bomba. Técnicamente, la bomba atómica fue radicalmente nueva. Militarmente, fue sólo la continuación de la cultura bélica desarrollada en Europa durante siglos.

La naturaleza brutal de las armas nucleares generó una revolución tecnológica en la guerra. Las armas nucleares fueron la *reductio ad absurdum* de la guerra global y total. Para librar guerras nucleares, las naciones en pugna —Estados Unidos y la Unión Soviética— tenían que estar en posibilidad de ver todo el globo. La única manera de hacer eso con eficiencia era sobrevolar territorio enemigo, y la forma más segura y efectiva de lograrlo era en el espacio. Aunque proyectos espaciales tripulados fueron el lado público de los programas espaciales, su principal motivo —y financiamiento— procedía de la necesidad de saber con exactitud dónde había ubicado el otro bando sus misiles nucleares. Los satélites espía se convirtieron en sistemas en tiempo real capaces de situar exactamente, con un margen de error de metros, a lanzadores enemigos, lo que les permitía seleccionarlos con precisión como objetivos. Y eso creó la necesidad de armas que pudieran dar en tales blancos.

La era estadunidense: precisión y el fin de la guerra total

La posibilidad de ver el objetivo produjo la necesidad de armas más precisas. Las municiones con guía de precisión (*Precision-Guided Munitions*, PGM), posibles de guiar a su blanco tras ser disparadas, se desplegaron por primera vez a fines de los años sesenta y en los setenta. Esta innovación podría parecer menor, pero tuvo un impacto enorme. Transformó la guerra. En el siglo XX se necesitaban miles de bombarderos y millones de rifles para librar guerras. En el siglo XXI, esas cifras se reducirán drásticamente, hasta una pequeña fracción, lo que marcará el fin de la guerra total.

Este cambio de escala será un gran beneficio para Estados Unidos, que siempre ha estado en desventaja demográfica al librar guerras. Los principales campos de batalla del siglo XX fueron Europa y Asia. Estas áreas estaban muy pobladas. Estados Unidos se encontraba a miles de kilómetros de ellas. Necesitaba a su reducida población no sólo para combatir, sino también para fabricar provisiones y transportarlas muy lejos, lo que absorbía personal y limitaba el tamaño de la fuerza disponible para el combate directo.

Así pues, el modo de guerra de Estados Unidos se ha concentrado siempre en multiplicar la efectividad de cada soldado en el campo de batalla. A lo largo de la historia ha logrado eso usando tanto tecnología como gran cantidad de armas. Después de la segunda guerra, sin embargo, cada vez se hizo más énfasis en los multiplicadores tecnológicos que en la cantidad. Estados Unidos no tenía otra opción a este respecto. Para poder ser una potencia global, tenía que maximizar la efectividad de cada soldado, aunándolo a armamento avanzado. Esto creó una cultura de guerra en la que fuerzas limitadas pueden vencer a fuerzas numerosas. Al aumentar el uso de tecnología, la magnitud de las fuerzas necesarias decrece hasta requerirse, por último, un número sorprendentemente reducido de guerreros sofisticados y bien adiestrados. Es importante destacar que la cultura de las armas creada por Estados Unidos es paralela a su cambio demográfico. Con una población de edad avanzada y en contracción, mantener fuerzas copiosas se vuelve difícil, si no es que imposible.

La clave de la guerra en el siglo XXI será, entonces, la precisión. Cuanto más precisas son las armas, menos hay que dispararlas. Esto significa menos soldados, y menos trabajadores de defensa, aun-

que más científicos y técnicos. Lo necesario en las décadas venideras será un arma que pueda ubicarse en Estados Unidos, llegar en menos de una hora al otro lado del mundo, maniobrar con agilidad increíble para evitar misiles tierra-aire, atacar con precisión absoluta y regresar para realizar otra misión casi de inmediato. Si Estados Unidos tuviera este sistema, jamás tendría que volver a mandar un tanque a trece mil kilómetros de distancia.

Un arma de este tipo es el llamado avión hipersónico no tripulado. Estados Unidos está enfrascado actualmente en el desarrollo de sistemas hipersónicos capaces de viajar a mucho más de cinco veces la velocidad del sonido. Propulsado por lo que se conoce como reactores hipersónicos, ese avión tiene motores de respiración de aire, no de cohete. Su alcance actual es limitado. Pero a medida que en el siglo XXI se desarrollen los reactores hipersónicos —junto con nuevos materiales que puedan soportar las altísimas temperaturas causadas por la fricción con el aire—, tanto su alcance como su velocidad aumentarán.

Imaginemos esto: viajando a 13 mil kilómetros por hora, o Mach 10, un misil disparado desde la costa este de Estados Unidos podría dar en un blanco en Europa en menos de media hora. Elévese eso a Mach 20, y un ataque podría completarse en menos de quince minutos. La necesidad geopolítica estadunidense de intervenir rápido y con efectivos suficientes para destruir fuerzas enemigas se satisfaría a tiempo para hacer una diferencia. Fabricar suficientes misiles hipersónicos para devastar a un posible enemigo será muy costoso. Pero considerando los ahorros en la actual estructura de las fuerzas, ese costo sería manejable. Cabe señalar también que este sistema reduciría la necesidad de grandes reservas de petróleo para abastecer a tanques, aviones y barcos justo en un momento en que el sistema de energía basada en hidrocarburos irá en descenso.

El resultado del despliegue de sistemas hipersónicos será revertir la tendencia de la guerra en marcha desde antes de Napoleón. Los ejércitos del siglo XXI serán mucho más reducidos, profesionales

y tecnologizados que los de antes. La precisión también permitirá recuperar la distinción entre soldado y civil: no será necesario devastar ciudades enteras para destruir un edificio. Los efectivos se parecerán cada vez más a caballeros medievales sumamente adiestrados, y menos a los soldados rasos de la segunda guerra. Seguirá haciendo falta valor, pero lo más importante será la capacidad de manejar sistemas de armas sumamente complejos.

Velocidad, alcance y precisión —y cuantiosos aviones no tripulados— sustituirán a las fuerzas concentradas que se requerían en el siglo XX para llevar explosivos al campo de batalla. Esos talentos, sin embargo, no resolverán un problema básico de la guerra: la ocupación de territorio hostil. Los ejércitos están hechos para destruir ejércitos, y las armas de precisión lograrán eso con mayor efectividad que nunca. Pero la ocupación de territorio seguirá siendo una actividad intensiva en trabajo. Se trata en muchos sentidos de una labor más parecida a la policial que a la militar. La tarea de un soldado es matar a un enemigo, mientras que la de un policía es identificar a un infractor de la ley y arrestarlo. Lo primero requiere valor, adiestramiento y armas. Lo segundo, todo eso más el conocimiento de una cultura que permita distinguir a enemigos de civiles observantes de la ley. Esta labor nunca será fácil, y será siempre el talón de Aquiles de cualquier gran potencia. Así como romanos y británicos batallaron para ocupar Palestina al tiempo que derrotaban fácilmente a ejércitos enemigos, los estadunidenses ganarán guerras y sufrirán luego las consecuencias.

Guerra espacial

Independientemente de las modificaciones ocurridas en la forma de practicar la guerra, hay algo que no ha cambiado: un comandante debe conocer el campo de batalla. Aunque tal vez el campo de batalla global sea radicalmente distinto al tradicional, el principio acerca de su conocimiento por el comandante se mantiene en pie. En un campo de batalla global, comando y control deben

conjugarse con el conocimiento de lo que el enemigo hace y del modo en que se despliegan las propias fuerzas. La única manera de conseguir esto en un campo de batalla así, en tiempo real, es hacerlo desde el espacio. Uno de los principios esenciales de la guerra ha sido siempre ocupar la zona alta, con base en la teoría de que esa zona brinda visibilidad. Lo mismo se aplica a la guerra global. Una zona alta ofrece visibilidad, y en este caso la zona alta es el espacio, el área en la que plataformas de reconocimiento pueden ver constantemente el campo de batalla global.

La guerra global será, por tanto, guerra espacial. Este cambio no es en absoluto radical. El espacio exterior ya está lleno de satélites de reconocimiento, diseñados para proporcionar inteligencia a gran cantidad de países sobre lo que ocurre en todo el mundo. Para algunos de ellos, Estados Unidos en particular, los sensores espaciales generan ya un campo de batalla global, pues identifican objetivos tácticos y demandan ataques aéreos o misiles crucero. Los sistemas de armas consecuentes no han evolucionado todavía, pero las plataformas ya están ahí, y se dirigen a su madurez.

El espacio brinda línea de vista y comunicaciones seguras. También ofrece un rastreo claro de objetos hostiles. La gestión bélica pasará entonces de la tierra al espacio. Habrá estaciones espaciales —plataformas de mando— a distancias variadas de la superficie terrestre, encargadas de comandar sistemas robóticos y tripulados en tierra y mar al tiempo que eluden el ataque enemigo, conducen operaciones y asaltan plataformas enemigas.

Cegar al enemigo significará entonces destruir los sistemas espaciales que le permiten seleccionar objetivos. También habrá que destruir sistemas de navegación, de comunicaciones y otros sistemas espaciales para inutilizar la capacidad bélica del enemigo. En consecuencia, la destrucción de satélites enemigos será una meta esencial de la guerra del siglo XXI.

De esto se desprende naturalmente que defender los satélites propios será crucial. La forma más sencilla de defender un satélite es

permitirle maniobrar para ponerse a salvo. Pero esto no es tan fácil como se oye. Primero, para maniobrar un satélite se requiere combustible, el cual es pesado y y cuya puesta en órbita resulta costosa. Segundo, maniobrar no librará a un satélite de un sistema antisatélite (ASAT) también capaz de maniobrar, y ciertamente no lo librará de un rayo láser. Por último, estas plataformas son orbitales, colocadas en cierta órbita para cubrir el terreno necesario. Las maniobras cambian la órbita, distorsionando así la utilidad de los satélites.

Los satélites tienen que protegerse, ya sea desviando el ataque o destruyendo al agresor. Esta idea habrá evolucionado para mediados del siglo XXI, al modo en que lo han hecho otros sistemas de armas en la historia, y el resultado será el batallón de satélites. Al igual que un batallón de portaviones, en el que el portaviones es protegido por otras naves, el satélite de reconocimiento será protegido por satélites auxiliares con diversas facultades y responsabilidades, desde bloqueo de rayos láser hasta ataque a otros satélites. El problema de defender sistemas espaciales se agudizará rápidamente, conforme cada bando aumente su amenaza, y por tanto las medidas de defensa.

Con el tiempo, también se dispararán armas del espacio a la Tierra, pero esto es más complicado de lo que parece. En el espacio, un arma se desplaza a muchos miles de kilómetros por hora, y la Tierra también rota. Dar, desde el espacio, en un blanco en la superficie terrestre es una capacidad que se desarrollará más lentamente que la vigilancia espacial, pero es indudable que dará fruto a la larga.

Un satélite cuesta varios miles de millones de dólares. Un batallón espacial costará más. Hoy, salvo en casos relativamente raros, un satélite dañado o averiado es una pérdida total: ninguna de sus partes es recuperable. Cuanto más se use el espacio, más valiosas serán las plataformas, y menos funcionará este modelo de pérdida total. En particular, conforme el espacio se vuelva un campo de batalla, será urgente reparar plataformas espaciales. Y para reparar complejos sistemas dañados, los seres humanos tendrán que ir físicamente al espacio.

Lanzarlos al espacio cada vez que deba hacerse una reparación será en sí mismo ineficiente, y lanzar naves espaciales desde la Tierra costará más que movilizar naves que ya estén en órbita. En cierto momento tendrá más sentido, y será más económico, estacionar permanentemente en el espacio a personal que haga reparaciones. Es obvio que estos técnicos se convertirán ellos mismos en un objetivo, así que deberán tener capacidad para defenderse. También deberán poder manejar y supervisar los sistemas espaciales.

La tarea de gestionar eficientemente la guerra desde el espacio no se limita a la rápida reparación de satélites caros. El enlace de comunicaciones entre la tierra y el espacio es complejo, y está sujeto a interferencias. Así, cualquier enemigo probará primero el ataque más lógico y económico: entorpecer las comunicaciones tierra-espacio. Esto puede hacerse con maniobras de baja tecnología; el método más sencillo podría ser destruir transmisores en tierra con autos bomba, por ejemplo. También podrían atacarse sitios de lanzamiento. Supongamos que los dos principales de Estados Unidos, el Kennedy Space Center y la Vandenberg Air Force Base, fueran atacados por misiles enemigos, y que sufrieran daños suficientes para interrumpir sus operaciones varios meses. Estados Unidos no podría lanzar más equipos, y los ya ubicados en el espacio al momento del ataque serían los únicos disponibles. Mantener esos sistemas podría hacer la diferencia entre victoria y derrota. Así, desplegar en el espacio cuadrillas de reparación será decisivo.

Como puede verse, el tema de la guerra espacial es complicado. Entre más se le explora, mayor es el riesgo de que parezca ciencia ficción. Pero no hay duda de que los seres humanos experimentarán realmente todo esto en el siglo que viene. La tecnología está ahí, al igual que las ventajas estratégicas y tácticas.

Lo mismo que la guerra naval en el siglo XVI, la guerra espacial se propagará al exterior. Las órbitas geoestacionarias son estratégicas, y darán por ello motivo a disputas. Pero serán sólo uno de los puntos estratégicos de conflicto. Otro será la superficie de la luna.

Por descabellado que parezca, las bases en la luna brindarán una plataforma estable —no estorbada por la atmósfera— para observar tanto la superficie terrestre como los conflictos que ocurran en el espacio. Un arma en la luna tardaría mucho en llegar a la Tierra, probablemente días. Pero una señal podría arribar a un satélite cazador-exterminador, el cual procedería a destruir en segundos un centro de reparación. Sostener y defender una base en la luna será en realidad más fácil que hacerlo en sistemas en órbita.

Habrá batallas por el control del espacio de órbita baja, el espacio geoestacionario, los puntos de libración (puntos estables entre la Tierra y la luna) y la superficie de la luna. El propósito de esas batallas, como el de todos los prosaicos encuentros que les precedieron, será impedir que un enemigo utilice aquellas áreas, garantizando, al mismo tiempo, el acceso del ejército nacional a ellas. Con tratados o no, donde va la humanidad, va la guerra. Y como la humanidad irá al espacio, habrá guerra en el espacio.

Controlar desde el espacio los océanos del mundo será crucial. Aun hoy, la marina estadunidense depende en alto grado de la vigilancia espacial para la efectividad de su flota. Erigir flotas para desafiar el dominio naval estadunidense sería extraordinariamente difícil, costoso y lento. Dominar las tecnologías y principios operativos de los portaviones puede llevar generaciones enteras. La mayoría de las armadas han abandonado toda tentativa de hacerlo, y pocas estarán en condiciones de intentarlo en el futuro. Pero en el siglo XXI el control de los mares dependerá menos de flotas trasatlánticas que de sistemas espaciales capaces de ver barcos enemigos y apuntar hacia ellos. Por tanto, quien controle el espacio controlará el mar.

Detengámonos un momento en los robots. Aunque supongo que seres humanos en el espacio mantendrán y comandarán sistemas bélicos espaciales, deberán complementarse con sistemas robóticos. Mantener vivo en el espacio a un ser humano es una tarea compleja y costosa, y lo seguirá siendo durante todo el siglo. Pero ya son comunes los sistemas autónomos, así como los de control remoto. El vuelo

espacial no tripulado se ha vuelto habitual. En realidad, gran parte de la labor pionera en robótica se ha hecho, y se seguirá haciendo, en el espacio. Esta tecnología está tan desarrollada que el Departamento de Defensa de Estados Unidos ya tiene proyectos muy avanzados en esta área. Pronto veremos —o vemos ya— aviones, módulos de reparación de satélites y torpedos inteligentes en el mar, de índole robótica. Hacia fines de siglo es muy probable que exista una infantería robótica para tareas relativamente simples, como asaltar posiciones fortificadas para evitar bajas humanas.

Todo esto lleva a un cambio vital en la guerra, en realidad una regresión. La precisión significa que no hay necesidad de devastar.

Planes bélicos

Para mediados de siglo, el poderío de Estados Unidos descansará en el alcance global de su avión hipersónico no tripulado y sus misiles espaciales. Con estos sistemas, podrá imponer un bloqueo naval tanto a Turquía como a Japón, de ser necesario. También podría atacar cualquier instalación de tierra que quisiera destruir. Y podría asestar golpes devastadores contra fuerzas de tierra.

La práctica bélica de Estados Unidos constará de tres etapas. La primera será una embestida contra aviones enemigos que puedan acometerlo, lo mismo que contra defensas aéreas enemigas, incluidos sistemas espaciales. La segunda será un ataque sistemático al resto de la capacidad militar y centros económicos clave del enemigo. La última etapa será la introducción de ejércitos de tierra limitados, integrados por soldados de infantería con armaduras propulsadas y de enorme letalidad, capacidad de sobrevivencia y movilidad, acompañados por una serie de sistemas robóticos.

Estados Unidos dependerá enormemente no sólo de sus satélites, sino también de lo que he llamado sus plataformas de gestión bélica Estrellas de Combate. Las Estrellas de Combate serán los ojos, oídos y puños estadunidenses. Comandarán enjambres de satélites y

sus propios sistemas a bordo, así como módulos en órbita que podrán disparar misiles a tierra y contra otros satélites. Proporcionarán información de selección de objetivos a aviones hipersónicos no tripulados ubicados en tierra, e incluso podrán controlar esos aviones desde el espacio. Si se destruye o aísla a Estrellas de Combate, todo el sistema bélico de Estados Unidos se inutilizará; podrá atacar instalaciones fijas cuya ubicación conozca, pero será ciego a todo lo móvil.

Para mediados de siglo, los seres humanos ya llevarán varias décadas en el espacio en misiones militares. El proceso anterior a 2020 de poner en órbita satélites de muy alto costo esperando simplemente que funcionaran ya no tendrá sentido. Los sistemas cruciales que fallen deberán repararse. Hoy el transbordador espacial ya es capaz de tales reparaciones; pero a medida que el espacio cobre importancia, se necesitará un cuadro permanente de técnicos espaciales. Lo más caro en el espacio es el lanzamiento y, como ya dije, lanzar constantemente a personas no será económico. Ubicarlas en el espacio para que intercepten sistemas descompuestos en órbita y los reparen será la norma. A mediados de siglo, se cumplirán veinte años de orbitar estaciones de reparación en el espacio, las que con el tiempo adoptarán más funciones en relación con operaciones de reconocimiento y bélicas, como la destrucción de satélites enemigos.

La Estrella de Combate estará diseñada para sobrevivir. Será una gran plataforma con docenas o aun centenas de personas para ejecutar su misión y mantenerla. Se hará con materiales avanzados, así como con múltiples aditamentos, para que los rayos láser y otros rayos hiperenergéticos no puedan destruirla. También se cargará con sistemas de sensores capaces de ver a muy grandes distancias cualquier objeto que se aproxime, y se le armará de gran cantidad de proyectiles y rayos de energía capaces de destruir cualquier cosa que pueda amenazarla.

La seguridad se basará en la suposición de que todo aquello puesto en órbita para destruir una Estrella de Combate podría no ser suficientemente grande y fuerte para sobrevivir a las armas de

ésta. Una Estrella de Combate se hará con numerosos componentes lanzados en miles de misiones. Además, se supondrá que los sensores estadunidenses en tierra o en el espacio reconocerán de inmediato cualquier sistema de mayor tamaño producido por otros países. La Estrella de Combate podrá percibir cualquier peligro y hacer frente a toda amenaza concebible. Los estadunidenses serán los primeros en fabricar estos sistemas, lo que aumentará el riesgo de cualquier otro país que intente fabricar uno.

A la luz de esta increíble ventaja en el sistema de defensa estadunidense, la Coalición Turco-Japonesa tendrá que idear un plan de guerra que, al mismo tiempo, reduzca drásticamente la capacidad bélica de Estados Unidos, prevea un periodo en el que la Coalición pueda atacar intereses estadunidenses por todo el mundo sin provocar un contrataque efectivo y siente las bases para un solución negociada más aceptable para los estadunidenses que el hecho de verse agredidos. Algunos procedimientos serán imprácticos, como la invasión por mar y la guerra naval de superficie. Las armas nucleares, en poder lo mismo de japoneses que de turcos, quedarán fuera del juego. Esta tecnología tendrá para entonces cien años de antigüedad, y fabricarla y operarla no será ningún misterio. Pero como ya vimos, las armas nucleares son más aterradoras antes de usarlas que después. Turquía y Japón tratarán de proteger sus intereses nacionales, no de cometer un suicidio nacional. Un ataque nuclear contra Estados Unidos devastaría al país, pero un contrataque devastaría a Turquía y Japón en mayor grado; y en vista del tamaño relativo de estos países, el riesgo sería más grande para estos últimos que para aquél.

La clave será impedir que Estados Unidos domine el espacio. Para lograrlo, la Coalición tendrá que hacer algo que los estadunidenses creerán imposible: destruir las Estrellas de Combate. Conseguir esto dará oportunidades a las fuerzas de la Coalición de rehacer el mapa del Pacífico y el este asiático, así como de la vasta región en torno a Turquía. Todo dependerá del pequeño problema de hacer lo imposible.

Lanzar un proyectil suficientemente grande para destruir una Estrella de Combate (sin que ésta lo derribe) será un reto enorme. No se le podrá lanzar desde la Tierra, porque Estados Unidos lo detectaría y destruiría de inmediato. Pero la Coalición tendrá una ventaja: la Estrella de Combate no podrá maniobrar. Aparcada en una órbita geoestacionaria, tendrá suficiente propelente a bordo para mantenerse en órbita, pero no podrá ejecutar cambios de órbita sustanciales. Esto requeriría demasiado combustible. Además, una vez que maniobrara, la Estrella de Combate perdería su órbita geoestacionaria, y por tanto la estabilidad que necesita para cumplir su misión. Éste es uno de los aspectos que los planificadores descuidarán. El programa estadunidense de Estrellas de Combate será un programa intensivo en la década de 2040. Producir una estación espacial en órbita que aloje a docenas de tripulantes es una cosa, pero otra muy distinta volverla maniobrable, lo que alargaría los plazos mucho más allá de lo necesario. Así, los planificadores se rendirán a la realidad técnica y racionalizarán. La Estrella de Combate será indestructible, postularán, de manera que no necesitará capacidad para maniobrar. Como del *Titanic*, de ella se dirá que es imposible de hundir.

Los japoneses considerarán el problema de cómo eliminar una Estrella de Combate desde la década de 2030. Desarrollarán un vigoroso programa espacial después de 2020, mucho antes que los turcos, cuya atención se centrará en sucesos más cerca de su frontera. Unos y otros desarrollarán satélites de reconocimiento de órbita terrestre baja y sistemas geoestacionarios de comunicaciones, pero los japoneses estudiarán también los usos comerciales del espacio, y se interesarán en particular en la generación de energía en el espacio. Ávidos de energía a un ritmo que a los nuevos reactores nucleares se les dificultaría seguir, los japoneses habrán invertido durante una generación en todas las variedades de energía alternativa, incluidos los sistemas espaciales.

Una de las ubicaciones de investigación y desarrollo será la superficie de la luna. Como en el caso de la Antártida en los años

cincuenta, es probable que varias naciones establezcan bases de investigación ahí, aunque estadunidenses y japoneses serán los más ambiciosos. Para 2040 los japoneses tendrán una colonia sustancial operando en la luna, y habrán creado grandes cámaras subterráneas para su labor. El tráfico de y a la luna será común y pasará inadvertido. Las diversas naciones que trabajen ahí cooperarán e intercambiarán personal sin cesar. Nada que pueda hacerse militarmente en la superficie de la luna podría hacerse de manera más efectiva en la órbita terrestre, o al menos eso se creerá.

Los japoneses planearán, desde luego, soluciones a posibles situaciones bélicas, como se supone que todos los ejércitos hacen. El problema será simple: cómo destruir el centro de gravedad del sistema bélico estadunidense, la Estrella de Combate. Un ataque desde tierra, como ya se indicó, podría fallar, y empujar a los japoneses a la guerra con Estados Unidos en las peores circunstancias posibles.

Japón tendrá que dar con una nueva estrategia. Piénsese en 1941, cuando trató de iniciar la guerra inutilizando el centro de gravedad militar estadunidense en el Pacífico, la flota de Pearl Harbor. Provocar a esa flota estando aún intacta era demasiado peligroso, y los estadunidenses consideraban invulnerables sus acorazados en Pearl Harbor. Así, los japoneses atacaron usando un medio inesperado, un asalto de portaviones con torpedos en un puerto que se creía muy poco profundo para ellos, y atacaron desde una posición inesperada, el noroeste, supuestamente demasiado lejos de su país para estar seguros. Ésta es no sólo la forma en que los japoneses hacen la guerra, sino también su aplicación de principios bélicos universales.

A mediados del siglo XXI, los japoneses enfrentarán el mismo problema en un contexto diferente. Deberán destruir las Estrellas de Combate. Tendrán que atacar desde una dirección inesperada con medios inesperados. La dirección inesperada sería por la retaguardia, el equivalente al Pacífico noroeste. Esto querría decir la luna. Tendrían que usar medios inesperados, armas fabricadas en secreto en la luna, pues despachar armas allá para usarlas más tarde sería detectable. El equivalente de Pearl Harbor en el siglo XXI tendría que implicar los principios de sorpresa en dirección y medios. Bien puede haber opciones al escenario que trazo aquí, pero éste es sin duda un escenario verosímil dada la geometría del espacio.

Un principio geopolítico subyacente determina mis ideas. En la segunda guerra mundial dos potencias emergentes —Alemania y Japón— quisieron redefinir el orden global. A mediados del siglo XXI, este ciclo geopolítico continuo se repetirá. En la segunda guerra, Japón tuvo que atacar inesperadamente para inutilizar el poder estadunidense en el Pacífico y, así lo esperaba, abrir la puerta a una solución negociada en sus propios términos. Su geografía lo ponía en perdurable desventaja con Estados Unidos, así que tuvo que crear una oportunidad mediante un golpe sorpresa al corazón del poderío estadunidense. Japón estará en igual posición ante Estados Unidos a mediados del siglo XXI, sólo que esta vez se aliará con Turquía, no con Alemania. Así, sean cuales fueren los detalles de sus acciones militares —y obviamente sólo podemos especular sobre ellos—, la naturaleza del conflicto echa raíces en la misma dinámica en ambos siglos, y la estrategia general hace lo propio también.

En este libro ya me referí a la historia como una partida de ajedrez en la que hay muchos menos movimientos disponibles de lo que parece. Entre mejor jugador se es, más se advierten las debilidades de las jugadas, y el número de movimientos se reduce a unos cuantos. Este principio puede aplicarse al futuro. He intentado describir la lógica del modo en que Japón y Turquía se volverán grandes potencias y en que esto creará fricciones con Estados Unidos. Considerando tanto la historia como las probables condiciones de la época, he intentado imaginar cómo verán el tablero los japoneses, lo que les preocupará y cómo reaccionarán. Es obvio que ignoramos los detalles. Pero aquí trato de dar sentido al posible desenvolvimiento de la geopolítica, la tecnología y la guerra. No puedo conocer los detalles de esta guerra, y ni siquiera el momento en que sucederá. Pero puedo trazar algunos de sus principios e imaginar ciertos detalles.

Los japoneses habrán establecido ya múltiples bases lunares, pero una de ellas estará diseñada para usos militares, con pantalla civil. En profundas cavernas excavadas en secreto, fabricarán una serie de proyectiles hechos simplemente de roca lunar. Las rocas son muy pesadas para su volumen. Una del tamaño de un auto compacto puede pesar toneladas. A una velocidad altísima, la energía cinética de una roca puede ser fantástica, y esta última destruir grandes estructuras con las que chocara. En la luna, sin aire, fricción ni problemas aerodinámicos, a una roca puede dársele forma aproximada de proyectil. Luego se le podrían añadir fácilmente cohetes y tanques de combustible, y lanzársele.

Estos proyectiles se diseñarán con dos características: peso suficiente para destruir cualquier Estrella de Combate con energía cinética, pero también pequeñez suficiente para ponerlos en órbita con cohetes, aprovechando la menor velocidad de escape de la luna en comparación con la de la Tierra. Dada la velocidad con que el misil impactará la Estrella de Combate, bastará con que pese unos cuantos kilogramos, si acaso. Pero también tendrá que sobrevivir a impactos con misiles defensivos cinéticos mucho más pequeños.

Los japoneses construirán otra base secreta, cuidadosamente camuflada al otro lado de la luna, que usarán para probar su sistema, disparando desde la Tierra y ocultos de ella. El sistema se perfeccionará con el tiempo, poco a poco para que, de ser notado, el tráfico a la base no provoque demasiada inquietud. Se prepararán y camuflarán lanzadores subterráneos. Cuando las Estrellas de Combate entren en operación, las contramedidas japonesas lo harán también. Los japoneses sabrán que todo misil puede ser destruido, así que dispondrán docenas de misiles por disparar a cada plataforma de las Estrellas de Combate, con la esperanza de que uno de ellos acierte. Y se prepararán para dispararlos en una amplia gama de órbitas, esperando que no se les advierta. Por mucho que la tecnología avance, nunca habrá suficiente presupuesto ni personal para tenerlo todo bajo control.

El hecho de que no sean advertidos será importante. Los

misiles lanzados desde la luna tardarán unos tres días en llegar a las Estrellas de Combate. El tiempo entre la detección del ataque y la destrucción de la Estrella será el periodo de mayor peligro para los planes japoneses. Una vez detectados los misiles, la Estrella de Combate, pese a que no sobreviva, podría ordenar asaltos de sistemas hipersónicos contra Japón y disparar sus propios proyectiles en un ataque devastador a ese país y sus centros espaciales, dando todavía tiempo a su tripulación para abandonar la nave en un avión de rescate. La clave será entonces eliminar la Estrella de Combate sin previo aviso, impidiendo a Estados Unidos ver qué sucede.

El éxito de esta operación no puede garantizarse. Los japoneses deberán tener un plan B. Una vez que disparen sus cohetes satisfactoriamente, la destrucción de las Estrellas de Combate estará asegurada. Pero entre el momento del descubrimiento y la destrucción, será posible el desastre. Los japoneses tendrán una ventaja. Las Estrellas de Combate dirigirán su atención a la Tierra y el área entre la Tierra y la órbita geoestacionaria. Su principal misión será ofensiva, y no se verán a sí mismas en papel defensivo. Más aún, no esperarán una amenaza desde atrás. Si prevén que se les alcance, esperarán que sea por abajo. No harán observaciones de rutina a mayores altitudes.

Los estadunidenses mantendrán una simple —y no particularmente efectiva— vigilancia de meteoritos, una necesidad obvia para una plataforma espacial tripulada. El espacio es vasto y, contra lo que podría imaginarse, cubrirlo por completo es imposible hoy y no será posible en 2050. Habrá lagunas, en tecnología y en aplicación. Sabiendo esto, los japoneses no lanzarán un apretado racimo de misiles, sino una profusión de ellos, en todas direcciones. El radar de guardia podrá detectar uno o dos, pero no los interpretará como un ataque. De hecho, los japoneses seleccionarán órbitas que no apuntarán a ninguna Estrella de Combate; los misiles estarán equipados más bien para que un cohete terminal se queme, a fin de cambiar de órbita en las últimas horas de su trayecto para poder impactar a esas estaciones; el recipiente de combustible y el motor para la quema

serán más grandes que el misil propiamente dicho, el cual no será en realidad más que una pequeña roca moldeada. Cualquier computadora que detecte un misil lo considerará un meteorito inofensivo, cerca de ser un peligro pero sin llegar a eso. Los sistemas computarizados podrían no reportar siquiera a observadores humanos en la Estrella de Combate los misiles que vean. El sistema será robótico, no dado a sutilezas.

Habrá tres peligros para los japoneses. El primero será que Estados Unidos detecte el lanzamiento de misiles desde la superficie lunar usando tecnología que ellos ignoraban que él tenía. La detección también será posible en el periodo después del lanzamiento y antes del ajuste terminal de la órbita, el cual durará varios días. Y en las últimas horas antes del impacto, Estados Unidos podría contratacar aún. Cuanto más tarde en detectar el ataque, menos tiempo tendrá para reaccionar, y más devastador será el golpe.

El plan B japonés, en caso de detección, será acelerar la fase dos del ataque. Si los japoneses eliminan las Estrellas de Combate, lanzarán asaltos hipersónicos inmediatos contra bases estadunidenses, aéreas y de misiles, en todo el mundo al tiempo que el sistema espacial japonés rastrea submarinos estadunidenses, y harán lo mismo contra todas las comunicaciones basadas en tierra. En caso de detección, los japoneses ejecutarían el plan complementario antes de que las Estrellas de Combate fueran destruidas —disparando desesperadamente sin apuntar, por así decirlo—, con la esperanza de que los estadunidenses tarden en responder. Supondrán que podrán saber si éstos han detectado el ataque porque la detección elevará drásticamente el tráfico de comunicación entre Estrellas de Combate, el mando en tierra y otras plataformas. Los japoneses tal vez no podrán descifrar los códigos, pero verán el aumento repentino del tráfico. Habrán orbitado satélites durante años, con razones oficiales que habrán ido de la navegación al clima, pero con un propósito secreto: interceptar y estimar la cantidad de comunicaciones entre los sistemas espaciales estadunidenses.

Los japoneses no compartirán con los turcos los detalles de sus planes de ataque. Las bases lunares secretas respresentarán las joyas de la corona del ejército japonés. Los turcos serán aliados, pero no parientes. Lo que los japoneses estarán dispuestos a revelar es que en determinada fecha iniciarán las hostilidades, y que planearán un golpe devastador contra Estados Unidos para el que no necesitarán asistencia directa. No obstante, necesitarán cierta asistencia indirecta.

Los japoneses querrán volcar un poco más la mesa dando a la inteligencia y el reconocimiento estadunidenses algo en qué entretenerse, algo que los mantenga distraídos. Planearán atacar durante la festividad estadunidense del Día de Acción de Gracias, cuando la jefatura política se dispersa en todo el país con sus familias. Esto se ajusta tanto al principio militar de sorpresa estratégica como a su aplicación por Japón en guerras precedentes: el ataque contra Pearl Harbor ocurrió al amanecer de un domingo, cuando la flota estaba congregada y la tripulación había salido a divertirse la noche del sábado. Es obvio que eso no se hará necesariamente el Día de Acción de Gracias, pero deberá ser en un momento inesperado, cuando la dirigencia estadunidense no esté en condiciones ideales. Así como Corea del Norte atacó a la del Sur un domingo de verano de 1950, provocando una confusión enorme, los japoneses podrían atacar el Día de Acción de Gracias, y es muy probable que lo hagan. Turcos y japoneses harán todo lo posible por mantener la calma en las semanas previas, cerciorándose de que la dirigencia estadunidense se disperse y el ejército de tierra opere con mínimo personal.

Los japoneses sabrán que la mejor manera de conseguir esto será montar una crisis y resolverla rápidamente. Sin revelar la naturaleza de la sorpresa del Día de Acción de Gracias, pedirán a los turcos generar una crisis cuidadosamente planeada entre sus fuerzas en Bosnia y fuerzas polacas en Croacia. La crisis comenzará a mediados de octubre, con el argumento de que nacionalistas croatas realizaron ataques terroristas en Turquía. Los turcos insinuarán incluso que lo hicieron con aliento estadunidense. Es obvio que hoy no podemos

saber si ésta será la crisis y ése el lugar, pero un sistema de engaño será decisivo. Los japoneses mantuvieron sus negociaciones con Estados Unidos hasta el último minuto en 1941. La Ofensiva del Tet en Vietnam ocurrió durante un cese el fuego por una festividad en 1968, etcétera. El engaño es la clave.

Se desatará entonces una crisis, en la que el bloque polaco y los turcos se pondrán en alerta máxima. Dada la presencia de fuerzas suyas en Serbia y su alianza con el bloque polaco, la situación en los Balcanes impactará directamente a Estados Unidos. Los turcos seguirán poniendo en alerta máxima sus sistemas aéreos y de misiles fuera de la región, al punto casi del lanzamiento, aunque luego se moderarán. Tratarán deliberadamente de detonar un ataque polaco. Sabiendo enlazadas las redes de defensa polaca y estadunidense y habiendo preparado durante años la susceptibilidad estadunidense a la diligencia turca, los turcos rebasarán apenas el aparente punto de no retorno en la primera semana de noviembre. Los polacos, tras recibir datos que indicarán un lanzamiento inminente, efectuarán de súbito un ataque aéreo limitado contra una base turca. Los turcos habrán conseguido engañarlos y echarán a andar todo el sistema. Al comprender que en los Balcanes está a punto de estallar una guerra, el presidente de Estados Unidos llamará a los primeros ministros turco y polaco momentos después del ataque y les aconsejará poner fin al conflicto. Los turcos serán particularmente agresivos, habiendo perdido una base aérea y algunos compatriotas, pero aceptarán a regañadientes dar un paso atrás desde el borde de la guerra.

Una conferencia de paz se organizará en Ginebra; ¿dónde más podría celebrarse una conferencia de paz? No habrá ningún acuerdo, pero todas las partes aceptarán ceder y evitar actos de provocación. Estados Unidos se comprometerá a monitorear la situación, compromiso que tomará muy en serio, pues no querrá que polacos o húngaros lo arrastren a una guerra en los Balcanes. El consejero de seguridad nacional ordenará a la vigilancia espacial estadunidense concentrarse en el estado de las fuerzas turcas y del bloque polaco.

Las cosas se habrán calmado para mediados de noviembre, y la situación parecerá volver a la normalidad, pero la Estrella de Combate sobre Uganda seguirá muy atenta a las circunstancias en los Balcanes, mientras las otras dos se encargarán del trabajo excedente de sus recolectores de información. Los turcos continuarán maniobrando sus fuerzas mucho más allá de las líneas enemigas, al igual que el bloque polaco. Eso mantendrá a todos ocupados.

Los japoneses habrán activado sus fuerzas hipersónicas y capacidades espaciales al menos una vez cada trimestre durante varios años. Estados Unidos observará estos ejercicios con regularidad, así que no se alarmará en particular al ver iniciarse otro ejercicio días antes del de Acción de Gracias. No tendrá nada de excepcional ver entrar a los japoneses en alerta máxima de batalla. De hecho, esta vez parecerán algo desprovistos de personal, pues algunas unidades ni siquiera se pondrán en alerta.

La década de 2060: el decenio dorado

Las consecuencias de la guerra confirmarán inequívocamente la posición de Estados Unidos como la mayor potencia internacional del mundo, y de América del Norte como el centro de gravedad del sistema internacional. Esto permitirá a ese país consolidar su dominio del espacio, y con él su control de las rutas marítimas internacionales. Asimismo, empezará a crear el patrón de relaciones del que dependerá en las décadas por venir.

El resultado más importante de la guerra será un tratado que cederá formalmente a Estados Unidos derechos exclusivos para militarizar el espacio. Otras potencias podrán usar el espacio con propósitos no militares sujetos a la inspección estadunidense. Éste será simplemente el reconocimiento oficial de una realidad militar. Estados Unidos habrá derrotado a Japón y Turquía en el espacio, y no dejará que ese poder se le vaya de las manos. El tratado limitará, asimismo, el número y tipo de aviones hipersónicos que Turquía y Japón podrán tener, aunque todos sabrán que eso no podrá hacerse cumplir, y que será meramente la humillación gratuita que los vencedores gustan de imponer a los vencidos. El tratado servirá a los intereses de Estados Unidos y estará en vigor mientras su poderío pueda hacerlo cumplir.

Polonia habrá sido la gran vencedora, pues ampliará enormemente su alcance, aunque sus pérdidas habrán sido las más sustanciales entre los participantes principales. Los chinos y coreanos se sentirán liberados de los japoneses, quienes habrán perdido un imperio pero

preservarán su país, habiendo sufrido apenas unas cuantas miles de bajas. Japón seguirá padeciendo problemas demográficos, pero ése será el precio de la derrota. Turquía continuará siendo el líder del mundo islámico, y gobernará un imperio descontento por su descalabro.

Pese a su victoria, Polonia estará disgustada. Su territorio habrá sido invadido directamente por Alemania y Turquía, y sus aliados ocupados. Sus bajas se contarán en decenas de miles, resultado de pérdidas civiles en combates de tierra, el enfrentamiento casa por casa en el que los soldados de infantería blindados están más protegidos que los civiles. Su infraestructura habrá sido destruida, y su economía junto con ella. Aunque Polonia podrá inclinar en su favor la situación económica de la región, explotando sus conquistas para reconstruir rápidamente su economía, la victoria será gravosa de todas maneras.

Al oeste, su enemigo tradicional, Alemania, quedará debilitado, subordinado y resentido, mientras que los turcos, batidos por el momento, conservarán su influencia a unos cientos de kilómetros al sur, en los Balcanes y el sur de Rusia. Los polacos habrán tomado el puerto de Rijeka y mantendrán bases en el oeste de Grecia para impedir la agresión turca en la entrada al Adriático. Pero los turcos seguirán ahí, y los europeos tienen muy buena memoria. Quizá lo más irritante es que Polonia será incluida entre las naciones a las que se prohibirá el uso militar del espacio. Estados Unidos no hará excepciones en esto. De hecho, Polonia le preocupará mucho tras la guerra. Habrá recuperado el imperio que tenía en el siglo XVII, y más.

Polonia creará un sistema confederado de gobierno para sus antiguos aliados y controlará directamente Bielorrusia. Será débil económicamente y quedará muy lastimada por la guerra, pero tendrá tiempo y territorio para recuperarse.

La derrota de Francia y Alemania por Polonia desplazará decisivamente al este el poder en Europa. En cierto sentido, el eclipse de la Europa atlántica iniciado en 1945 se completará en la década de 2050. A Estados Unidos no le harán ninguna gracia las implicaciones de largo plazo de una Polonia confiada y vigorosa al mando de Europa. Así, alentará a su más cercano aliado, Gran Bretaña, que habrá contribuido decisivamente a la guerra, a intensificar su influencia económica y política en el continente. En vista del caos demográfico y económico de Europa occidental y temiendo el poder polaco, Inglaterra organizará gustosa un bloque extrañamente parecido a la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) del siglo XX, y cuya tarea será rehabilitar Europa occidental y bloquear el desplazamiento polaco al oeste desde Alemania, Austria o Italia. Estados Unidos no se sumará a esa alianza, pero estimulará su formación.

Lo más curioso es que los estadunidenses procederán a mejorar sus relaciones con los turcos. Dado el antiguo adagio británico de que las naciones no tienen amigos permanentes ni enemigos permanentes sino sólo intereses permanentes, el interés estadunidense será apoyar a la potencia débil contra la fuerte, para mantener el equilibrio de poder. Turquía, comprendiendo el posible y perdurable poder de Polonia, aceptará de buen grado lazos más estrechos con Washington como garantía de su sobrevivencia a largo plazo.

Sobra decir que los polacos se sentirán traicionados por los estadunidenses. Pero éstos aprenderán la lección. Precipitarse en batalla puede satisfacer un impulso, pero manejar la situación de tal forma que las batallas no ocurran o sean libradas por otros es una solución mucho mejor. Apoyando a Gran Bretaña y Turquía, Estados Unidos actuará para crear un equilibrio de poder europeo igual al de Asia. Ningún país representará una amenaza coherente para él; y mientras controle el espacio, podrá ocuparse fácilmente de los asuntos que requieran atención.

Una faceta interesante de la geopolítica es ésta: no existen soluciones permanentes a los problemas geopolíticos. Por el momento, sin embargo, en la década de 2060 —como fue el caso de las de 1920 y 1990— no parecerá haber un desafío serio contra Estados Unidos, o al menos ninguno que represente una amenaza directa. El país habrá aprendido que la seguridad es ilusoria, pero por lo pronto se deleitará de todas maneras en esa seguridad.

La expansión económica estadunidense de la década de 2040 no será interrumpida por la guerra. De hecho, continuará sin trabas. Como se ha visto a lo largo de los siglos, a Estados Unidos le benefician las grandes guerras. Quedará casi intacto por la guerra reciente, y aumentos en el gasto gubernamental estimularán la economía. Puesto que libra sus guerras usando tecnología, cualquier conflicto bélico —o expectativa de tal— con otras naciones-Estado eleva los egresos del gobierno en investigación y desarrollo. Así, al final de la guerra se dispondrá de una extensa gama de nuevas tecnologías para su explotación comercial. El mundo de la posguerra presenciará entonces, hasta alrededor de 2070, un periodo de crecimiento económico espectacular, acompañado de transformación social.

Esta conflagración ocurrirá justo en medio de uno de los ciclos estadunidenses de cincuenta años, que llevará unos veinte de haberse iniciado. Eso quiere decir que esta guerra acontecerá en un momento de máxima fuerza interna del país. Sus problemas demográficos, nunca tan severos como los del resto del mundo, se resolverán gracias a la inmigración y la desaparición de los *baby boomers,* que aliviarán la presión de una fuerza de trabajo de edad avanzada. El equilibrio entre disponibilidad de capital y demanda de productos quedará intacto, y ambas crecerán. Estados Unidos entrará a un periodo de radical transformación económica, y por lo tanto social. Sin embargo, cuando una gran guerra ocurre entre las etapas inicial e intermedia del ciclo estadunidense, como fue el caso de la segunda guerra mundial, ese ciclo se acelera mientras la economía se adapta a las repercusiones del conflicto. Eso significa que la segunda mitad del decenio de 2050 será un tesoro, similar al de los años cincuenta. En lo económico y tecnológico, los quince años posteriores a esta guerra serán una edad de oro, en todo el sentido de la palabra, para Estados Unidos.

El país reducirá sus gastos de defensa tras el desplome de los rusos en la década de 2030, pero los volverá a subir drásticamente conforme se intensifique la guerra fría global en la década de 2040. Luego, durante la guerra de mediados de siglo, consumará extraordinarias hazañas de investigación y desarrollo y aplicará sus descubrimientos de inmediato. Algo que habría tardado años en hacerse en la economía de tiempo de paz se hará en meses, y aun en semanas, a causa del apremio de la guerra (en especial tras la aniquilación de las fuerzas espaciales estadunidenses).

Estados Unidos habrá desarrollado una obsesión por el espacio. En 1941, Pearl Harbor produjo la creencia nacional, en particular entre los militares, de que en cualquier momento podía ocurrir un ataque devastador, cuando menos se le esperara, desde luego. Esa mentalidad rigió la estrategia nuclear estadunidense durante los cincuenta años siguientes. Un temor incesante a ataques sorpresa permeó el pensamiento y la planeación militares. Tal sensibilidad cedió tras la caída de la Unión Soviética, pero el ataque en la década de 2050 reavivará el terror de Pearl Harbor, y el temor a los ataques sorpresa será de nuevo una obsesión nacional, esta vez centrada en el espacio.

La amenaza será muy real. Estratégicamente, el control del espacio significa lo mismo que el del mar. Pearl Harbor estuvo a punto de costar a Estados Unidos el control del mar en 1941. Por su parte, la guerra de la década de 2050 estará a punto de costarle el control del espacio. El temor obsesivo a lo inesperado que resultará de eso, combinado con una atención obstinada al espacio, significa que en éste se gastarán grandes cantidades de recursos, tanto militares como comerciales.

Estados Unidos construirá una inmensa infraestructura espacial, que irá de satélites en órbita terrestre baja a estaciones espaciales tripuladas en órbitas geostacionarias, y a instalaciones en la luna y satélites que orbiten alrededor de ella. Muchos de estos sistemas serán mantenidos por robots, o serán ellos mismos robots. Los dispares avances en la robótica del medio siglo anterior cuajarán ahora, en el espacio.

Una evolución clave es que entonces habrá un continuo despligue de tropas en el espacio. Su labor será supervisar los sistemas —pues la robótica, por eficiente que sea, estará lejos de ser perfecta—, y en las décadas de 2050 y 2060 este esfuerzo será un asunto de sobrevivencia nacional. Las U.S. Spacial Forces, nueva rama del ejército

separada de la fuerza aérea, será el cuerpo más grande en términos de prespuesto, si no es que de número de tropas. Diversos vehículos de lanzamiento de bajo costo, muchos de ellos derivados de versiones comerciales desarrolladas por emprendedores, viajarán constantemente de la Tierra al espacio y entre las plataformas espaciales.

La meta de toda esta actividad será triple. Primero, Estados Unidos querrá garantizar suficiente vigor, superabundancia y profundidad de defensa para que ninguna potencia pueda volver a perturbar sus capacidades espaciales. Segundo, querrá estar en posibilidad de impedir todo intento de otra nación de conseguir un punto de apoyo en el espacio, contra sus deseos. Por último, deseará tener grandes recursos —entre ellos armas ubicadas en el espacio, desde misiles hasta nuevos rayos hiperenergéticos— para controlar lo que suceda en la Tierra. Sabrá que no puede controlar toda amenaza (como terrorismo o la formación de coaliciones) desde el espacio. Pero se cerciorará de que ninguna nación pueda montar una eficaz operación contra él.

El costo de erigir esta capacidad será enorme. Habrá muy poca oposición política, se generarán grandes déficit y la economía recibirá un potente estímulo. Como al final de la segunda guerra, el temor se impondrá sobre la sensatez. Críticos, marginales y sin influencia, dirán que ese gasto militar es innecesario y que llevará al país a la quiebra, pues desembocará en una depresión. Lo cierto es que hará que la economía repunte en forma espectacular, como normalmente lo han hecho los déficit en la historia estadunidense, en particular a la mitad de sus ciclos de cincuenta años, cuando la economía goza de pleno vigor.

Revolución de energía

La obsesión estadunidense por el espacio se cruzará con otro problema en ascenso: la energía. Estados Unidos invertirá durante la guerra grandes cantidades de dinero para resolver el problema de abastecer de energía al campo de batalla desde el espacio. La respuesta consecuente será poco económica, primitiva y derrochadora, pero dará resultado. Propulsará a las fuerzas aliadas en Polonia contra la invasión turco-germana. El ejército verá la generación espacial de energía como una solución a su gran problema logístico en el campo de batalla. En particular, el suministro de energía para propulsar nuevas armas que impliquen rayos de energía intensos será un problema crucial. El ejército estará dispuesto a suscribir el desarrollo de la generación espacial de energía, por tratarse de una necesidad militar, y el Congreso estará dispuesto a financiarlo. Ésta será una de las lecciones aprendidas en la guerra, e infundirá al proyecto una sensación de apremio.

Dos episodios de la historia de Estados Unidos son instructivos aquí. En 1956, Estados Unidos se comprometió en la construcción del sistema carretero interestatal. Dwight Eisenhower lo favorecía por razones militares. Como oficial subalterno, había conducido un convoy por Estados Unidos, y tardó meses. En la segunda guerra vio cómo los alemanes trasladaban en autopistas a ejércitos enteros del frente oriental al occidental para lanzar la Ofensiva de Ardennes. El contraste le impresionó.

Las razones militares para el sistema interestatal eran persuasivas. Pero los impactos civiles fueron inesperados. La reducción del tiempo y costo del transporte volvió utilizables los terrenos fuera de las ciudades. Tuvo lugar entonces una enorme descentralización de las ciudades, que produjo suburbios y la distribución de la industria fuera de las áreas urbanas. El sistema interestatal cambió la forma de Estados Unidos, y sin la justificación militar no habría podido construirse o considerarse económicamente factible.

El segundo ejemplo procede de los años setenta, cuando el ejército estaba inmerso en la investigación. Necesitaba un medio para hacer circular información entre centros de investigación más rápidamente de lo que podía hacerse por mensajero o correo; aún no existía FedEx. La Defense Advanced Research Projects Agency (DARPA) financió un experimento ideado para crear una red de cóm-

puto capaz de compartir datos y archivos a distancia. Esta creación se llamó ARPANET. Con un poco de costo y esfuerzo, se le desarrolló para un uso sumamente especializado. La ARPANET se convirtió desde luego en la internet, y su arquitectura y protocolos esenciales fueron diseñados y administrados por el Departamento de Defensa y sus contratistas hasta bien entrados los años noventa.

Como en el caso de las supercarreteras de automóviles, la supercarretera de la información podría haber surgido sola, pero no lo hizo. El costo básico de crearla fue una tarea militar ideada para resolver un problema del ejército. Llevando un poco más lejos esta analogía, la supercarretera de la energía tendrá origen en necesidades del mismo tipo. Se construirá para el ejército, y por tanto su economía la hará más competitiva que otras fuentes de energía. Dado que el ejército absorberá el costo de capital básico y desplegará los sistemas, el costo comercial de esta energía será enormemente inferior al que tendría de otra manera. Una energía barata en el sector civil será crucial, a medida que los robots sean más frecuentes en la economía.

Los programas espaciales militares reducirán literalmente el costo de los proyectos comerciales llevándolos a cuestas. Avances en el lanzamiento comercial al espacio reducirán el costo de propulsar carga explosiva, pero jamás podrán ocuparse de un gran proyecto como el desarrollo de la generación espacial de energía de origen solar. El programa militar de las décadas de 2050 y 2060 resolverá este problema de dos maneras. Primero, una de las partes más importantes del proyecto será reducir el costo por libra de las cargas explosivas. Estados Unidos pondrá muchas cosas en el espacio, y tendrá que reducir radicalmente el precio de los lanzamientos. En parte con nueva tecnología y en parte gracias al cuantioso volumen por lanzar, el costo empezará a bajar en forma drástica, aun en el caso de los vehículos comerciales desarrollados anteriormente.

Segundo, habrá capacidad excedente en el sistema. Una de las lecciones de la guerra será que no disponer de capacidad de pro-

pulsión sobrante en el espacio dificultó a Estados Unidos enfrentar el ataque inicial. No se permitirá que eso vuelva a suceder. Por tanto, tendrá un enorme excedente de capacidad de propulsión aprovechable. La utilización del proyecto por parte del sector privado será esencial para reducir costos.

El periodo en que aparecieron el sistema carretero interestatal y la internet fue de crecimiento económico explosivo. El sistema carretero interestatal estimuló la economía al emplear a ejércitos de cuadrillas de construcción e ingenieros civiles, pero las derivaciones empresariales fueron las que realmente motivaron el auge. McDonald's fue obra del sistema carretero interestatal tanto como los centros comerciales suburbanos. El tendido de la internet implicó muchos servidores de Cisco y ventas de computadoras personales. Pero el verdadero auge llegó con Amazon y iTunes. Ambos tuvieron grandes consecuencias para los emprendedores.

La National Aeronautics and Space Administration (NASA) ha participado en la investigación de la energía espacial desde la década de los setenta, en forma de energía solar espacial (Space Solar Power, SSP). Estados Unidos usará por primera vez este nuevo sistema en la guerra del decenio de 2050. Y el sistema pasará a ser parte de la vida diaria gracias al proyecto de energía espacial del decenio siguiente. Cantidades inmensas de elementos fotovoltaicos, diseñados para convertir la energía solar en electricidad, se pondrán en órbita geoestacionaria o en la superficie de la luna. La electricidad se convertirá en microondas, se transmitirá a la Tierra, se reconvertirá en electricidad y se distribuirá por la red eléctrica existente y ampliada. El número de elementos necesarios podría disminuir concentrando la luz solar con espejos, para reducir así el costo de lanzamiento de arreglos fotovoltaicos. Obviamente, los receptores tendrían que instalarse en áreas aisladas en la Tierra, pues la radiación local de microondas será intensa, aunque los riegos serían mucho menores que los de los reactores nucleares o los efectos ambientales de los hidrocarburos. Si de algo dispone el espacio es de espacio. Una cosa que sería insufri-

blemente molesta en la Tierra (cubrir un área del tamaño de Nuevo México con paneles solares, por ejemplo) será tragada por la infinitud del espacio. Además, en él no hay nubes, y los colectores pueden colocarse de tal modo que reciban continuamente luz solar.

Estos avances reducirán el costo de la energía en la Tierra, lo que volverá factibles muchas más actividades intensivas en energía. Emergerán así posibilidades asombrosas para los emprendedores. ¿Quién podría haber trazado una línea entre la ARPANET y el iPod? Lo único que puede decirse es que esta segunda ola de innovaciones será al menos tan revolucionaria como las carreteras intesestatales y la internet, y dará prosperidad a la década de 2060 como lo hicieron las carreteras con la de 1960 y la internet con la de 2000.

Estados Unidos habrá creado, asimismo, otro fundamento de su poderío geopolítico: será el mayor productor de energía del mundo, y sus campos de energía estarán protegidos contra ataques. Japón, China y casi todos los demás países importarán energía. Al cambiar la economía de la energía, otras fuentes, entre ellas los hidrocarburos, perderán atractivo. Ningún otro país podrá lanzar sistemas espaciales. Para comenzar, no tendrá un ejército que pague el enganche del sistema. Tampoco tendrá apetito de desafiar en ese momento a Estados Unidos. Un ataque a instalaciones estadunidenses será impensable dado el inmenso desequilibrio de poder. La capacidad de la superpotencia para suministrar muy barata energía solar le dará una palanca más para incrementar su dominio internacional.

Se estará entonces frente a un cambio de paradigma fundamental en las realidades geopolíticas. Desde principios de la revolución industrial, la industria ha devorado energía, accidental y caprichosamente distribuida en el mundo. De escasa relevancia de otro modo, la península arábiga se volvió importantísima por sus yacimientos de petróleo. Dado el cambio a sistemas espaciales, la industria producirá energía en vez de sólo consumirla. El viaje espacial será resultado de la industrialización, y una nación industrializada producirá energía al mismo tiempo que abastece a su industria. El

espacio se volverá más importante de lo que Arabia Saudita lo fue jamás, y Estados Unidos lo controlará.

Una nueva oleada de cultura generada en Estados Unidos recorrerá el mundo. Recuérdese que definimos la cultura no como arte, sino en el sentido amplio de cómo vive la gente. La computadora fue la introducción más efectiva a la cultura estadunidense, mucho más profunda que el cine o la televisión. El robot representará la conclusión lógica y drástica de la computadora. En un mundo necesitado de crecimiento económico pero cuya población ya no va en aumento, los robots se convertirán en impulsores de la productividad, y gracias a los sistemas solares espaciales habrá abundante electricidad para propulsarlos. Aún primitivos pero en rápido desarrollo, se extenderán por el globo, y serán adoptados por el mundo industrial avanzado de población restringida y por países próximos a los de primer nivel y cerca de sus máximos demográficos, o que pasan por ellos.

La genética continuará prolongando la esperanza de vida, y erradicará o pondrá bajo control una serie de enfermedades genéticas. Esto producirá creciente inestabilidad social. Los cambios radicales que han sacudido a Europa y Estados Unidos, transformando el papel de las mujeres y la estructura de la familia, serán un fenómeno mundial. Agudas tensiones —entre partidarios de los valores tradicionales y las nuevas realidades sociales— se intensificarán en los países de segundo nivel, y todas las grandes religiones serán sacudidas por ellas. El catolicismo, el confucianismo y el islam se engalanarán de interpretaciones tradicionales de la familia, la sexualidad y las relaciones generacionales. Pero los valores tradicionales se derrumbarán en Europa y Estados Unidos, y luego en casi todo el mundo.

Políticamente, esto significará intensas tensiones internas. El final del siglo XXI se convertirá en un periodo en el que la tradición tratará de contener un levantamiento empujado por la medicina y la tecnología. Y como Estados Unidos será el origen de gran parte de la controvertida tecnología y su modelo de caos social interno será la norma, se convertirá en el enemigo de los tradicionalistas en todas

partes. El resto del mundo lo juzgará peligroso, brutal y traidor, pero lo tratará con cautela, y lo envidiará. Será un momento de inestabilidad internacional, tensión regional y descontento interno.

Fuera de Estados Unidos, dos potencias pensarán en el espacio. Una será Polonia, que estará muy ocupada consolidando su imperio terrestre, y resentida aún por el trato recibido en el convenio de paz de la década de 2050. Pero se recuperará aún de la guerra, y estará rodeada de aliados estadunidenses. No estará lista para un desafío. El otro país que pensará en el espacio será México, que a fines del decenio de 2060 emergerá como una de las potencias económicas más importantes del mundo. México se verá como un rival de Estados Unidos y entrará a la escena continental y mundial, pero no habrá definido todavía una estrategia nacional coherente (y temerá llegar demasiado lejos en su desafío al poderío estadunidense).

También la economía de otras potencias emergentes empezará a prosperar conforme desciendan las presiones del aumento de la población. Brasil será una potencia emergente particularmente importante, una generación atrás de México en estabilidad demográfica pero con rápido avance en esa dirección. Este país considerará una alianza económica regional con Argentina, Chile y Uruguay, todos los cuales habrán hecho grandes progresos. Pensará en términos de una confederación pacífica, pero, como suele suceder, a su debido tiempo contemplará ideas más agresivas. Los brasileños tendrán sin duda un programa espacial en la década de 2060, aunque no completo ni vinculado con necesidades geopolíticas inmediatas.

Países como Israel, la India, Corea e Irán tendrán programas espaciales limitados, pero ninguno de ellos los recursos ni la motivación para intentar una presencia espacial sustancial, y mucho menos para tratar de impedir la hegemonía espacial estadunidense. En consecuencia, como ocurre al final de las guerras globales, Estados Unidos tendrá oportunidades muy amplias, y las aprovechará. Vivirá un momento dorado, que durará al menos hasta alrededor de 2070.

2080:
Estados Unidos, México y la disputa por el centro global

Desde las primeras páginas de este libro he dicho que América del Norte será el centro de gravedad del sistema internacional. Hasta ahora he igualado básicamente a América del Norte con Estados Unidos, por la sencilla razón de que el poderío estadunidense en América del Norte es tan aplastante que nadie está en posibilidad de desafiarlo. La gran guerra global del siglo XXI dejará en claro que durante mucho tiempo no emergerá una potencia eurasiática que desafíe a Estados Unidos. Además se probará, y modernizará, un principio geopolítico crucial: quien controle los océanos Atlántico y Pacífico controlará el comercio global, y quien controle el espacio controlará los océanos del mundo. Estados Unidos emergerá con el control indiscutible del espacio, y por tanto con el de los océanos del mundo.

La realidad, sin embargo, es más compleja que las apariencias. Estados Unidos tendrá una debilidad de fondo en la segunda mitad del siglo XXI, que no habrá confrontado en doscientos años. Su primer imperativo geopolítico —en el que los demás se apoyan— es dominar América del Norte. Desde su guerra con México, y el Tratado de Guadalupe Hidalgo que la concluyó en 1848, ha ejercido el control práctico del continente. Esto ha parecido simplemente un resultado que era de prever.

Para fines del siglo XXI, ya no será así. La cuestión del poder de México en comparación con el estadunidense surgirá de nuevo,

en la forma más compleja y difícil que quepa imaginar. Doscientos años después de aquella guerra, México estará en condiciones de desafiar la integridad territorial de Estados Unidos, y todo el equilibrio de poder de América del Norte. Si esto parece descabellado, vuélvase a mi capítulo introductorio para reparar en que el mundo cambia en sólo veinte años, recordando que aquí hablamos de casi un siglo.

El desafío de México echará raíces en la crisis económica de la década de 2020, que se resolverá con las leyes migratorias por aprobarse a principios de la de 2030. Estas leyes alentarán activamente la inmigración a Estados Unidos para remediar la escasez de mano de obra. Habrá una afluencia enorme de inmigrantes de todos los países, lo que obviamente incluirá a México. Los demás grupos de inmigrantes se comportarán, en gran medida, como lo han hecho inmigrantes previos. Pero los mexicanos se comportarán de otra manera, por una razón que no tiene nada que ver con la cultura ni el carácter sino con la geografía. Y esto, asociado con la fuerza creciente de México como nación, cambiará el equilibrio de poder en América del Norte.

Históricamente, otros grupos de inmigrantes han tenido lo que podríamos llamar una distribución desigual en Estados Unidos. Han vivido en enclaves étnicos; y aunque quizá haya dominado esas zonas e influido en la política circundante, ningún grupo ha prevalecido en una región o estado desde fines del siglo XIX. Cuando la segunda generación llegaba a la vida adulta, se integraba culturalmente y se distribuía en el país en busca de oportunidades económicas. La vida del enclave étnico sencillamente no era tan atractiva como las oportunidades disponibles en la sociedad en su conjunto. En Estados Unidos, las poblaciones minoritarias nunca han sido una masa indigerible, con la honrosa excepción del grupo étnico que no arribó por voluntad propia (los afroestadunidenses) y de quienes ya estaban ahí cuando los europeos llegaron (los indios americanos). Todo los demás arribaron, se congregaron y se dispersaron, añadiendo nuevas capas culturales a la sociedad en general.

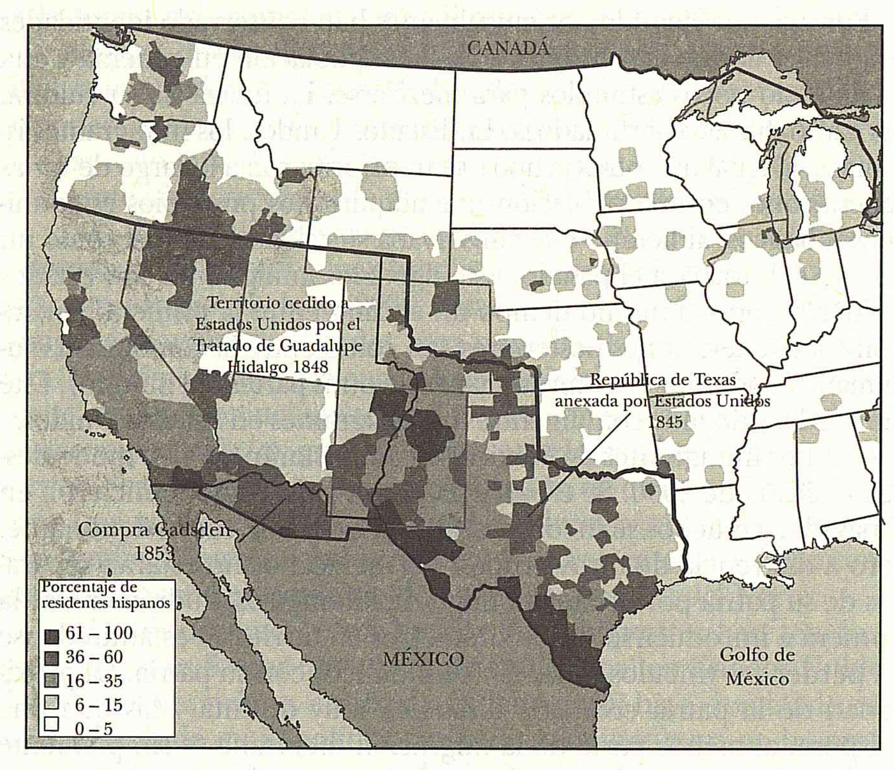
Ésta ha sido siempre la fuerza de Estados Unidos. En gran parte

de Europa, por ejemplo, los musulmanes han conservado identidades religiosas y nacionales distintas a las de la población en general, y ésta les ha dado pocos estímulos para mezclarse. La fuerza de su cultura, por tanto, ha sido abrumadora. En Estados Unidos, los inmigrantes islámicos, al igual que otros grupos, se transformaron a lo largo de varias generaciones en una población que adquirió los principios estadunidenses básicos, al tiempo que conservaba su religiosidad casi como un vínculo cultural con el pasado. Esto ligó a los inmigrantes con Estados Unidos, y abrió al mismo tiempo un abismo entre la primera generación y las generaciones posteriores (así como entre la comunidad musulmana estadunidense y musulmanes de otras partes del mundo). Este camino ha sido muy común entre los inmigrantes en Estados Unidos.

Los inmigrantes de México se comportarán de otro modo desde la década de 2030. Se esparcirán por el país, como lo hicieron en el pasado, y muchos se incorporarán a la corriente social dominante. Pero a diferencia de otros grupos, los mexicanos no estarán separados de su patria por océanos y miles de kilómetros. Podrán cruzar la frontera e introducirse varios kilómetros en territorio estadunidense sin perder sus vínculos sociales y económicos con su patria. La proximidad de la patria crea una dinámica muy distinta. Más que una diáspora, al menos parte de la migración mexicana es simplemente un desplazamiento a la zona fronteriza entre ambas naciones, como la de Alsacia-Lorena entre Francia y Alemania, un lugar donde dos culturas se mezclan aun cuando la frontera sea estable.

Considérese el mapa de la página 284, extraído de datos censales estadunidenses, sobre la concentración de la población hispana en Estados Unidos en 2000.

En 2000, considerando a los residentes hispanos como porcentaje de los condados de Estados Unidos, ya puede verse esa concentración. A lo largo de la frontera, del Pacífico al golfo de México, hay una concentración obvia de personas de origen mexicano. Los condados van de una quinta parte a más de dos terceras partes de mexicanos (usaremos este término en referencia al origen étnico,



Población hispana de Estados Unidos

no a la ciudadanía). En Texas, esta concentración llega muy hondo territorio adentro, lo mismo que en California. Sin embargo, los condados de la frontera tienden a ser los más densamente poblados por mexicanos, como cabría esperar.

He sobrepuesto en este mapa el contorno del territorio que formaba parte de México y que pasó a ser parte de Estados Unidos: Texas y la "cesión mexicana". Nótese cómo, en 2000, la comunidad mexicana se concentraba en esos territorios antes pertenecientes a su país. Hay zonas aisladas de mexicanos fuera de esa área, desde luego, pero son sólo eso, zonas aisladas, que se comportan como otros

grupos étnicos. En la zona fronteriza, los mexicanos no están aislados de su patria. En muchos sentidos, representan una prologación de su patria en Estados Unidos, quien ocupó territorio mexicano en el siglo XIX, y la región mantuvo algunas características de territorio ocupado. Al cambiar la población, la frontera se percibe cada vez más como arbitraria o ilegítima, y ocurre migración del país pobre al rico, no al revés. La frontera cultural de México se desplaza al norte, aunque la frontera política permanezca estática.

Ése era el panorama en 2000. Para 2060, luego de treinta años de medidas promotoras de la inmigración, el mapa de 2000 habrá evolucionado de tal forma que las áreas que tenían 50% de mexicanos serán casi completamente mexicanas, y las que tenían 25% tendrán más de la mitad. Todo el mapa se habrá vuelto uno a dos tonos más oscuro. La zona fronteriza, que abarcará un área más profunda de Estados Unidos, será predominantemente mexicana. México habrá resuelto su última fase de crecimiento demográfico extendiendo sus fronteras no políticas a la cesión mexicana, con el aliento de Estados Unidos.

Población, tecnología y la crisis de 2080

El aumento repentino de la inmigración a Estados Unidos y las repercusiones de la guerra darán inicio a un auge económico que durará de 2040 a 2060. La disponibilidad de tierra y capital en Estados Unidos, asociada con una de las reservas de mano de obra más dinámicas del mundo industrial avanzado, avivará la hoguera económica. La relativa facilidad con que Estados Unidos absorbe inmigrantes le dará una enorme ventaja sobre otros países industrializados. Pero este auge tendrá también otra dimensión, que debemos reconocer: la tecnología. Consideremos este asunto antes de volver a nuestro análisis sobre México.

Durante la crisis de 2030, Estados Unidos buscará maneras de compensar la escasez de mano de obra, desarrollando en particular tecnologías que puedan ocupar el lugar de los seres humanos.

Uno de los patrones dominantes en el desarrollo de tecnología en Estados Unidos ha sido éste:

1. Ciencia o diseños básicos son desarrollados en universidades o por inventores, lo que suele resultar en adelantos conceptuales, implementaciones modestas y cierta explotación comercial.
2. En el contexto de una necesidad militar, Estados Unidos vierte grandes cantidades de dinero en un proyecto para acelerar el desarrollo hacia propósitos militares específicos.
3. El sector privado aprovecha la aplicaciones comerciales de esa tecnología para erigir industrias enteras.

Lo mismo ocurre con la robótica. A fines del siglo XX se había emprendido ya el desarrollo básico en robótica. Se habían conseguido avances teóricos medulares y ya existían algunas aplicaciones comerciales, pero los robots no se habían convertido aún en ingredientes esenciales de la economía estadunidense.

El ejército, sin embargo, ha invertido dinero durante años tanto en teoría robótica básica como en sus aplicaciones. A través de la DARPA y otras fuentes, ha financiado activamente el desarrollo de la robótica. Fabricar una mula robótica para cargar equipo de infantería y producir un avión robótico que no necesite piloto son sólo dos ejemplos del trabajo en robótica. El despliegue en el espacio de sistemas robóticos inteligentes que no tienen que ser controlados desde tierra es otra meta. En última instancia, todo es cuestión de demografía. Menos jóvenes significan menos soldados. No obstante, los compromisos estratégicos de Estados Unidos aumentarán, no decrecerán. Más que cualquier otra nación, necesitará apoyo robótico para sus soldados como un asunto de interés nacional.

Para cuando la crisis social y política de 2030 ocurra, aplicaciones de la robótica ya habrán sido probadas sobre el terreno y aprobadas por el ejército, de modo que estarán listas para su aplicación comercial. Obviamente, los robots no estarán listos para su despliegue masivo en 2030. Y de ninguna manera eliminarán la necesidad de la inmigración. Esta situación parecerá familiar a muchos de nosotros, que ya la hemos vivido. La computación se hallaba en esta etapa en 1975; el ejército estadunidense había pagado el desarrollo del microchip de silicio, y ya podían encontrarse muchas aplicaciones militares. Los procesos de comercialización se iniciaban apenas, y tardarían varias décadas en transformar la economía civil. Así, el despliegue masivo de tecnologías robóticas no tendrá lugar hasta la década de 2040, y el pleno poder transformador de la robótica no se dejará sentir hasta alrededor de 2060.

Irónicamente, los tecnólogos inmigrantes serán decisivos en el desarrollo de tecnología robótica, que reducirá la necesidad de inmigración masiva. De hecho, conforme la robótica se incorpore a la corriente dominante de la sociedad, debilitará la posición económica de los inmigrantes enrolados en la mano de obra no calificada, en la base de la pirámide económica.

Una vez más, la solución de un problema catalizará el siguiente. Esta situación sentará las bases de la crisis de 2080. El sistema de aliento a la inmigración habrá arraigado en la cultura y política estadunidense. Los reclutadores seguirán ofreciendo a los inmigrantes incentivos para dirigirse a Estados Unidos. Una medida de emergencia se habrá convertido en parte rutinaria del gobierno. El problema es que, para 2060, la crisis habrá pasado, a causa de la inmigración y de nuevas tecnologías como la robótica. Los últimos *baby boomers* habrán pasado a mejor vida, y la estructura demográfica estadunidense se asemejará más a una pirámide, como debe ser. Los progresos en la robótica eliminarán la necesidad de todo un segmento de inmigrantes.

La tecnología ha prometido, a menudo, eliminar empleos. Pero ha ocurrido exactamente lo contrario. Se han creado más empleos para mantenerla. Lo que ha sucedido es un cambio de mano de obra no calificada a calificada. Éste será sin duda uno de los resultados de la robótica. Alguien tendrá que diseñar y mantener los siste-

mas. Pero la robótica difiere de todas las tecnologías previas en algo fundamental. Las tecnologías anteriores causaron desplazamiento de mano de obra como subproducto. La robótica está diseñada explícitamente *para* desplazar mano de obra. Todo el asunto de esta clase de tecnología se reduce a remplazar a trabajadores humanos escasos por tecnología más barata. La primera meta será remplazar a trabajadores ya no disponibles. La segunda, destinar a los trabajadores disponibles a apoyar la robótica. La tercera —y es aquí donde empieza el problema—, desplazar trabajadores en forma directa. En otras palabras, aunque la robótica será ideada para remplazar a trabajadores en proceso de desaparición, generará desempleo entre trabajadores desplazados sin habilidades para incorporarse a esta área.

En consecuencia, el desempleo empezará a aumentar desde alrededor de 2060, tendencia que se acelerará en las dos décadas siguientes. Habrá un excedente temporal pero importuno de población. Mientras que el problema en 2030 será hacer frente a la escasez de población, el de la décadas de 2060 a 2080 será hacer frente a un exceso de población causado por la inmigración desmedida y el desempleo estructural. Esto se complicará por los adelantos de la genética. La vida humana ya no puede prolongarse demasiado, pero los estadunidenses seguirán siendo productivos más tiempo. Así, tampoco debe descontarse como imponderable la posibilidad de grandes incrementos de la longevidad.

En asociación con la genética y tecnologías concomitantes, la robótica remplazará a trabajadores y aumentará, al mismo tiempo, la reserva de mano de obra, volviendo más eficientes a los seres humanos. Ése será un periodo de confusión creciente. Y también de confusión en términos del uso de energía. Los robots, que se moverán y simultáneamente procesarán información, serán devoradores de energía aún más ubicuos que los automóviles. Esto pondrá en movimiento la crisis energética analizada en capítulos anteriores, así como el fin de la tecnología de los hidrocarburos, la cual echa raíces en la era europea. Estados Unidos se verá obligado a buscar energía en el espacio.

Evoluciones en los sistemas de energía de fuente espacial habrán estado en marcha mucho antes de 2080. De hecho, el Departamento de Defensa de Estados Unidos ya piensa en un sistema así. La National Security Space Office dio a conocer en octubre de 2007 el estudio titulado "Space-Based Solar Power as an Opportunity for Strategic Security". Dice así:

> La magnitud de la energía y de los problemas ambientales que se avecinan es suficientemente importante para justificar la consideración de todas las opciones, y para retomar un concepto llamado Space Based Solar Power (SBSP), inventado en Estados Unidos hace casi cuarenta años. La idea básica es muy simple: colocar enormes arreglos solares en una órbita terrestre continua e intensamente soleada, acumular gigavatios de energía eléctrica, transmitirla por medios electromagnéticos a la Tierra y recibirla en la superficie ya sea para su uso como potencia base vía la conexión directa a la red eléctrica existente, su conversión en combustibles de hidrocarburos sintéticos manufacturados o su uso como potencia de retransmisión de baja intensidad conducida directamente a los consumidores. Una banda de un kilómetro de ancho de órbita terrestre geosíncrona experimenta en un año un flujo solar suficiente para igualar casi el monto de energía contenida en todos los recursos petroleros convencionales renovables hoy conocidos sobre la Tierra.

Para 2050, las primeras instalaciones de esta nueva tecnología solar ya deberán estar en operación, y la crisis de 2080 impulsará su desarrollo. Una disminución importante de los costos de la energía será esencial para implementar la estrategia robótica, lo que a su vez es esencial para mantener la productividad económica en un periodo de restricciones demográficas de largo plazo. Cuando la población no aumenta, la tecnología debe compensarlo; y para que esa tecnología funcione, los costos de la energía deben bajar.

Así, luego de 2080 Estados Unidos atestiguará un gran esfuerzo por extraer energía de sistemas espaciales. Obviamente, esto se habrá iniciado décadas antes, pero no con la intensidad requerida para convertirlo en la principal fuente de energía. La crisis ascendente de 2070 hará avanzar drásticamente ese proyecto. Al igual que todo esfuerzo gubernamental, el costo será alto, pero para fines del siglo XXI, cuando la industria privada comience a aprovechar la inmensa inversión pública en el espacio, el costo de la energía bajará en forma sustancial. La robótica evolucionará rápida y espectacularmente. Piénsese en la evolución de las computadoras domésticas entre 1990, cuando la mayoría de las casas y oficinas ni siquiera tenían aún correo electrónico, y 2005, cuando literalmente miles de millones de mensajes de correo electrónico se enviaban a diario en todo el planeta.

Estados Unidos será uno de los pocos países industriales avanzados en experimentar un excedente temporal de población. El imperativo económico de los cincuenta años previos —que alentará la inmigración por todos los medios posibles— habrá seguido su curso, y se habrá convertido en un problema, ya no en una solución. Así, el primer paso para resolver la crisis será limitar la inmigración, enorme y traumático retroceso que dará origen a una crisis, como cincuenta años atrás lo hizo el cambio a la atracción y aumento de la inmigración.

Una vez detenida la inmigración, Estados Unidos tendrá que resolver el desequilibrio económico causado por su población excedente. Despidos y desempleo afectarán de modo desproporcionado a los trabajadores pobres, y en particular a la población mexicana de la zona fronteriza. Surgirán entonces graves problemas en la política exterior. Añádase a este panorama el alza en los precios de la energía, y estarán presentes todos los catalizadores de la crisis del decenio de 2080.

Desarrollo económico de México

La economía de México ocupa en la actualidad el decimoquinto lugar en el mundo. Desde la debacle de 1994, se ha recuperado considerablemente. El producto interno bruto (PIB) per cápita de México, medido en términos del poder adquisitivo, es de poco más de doce mil dólares al año, lo que convierte a ese país en el más rico de América Latina y lo coloca en las filas de las economías desarrolladas, si no es que de las avanzadas. Hay que recordar, además, que México no es un país pequeño. Tiene una población de 110 millones de habitantes, lo que lo vuelve más grande que la mayoría de las naciones europeas.

¿La fuerza económica de México aumentará sustancialmente en los próximos sesenta o setenta años? Si lo hace, y considerando su punto de partida, se convertiría en una de las economías más importantes del mundo. Dada su inestabilidad política interna, sus derramas de población y su historia de problemas económicos, es difícil imaginarlo en el nivel superior de las naciones. Pero para la mayoría es igualmente difícil entender cómo ha llegado tan alto.

Varias cosas operan económicamente a favor de México. La primera es el petróleo. Este país ha sido un importante productor y exportador de petróleo en el último siglo. Para muchos, éste es un argumento en contra para que se convierta en una gran potencia. Las exportaciones de petróleo suelen debilitar la capacidad —o el apetito— de una nación para desarrollar otras industrias. Por tanto, resulta pertinente conocer otro dato acerca de México: pese al aumento de los precios globales del petróleo desde 2003, el sector energético de esa nación representa hoy una porción decreciente de su economía total. El petróleo constituyó alrededor de 60% de sus exportaciones en 1980, pero en 2000 fue de sólo 7%. México tiene reservas petroleras, pero no depende de su exportación para crecer.

El segundo factor en el crecimiento económico de México tiene que ver con su proximidad con Estados Unidos, misma que más tarde representará un desafío geopolítico. Con o sin el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), México será capaz de exportar de modo eficiente al mercado más grande y dinámico del mundo. Aunque el TLCAN redujo el costo de las exportaciones y

aumentó la eficiencia institucional de la relación entre los dos países, la realidad fundamental es que la proximidad de México con Estados Unidos le ha dado siempre una ventaja económica, pese a la desventaja geopolítica que eso conlleva.

Tercero, grandes sumas de efectivo fluyen a México desde Estados Unidos en forma de remesas de inmigrantes legales e ilegales. Esas remesas han aumentado, y son ahora la segunda fuente de ingresos de aquella nación procedentes del exterior. En la mayoría de los países, la inversión extranjera es el principal medio para el desarrollo de la economía. En México, tal inversión es igualada ya por las remesas del exterior. Este sistema de remesas tene dos efectos. Refuerza otras fuentes de inversión cuando las remesas se depositan en los bancos. Y sirve como red de seguridad social para las clases bajas, hacia las que fluye la mayoría de las remesas.

La afluencia de dinero a México ha significado un aumento en industrias y servicios de base tecnológica. Hoy los servicios representan 70% del PIB de ese país, y la agricultura sólo 4%. El resto se compone de industria, petróleo y minería. La proporción de los servicios centrados en el turismo es relativamente alta, aunque la mezcla en su conjunto no es típica de un país en desarrollo.

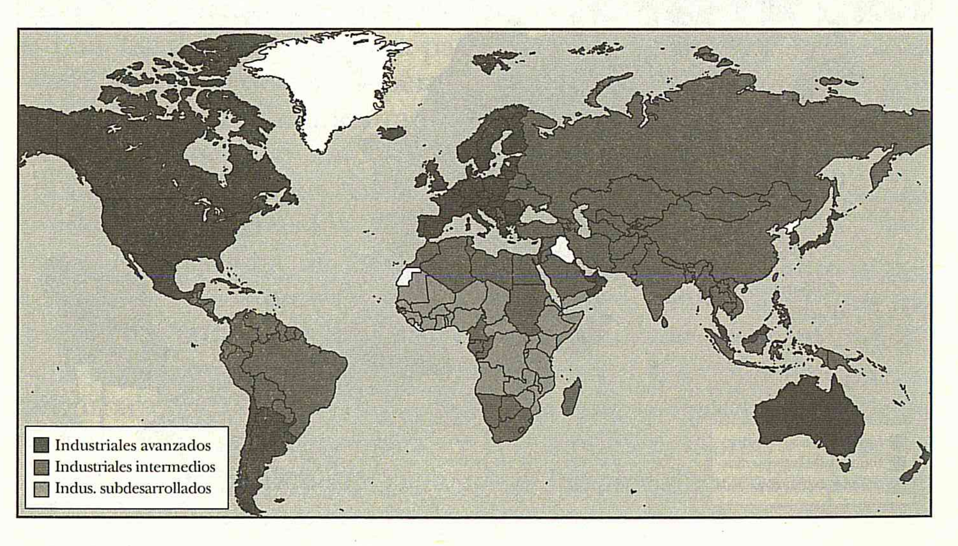
Hay una medida interesante, creada por la Organización de las Naciones Unidas, que se llama Índice de Desarrollo Humano (IDH), el cual describe el nivel global de vida e incluye factores como esperanza de vida e índice de alfabetización. El IDH divide al mundo en tres clases. En el mapa siguiente, el color negro representa al mundo industrial avanzado, el gris oscuro indica los países intermedios y desarrollados y el gris claro muestra al mundo en desarrollo. Como puede verse, México se sitúa ya junto a Europa y Estados Unidos en la escala de desarrollo humano. Esto no quiere decir que sea igual que Estados Unidos, sino sencillamente que ya no puede vérsele como un país en desarrollo.

Cuando se profundiza en el IDH, se encuentra otro dato de interés sobre México. El índice general de esta nación es de 0.70, lo

que la ubica en la misma clase que Estados Unidos y Europa. Pero dentro de ella existen enormes desigualdades regionales. Las áreas oscuras en el mapa de la página siguiente tienen igual clasificación que algunos países europeos, mientras que las claras equivalen a las de los países más pobres del norte de África.

Esta inmensa desigualdad es justo lo que se esperaría hallar en un país en rápido proceso de desarrollo. Considérense las descripciones de Europa hechas por Charles Dickens y Víctor Hugo. Estos autores recogieron la esencia de la Europa del siglo XIX: enorme crecimiento en medio de una desigualdad ascendente. En México, ese contraste puede comprobarse en la capital o en Guadalajara. Pero también se le ve regionalmente, al contrastar la relativa riqueza del norte con la pobreza del sur. Desigualdad no significa falta de desarrollo. Es el subproducto inevitable del desarrollo.

Cabe destacar en este mapa que, por supuesto, las áreas colindantes con Estados Unidos y las regiones turísticas del sur —así como



Niveles de desarrollo económico y social

el Distrito Federal— se ubican en los más altos niveles de desarrollo. Conforme nos alejamos de la frontera con Estados Unidos, el IDH disminuye. Esto indica la importancia de ese país para el desarrollo de México. Y revela, asimismo, el verdadero peligro que esta nación enfrenta: una insurgencia en el sur motivada por esa desigualdad. Esta disparidad se intensificará a medida que el país siga desarrollándose.

Otro factor importante impulsa el crecimiento de México: el crimen organizado y el narcotráfico. En general, hay dos tipos de crímenes a este respecto. Uno es simplemente la distribución y consumo: alguien roba una televisión y la vende. El otro produce grandes reservas de capital. La mafia estadunidense que dominaba el contrabando usaba ese dinero para entrar en negocios lícitos, hasta



Desarrollo social y económico de México

que, en determinado momento, el dinero original se fusionaba con el flujo general del capital para que su origen en la criminalidad dejara de ser relevante. Cuando esto sucede dentro de un país, estimula el crecimiento. Cuando la transferencia ocurre entre dos países, realmente estimula el crecimiento. La clave es que el costo del producto es inflado artificialmente por su ilegalidad. Esto alienta la aparición de cárteles que suprimen la competencia, mantienen altos precios y facilitan la transferencia de fondos.

En el caso del narcotráfico contemporáneo, la venta de drogas a precios artificialmente elevados a consumidores estadunidenses genera grandes reservas de dinero disponibles para su inversión en México. La cantidad es tan grande que debe invertirse. Complejas operaciones de lavado de dinero persiguen la asignación legal de los fondos. La nueva generación hereda una reserva de dinero completamente legítima. La tercera generación se vuelve aristócrata.

Ésta es obviamente una simplificación extrema de la situación. También descuida el hecho de que, en muchos casos, traficantes ubicados en México no repatrian el dinero a este país, sino que lo invierten en Estados Unidos u otra parte. Pero si México es cada vez más productivo y puede corromperse al gobierno para que ofrezca cierto grado de protección mientras se lava el dinero, entonces reinvertir en México dinero del narcotráfico tiene mucho sentido. Atención: la gran succión que se deja oír es inversión de capital salido de Estados Unidos y que llega a México vía los cárteles de la droga.

El problema de este proceso es que resulta políticamente desestabilizador. Como las autoridades son cómplices de él y los tribunales y la policía son ineficaces, la situación produce inestabilidad, de la calle a los más altos niveles del gobierno. Una sociedad puede desgarrarse cuando está implicado tanto dinero. Pero las sociedades lo bastante grandes y complejas y en las que ese monto representa una fracción relativamente reducida del capital disponible, pueden estabilizarse a la larga. Estados Unidos, donde el crimen organizado despempeñó un papel crucial desde los años veinte y desestabilizó

regiones enteras, recanalizó finalmente el dinero criminal a actividades legales. Es mi opinión que ése es el camino más probable para México, y que esta actividad contribuirá, en última instancia, a su crecimiento económico.

Esto no quiere decir que no vaya a haber un terrible periodo de inestabilidad en ese país. En los años por venir se desafiará la capacidad del Estado para controlar a los cárteles, y México enfrentará graves crisis internas. Pero a largo plazo, visto en términos del siglo, esta nación sorteará sus crisis y se beneficiará de la gran afluencia de dinero procedente de Estados Unidos.

Por último, cuando se examina la población de México, se advierte no sólo crecimiento continuo durante una etapa en que se necesitará mano de obra para nutrirlo, sino también un ligero descenso en el aumento de la población para mediados de siglo, lo que indica estabilización social y relajamiento de las presiones demográficas sobre la sociedad. Este patrón demográfico también toma en cuenta el incremento de la migración a Estados Unidos en la década de 2030, lo que resultará en más remesas y por tanto en más formación de capital sin la carga de la sobrepoblación fronteras adentro. Aunque esta migración no será crucial para el desarrollo de México, es un hecho que lo apoyará.

Puede verse entonces que México, a la altura de Europa en ciertas medidas de su nivel de vida, pasará por un periodo de turbulencia y crecimiento en su camino al orden y la estabilidad. Luego, alrededor de mediados del siglo XXI, mientras el mundo esté en guerra, emergerá como una economía madura y balanceada con una población estable, y se colocará entre las seis o siete mayores potencias económicas del mundo, con un creciente poder militar por ejercer. Será la potencia económica más importante de América Latina y, quizá aliada laxamente con Brasil, y eso representará un desafío para Estados Unidos para continuar con el dominio de América del Norte.

Geopolítica de México

En las décadas de 1830 y 1840 México perdió sus regiones del norte a manos de Estados Unidos, luego de la rebelión de Texas y la guerra con ese país. En esencia, todos los territorios al norte del río Bravo y el desierto de Sonora fueron tomados por Estados Unidos, Pero no aplicó una limpieza étnica: la población existente permaneció en su sitio, gradualmente sofocada por el arribo de colonos estadunidenses no hispanos. Esta frontera ha sido porosa a lo largo de la historia, y ciudadanos tanto estadunidenses como mexicanos podían cruzarla fácilmente. Como ya dije, se creó una zona fronteriza clásica, con límites políticos claros pero límites culturales difusos y complejos.

México nunca ha estado en posibilidad de revertir las conquistas estadunidenses. Adoptó el parecer de que no tenía otra opción que aceptar la pérdida de su territorio norte. Aun durante la guerra civil, cuando el suroeste estadunidense quedó relativamente desprotegido, los mexicanos no hicieron nada. Bajo el emperador Maximiliano, México seguía débil y dividido. No podía generar voluntad o poder para actuar. Cuando los alemanes lo buscaron en la primera guerra mundial para ofrecerle una alianza contra Estados Unidos y la devolución de su territorio norte, rechazó el ofrecimiento. Cuando soviéticos y cubanos intentaron generar un movimiento procomunista en México, para amenazar la frontera sur de Estados Unidos, fracasaron por completo. México no podía actuar contra Estados Unidos, ni podía ser manipulado por potencias extranjeras para hacerlo, porque no podía movilizarse.

Y no porque el sentimiento antiestadunidense no estuviera presente en México. De hecho, está muy arraigado, como cabría esperar dada la historia de las relaciones entre los dos países. Pero, como ya vimos, el sentimiento tiene poco que ver con el poder. Los mexicanos estaban absortos en su quisquilloso regionalismo y compleja política. También comprendieron que era inútil desafiar a Estados Unidos.

La gran estrategia de México fue simple desde 1848. Primero, debía mantener su cohesión interna contra el regionalismo y la insurrección. Segundo, tenía que protegerse contra toda intervención extranjera, en particular la de Estados Unidos. Tercero, tenía que reclamar los territorios perdidos durante el decenio de 1840. Por último, debía suplantara Estados Unidos como potencia dominante en América del Norte.

México nunca pasó en realidad del primer escalón de sus metas geopolíticas. Desde su guerra con Estados Unidos, se ha limitado a tratar de mantener su cohesión interna. Perdió su equilibrio tras su derrota con Estados Unidos, y jamás lo recuperó. Esto se debió, en parte, a las medidas estadunidenses que han contribuido a desestabilizarlo, pero México se debilitó sobre todo por vivir junto a un gigante sumamente dinámico. El campo de fuerzas creado por Estados Unidos determinó siempre las realidades de México, en mayor medida que la ciudad de México.

En el siglo XXI, la proximidad desestabilizadora de Estados Unidos se convertirá en una fuerza estabilizadora. México aún se verá afectado por ese país, pero la relación se manejará para acrecentar su poder. A mediados del siglo XXI, al aumentar el poderío económico de México, se intensificará inevitablemente el nacionalismo mexicano, el que, dada la realidad geopolítica, se manifestará no sólo en orgullo, sino también en antiamericanismo. En vista de los programas estadunidenses para incitar a los mexicanos a emigrar en un periodo de reducción de la tasa de natalidad de México, se culpará a Estados Unidos de aplicar medidas ideadas para dañar los intereses económicos de su vecino.

Las tensiones entre Estados Unidos y México son permanentes. La diferencia en la década de 2040 será un aumento en el poderío de México, y por tanto mayor confianza y firmeza de su parte. El poder relativo de ambos países, sin embargo, seguirá favoreciendo especialmente a Estados Unidos, aunque no tanto como cincuenta años atrás. Pero aun esto cambiará entre 2040 y 2070. México dejará

de ser un caso perdido y se transformará en una gran potencia regional. Por su parte, Estados Unidos no se dará cuenta de eso. Durante la guerra de mediados de siglo, Washington pensará en México sólo como posible aliado de la Coalición. Luego de librarlo trabajosamente de tales consideraciones, perderá interés. En la euforia y expansión económica tras la guerra, Estados Unidos mantendrá su tradicional indiferencia a los asuntos mexicanos.

Pero una vez que repare en que México se ha convertido en una amenaza para él, se alarmará mucho de lo que sucede en ese país y entre los mexicanos, aunque estará serenamente cierto de que puede imponer la solución que desee. Las tensiones entre ambos países, siempre presentes bajo la superficie, aumentarán a medida que México se fortalezca. Estados Unidos verá ese fortalecimiento económico como un factor estabilizador benigno para Mexico y su relación mutua, así que apoyará más todavía ese rápido desarrollo económico. La opinión estadunidense sobre México como un Estado cliente se mantendrá sin cambios.

Para 2080, Estados Unidos seguirá siendo, con mucho, la nación-Estado más poderosa de América del Norte. Pero, como aprenderán repetidamente los estadunidenses, "muy poderosa" no significa "omnipotente", y actuar como si así fuera puede minar rápidamente el poder de una nación. Para 2080, los estadunidenses volverán a enfrentar un desafío, aunque mucho más complejo y sutil que el que encararon en la guerra de 2050.

Esta confrontación no se habrá planeado, ya que Estados Unidos no tendrá ambiciones en México y los mexicanos no se harán ilusiones sobre su poder en comparación con el estadunidense. Será una confrontación que se desprenderá orgánicamente de la realidad geopolítica de ambos países. Pero a diferencia de la mayoría de los conflictos regionales de ese tipo, éste implicará un enfrentamiento entre el país hegemónico del mundo y un vecino advenedizo, y el precio será el centro de gravedad del sistema internacional, América del Norte. Tres factores motivarán esta confrontación:

1. México emergerá como gran potencia económica global. Clasificada en decimocuarto o decimoquinto sitio a principios de siglo, en 2080 se contará firmemente entre las diez primeras. Con una población de más de 100 millones de habitantes, será una potencia respetable en todas partes, menos en la frontera sur estadunidense.
2. Estados Unidos hará frente a una crisis cíclica en el decenio de 2070, que culminará en las elecciones de 2080. En asociación con la racionalización de la curva demográfica, la nueva tecnología reducirá la necesidad de nuevos inmigrantes. Así, aumentará la presión de devolver a México a los inmigrantes temporales, aun si vivieron cincuenta años en Estados Unidos y sus hijos y nietos nacieron ahí. Muchos de ellos aún serán trabajadores de limpieza. Ese país empezará a forzar a residentes de mucho tiempo a cruzar la frontera, agobiando a la economía mexicana con los trabajadores menos deseables, que vivieron allá durante décadas.
3. Pese a ello, el enorme cambio demográfico en la zona fronteriza será imposible de revertir. El predominio básico de los mexicanos —ciudadanos estadunidenses o no— será permanente. Las partes de México ocupadas por Estados Unidos en la década de 1840 volverán a ser mexicanas cultural, social y, en muchos sentidos, políticamente. La disposición de repatriar a trabajadores eventuales semejará un proceso legal desde el punto de vista estadunidense, pero a los mexicanos les parecerá limpieza étnica.

En el pasado, México se habría mostrado muy pasivo ante esos cambios en la política estadunidense. Pero dado que la inmigración será el tema dominante en Estados Unidos durante la década de 2070 y el eje de las elecciones de 2080, México dará en comportarse en formas inusuales. La crisis en el país vecino y la maduración de la economía y la sociedad mexicanas coincidirán, creando tensiones

excepcionales. Un gran cambio social y económico en Estados Unidos (que perjudicará desproporcionadamente a los mexicanos que vivan ahí) y una redefinición drástica de la población del suroeste de ese país se combinarán para producir una crisis que no será fácil de resolver para la tecnología y el poder estadunidenses.

La crisis empezará como un asunto interno de Estados Unidos. La sociedad estadunidense es democrática, y en grandes regiones del territorio habrá dejado de predominar la cultura de los anglohablantes. Esa nación se habrá convertido en un país bicultural, como Canadá o Bélgica. La segunda cultura no será formalmente reconocida, pero será genuina y no un mero fenómeno cultural, sino una realidad geográfica claramente definida.

El biculturalismo tiende a ser un problema cuando se le ignora: cuando la cultura dominante rechaza la idea de formalizarlo e intenta mantener el orden imperante. Es un problema particular cuando la cultura dominante da pasos que parecen destinados a destruir a la minoritaria. Y si esta cultura minoritaria es, en esencia, una prolongación de un país vecino que ve a sus ciudadanos como habitantes de un territorio que se le robó, la situación puede volverse explosiva.

Para la década de 2070, los mexicanos de nacimiento u origen serán la población dominante en la línea que corre al menos trescientos kilómetros desde la frontera hacia California, Arizona, Nuevo México y Texas, y hacia vastas áreas de la cesión mexicana. Esta región no se comportará como otras con abundancia de inmigrantes. Como ocurre en las zonas fronterizas, será culturalmente —y, en muchos aspectos, también económicamente— una prolongación de México al norte. En todos los sentidos menos el legal, la frontera se habrá desplazado al norte.

Estos inmigrantes no serán peones privados de sus derechos. La expansión económica de México, asociada con la boyante economía estadunidense en las décadas de 2050 y 2060, habrá vuelto a esos pobladores relativamente adinerados. De hecho, ellos serán los facilitadores del comercio entre Estados Unidos y México, una de las

actividades más lucrativas del mundo a fines del siglo xxi. Este grupo predominará no sólo en la política local, sino también en la de dos estados enteros —Arizona y Nuevo México— y en gran parte de la de California y Texas. Únicamente el gran tamaño de estos dos últimos estados impedirá a los inmigrantes controlarlos por completo. Un bloque subnacional, del orden de Quebec en Canadá, habrá surgido en Estados Unidos.

En cierta masa crítica, un grupo geográficamente contiguo toma conciencia de sí mismo como entidad distinta en un país. Más exactamente, empieza a ver como distinta la región que domina, y a exigir concesiones especiales con base en su condición. Cuando tiene una afinidad natural con un país vecino, una porción de ese grupo se considerará nativa de ese país, pero viviendo bajo la dominación extranjera. Y al otro lado de la línea, en el país vecino, podría aparecer un movimiento anexionista.

Este asunto dividirá al bloque mexico-estadunidense. Algunos habitantes se verán principalmente como estadunidenses. Otros aceptarán ese carácter, pero creerán tener una relación singular con Estados Unidos y exigirán el reconocimiento legal de esa condición. Un tercer grupo, el menor, será separatista. En México habrá una división igual. Hay que recordar que la inmigración ilegal habrá desaparecido en general luego de 2030, cuando la migracion a Estados Unidos será alentada por la política nacional estadunidense. Algunos individuos a cada lado de la frontera verán el problema como exclusivo de Estados Unidos, y no querrán tener nada que ver con él para no interferir en las pacíficas relaciones económicas con México. Pero otros verán los problemas demográficos estadunidenses como medio para redefinir las relaciones entre ambos países. A cambio de una política de no intervención en la migración, algunos querrán que Estados Unidos haga concesiones a México en otros asuntos. Y una minoria abogará por la anexión. Una compleja batalla política se desarrollará entre Washington y la ciudad de México, y cada cual manipulará la situación al otro lado de la frontera.

Gran número de senadores y representantes de origen mexicano serán elegidos para desempeñarse en Washington. Muchos de ellos no se considerarán legisladores de origen mexicano casual y representantes de sus estados. Se verán más bien como representantes de la comunidad mexicana residente en Estados Unidos. Al igual que en el caso del Parti Québécois en Canadá, su representación regional se considerará, asimismo, como la de una nación distinta residente en Estados Unidos. El proceso político regional empezará a reflejar esta nueva realidad. Surgirá un Partido Mexicano, el cual enviará representantes a Washington como bloque separado.

Este estado de cosas contribuirá al retroceso de la política migratoria por definirse en el decenio de 2070 y la elección de 2080. Más allá de la necesidad demográfica de redefinir la política migratoria de la década de 2030, el proceso mismo de su redefinición radicalizará al suroeste. Esta radicalización asustará al resto de la población estadunidense. El sentimiento antimexicano se agudizará. Un temor primario a que pueda revertirse el resultado de la revolución de Texas y de la guerra con México, en vigor durante más de dos siglos, provocará hostilidad contra mexico-estadunidenses y contra México en Estados Unidos.

Ese temor no será irracional. El suroeste de Estados Unidos es territorio ocupado que pobladores estadunidenses inundaron desde mediados de la década de 1800 hasta principios del siglo xxi. A partir de esta última fecha, el número de pobladores mexicanos aumentará en extremo, y se sumará al de quienes siempre permanecieron ahí. Así, este desplazamiento de población invertirá la realidad social militarmente impuesta en el siglo xix. Los estadunidenses impusieron entonces una realidad político-militar, y crearon después una realidad demográfica que la igualara. Los mexicanos, gracias a la política estadunidense más que a otra cosa, crearán una nueva realidad demográfica, y discutirán varias opciones: tratar de revertir la realidad político-militar creada por los estadunidenses; crear una nueva realidad excepcional, o aceptar las realidades existentes. Los

estadunidenses discutirán por su parte si revertir el cambio demográfico y realinear la población con las fronteras.

No obstante, toda discusión tendrá lugar en un contexto de inmovilidad de la frontera. Ésta no cambiará simplemente porque lo digan mexicanos a ambos lados de ella, ni la realidad demográfica cambiará porque los estadunidenses lo quieran. La frontera tendrá una arrolladora fuerza política y militar para hacerla cumplir: el ejército estadunidense. La población mexicana en la *cesión* mexicana estará profundamente inserta en la vida económica de Estados Unidos. Retirar a los mexicanos ocasionaría una inestabilidad enorme. Habrá fuerzas poderosas que mantengan el orden imperante, y fuerzas poderosas que se opongan.

Una reacción intensa en el resto de Estados Unidos inmovilizará la frontera y exacerbará las tensiones. Al enardecerse la retórica mexicana, lo mismo ocurrirá con la estadunidense. Las divisiones de la comunidad mexico-estadunidense serán cada vez menos visibles en el resto del país, y las figuras más radicales dominarán la percepción estadunidense sobre esa comunidad y sobre México. Las figuras más radicales en Washington dominarán a su vez la percepción mexicana sobre Estados Unidos. Se harán intentos de un arreglo moderado, muchos de ellos sumamente razonables y bienintencionados, pero se les verá como traición a los intereses fundamentales de una u otra parte, y a veces de ambas. Es raro que disputas geopolíticas fundamentales se avengan a arreglos razonables; considérese simplemente el conflicto árabe-israelí.

Mientras todo esto ocurre, ciudadanos mexicanos residentes en Estados Unidos con visas temporales otorgadas décadas antes serán obligados a volver a México, sin importar el tiempo que hayan permanecido en ese país. Éste habrá puesto mayores controles en la frontera con México, no para impedir el paso de inmigrantes —nadie clamará en ese momento por entrar—, sino para introducir una brecha entre México y las personas de origen mexicano en Estados Unidos. Se dirá que ésta es una medida de seguridad, pero en realidad será un intento

por reforzar la realidad creada en 1848. Estas y similares acciones no pasarán de irritar a la mayoría de los mexicanos a ambos lados de la frontera, pero servirán de acicate a los radicales y representarán una amenaza para el vital comercio entre ambos países.

En México crecerá la presión política para que el gobierno haga valer sus derechos. Emergerá una facción que querrá anexar la región ocupada, para revertir la conquista estadunidense de 1848. Este grupo no será una facción marginal, sino sustancial, si no es que dominante. Otros demandarán que Estados Unidos conserve el control de las regiones de la *cesión* mexicana y proteja los derechos de sus residentes, deteniendo en especial la expulsión de mexicanos sin importar el estado de su visa. El grupo simplemente a favor del orden imperante, promovido por empresas deseosas de estabilidad, no de conflicto, se debilitará cada vez más. Llamados a la anexión competirán con demandas de autonomía regional.

Los elementos antimexicanos en Estados Unidos usarán la radicalización de la política de México para argumentar que ese país pretende interferir en asuntos internos estadunidenses, e incluso invadir el suroeste, algo a lo que, en efecto, llamará la mayoría de los mexicanos radicales. Esto justificará, por su parte, la demanda por los extremistas estadunidenses de medidas más draconianas aún, como la deportación de todas las personas de origen mexicano, independientemente de su ciudadanía, y la invasión de México si su gobierno se resiste. La retórica de los extremos se alimentará a sí misma, dando impulso al proceso.

Pero vayamos más lejos todavía y veamos cómo podría desarrollarse este conflicto, teniendo en mente que no podemos hacer más que imaginar los detalles.

En la década de 2080 empezarán a tener lugar manifestaciones antiestadunidenses en la ciudad de México, así como en Los Angeles, San Diego, Houston, San Antonio, Phoenix y otras ciudades de la zona fronteriza, las cuales se habrán vuelto predominantemente mexicanas. El tema reinante serán los derechos de las personas de

origen mexicano como ciudadanos estadunidenses. Pero algunos se manifestarán a favor de la anexión por parte de México. Una pequeña fracción radical de mexicanos en Estados Unidos comenzará a realizar actos de sabotaje y terrorismo menor contra oficinas del gobierno federal en la región. Aunque esos actos terroristas no contarán con el apoyo del gobierno de México, los gobiernos estatales dominados por mexicanos ni la mayoría de los mexicanos a ambos lados de la frontera, se les verá como los primeros pasos de la insurrección y separación planeada por la región. El presidente de Estados Unidos, bajo intensa presión para poner las cosas bajo control, desplegará bajo su autoridad a la Guardia Nacional en esos estados, para proteger bienes federales.

En Nuevo México y Arizona, los gobernadores alegarán que la Guardia Nacional debe subordinarse a ellos, y se negarán a reconocer autoridad federal sobre ese cuerpo. Le ordenarán proteger oficinas federales, pero insistirán en que las fuerzas deberán permanecer bajo control de la autoridad estatal. Las unidades de la Guardia, predominantemente mexicanas en esos estados, obedecerán a los gobernadores. Miembros del Congreso exigirán que se declare un estado de insurrección. El presidente se opondrá, pero pedirá al Congreso permitir la movilización de tropas estadunidenses en esos estados, lo que llevará a una confrontación directa entre la Guardia Nacional y unidades del ejército estadunidense.

Al desbordarse la situación, el problema se complicará cuando el presidente de México, sin poder resistir las presiones de hacer algo contundente, movilice al ejército y lo envíe a la frontera. Su justificación será que el ejército estadunidense se ha movilizado en la frontera con México y él desea impedir toda incursión y coordinarse con Washington. Pero en realidad habrá una razón más de fondo. El presidente temerá que el ejército estadunidense erradique de esa área a mexicanos —ciudadanos, titulares de permisos de residencia y trabajo y titulares de visas por igual— y los obligue a cruzar la frontera. México no querrá un alud de refugiados. Además, el presidente

no querrá ver que a mexicanos en Estados Unidos se les despoje de pertenencias de valor.

Al movilizarse el ejército mexicano, el estadunidense será puesto en alerta máxima. Este último no es muy hábil para vigilar a poblaciones hostiles, en particular las que incluyen a ciudadanos estadunidenses. Pero sí lo es para atacar y destruir a ejércitos enemigos. Las fuerzas espaciales y el ejército de tierra estadunidenses empezarán así a considerar la posibilidad de confrontar a las fuerzas concentradas a lo largo de la frontera con México.

Una reunión entre los dos presidentes apaciguará la situación, pues dejará en claro que nadie desea una guerra. De hecho, nadie en el poder habrá querido la crisis en el suroeste. Pero el problema es el siguiente: en esas negociaciones, y por más que ambas partes deseen restituir el orden imperante, el presidente de México negociará en realidad a nombre de ciudadanos estadunidenses de origen mexicano que viven en Estados Unidos. En la medida en que se aplaque la crisis, se discutirá la condición de los mexicanos en la *cesión* mexicana. Pero desde el momento mismo en que la conversación trate del remedio a la crisis, se decidirá la cuestión de quién habla por los mexicanos en la *cesión* mexicana: el presidente de México.

Y aunque la crisis de la década de 2080 se apacigüe, no ocurrirá lo mismo con el tema de fondo. Estará en juego la zona fronteriza; y si bien los mexicanos no tendrán el poder necesario para imponer una solución militar, tampoco el gobierno estadunidense estará en posibilidad de imponer una solución social y política. La inserción de tropas estadunidenses en la región, la cual patrullarán como si fuera un país extranjero, habrá cambiado la condición de la zona en la mente de la población en general. Las negociaciones de México a nombre de la gente de la región habrán extendido ese cambio. Un movimiento separatista radical en el área, copiosamente financiado por nacionalistas mexicanos, agudizará sin cesar la situación, en especial cuando grupos terroristas escindidos comiencen a realizar ocasionales bombardeos y secuestros, no sólo en la *cesión* mexicana, sino en todo Estados Unidos.

La pregunta acerca de la conquista del territorio mexicano quedará abierta una vez más. La región seguirá formando parte de Estados Unidos, pero muchos cuestionarán en voz alta su lealtad.

Expulsar a decenas de millones de personas no será una opción, pues sería logísticamente imposible y tendría consecuencias devastadoras para Estados Unidos. Al mismo tiempo, la idea de que los individuos de origen mexicano en la región son ciudadanos estadunidenses se desechará. Muchos no se verán así, como tampoco lo verá el resto de Estados Unidos. La situación política se radicalizará cada vez más.

Hacia 2090, radicales en México habrán generado una nueva crisis. Por efecto de una reforma constitucional, los mexicanos (definidos como tales por nacimiento y cultura) que viven fuera del país, sea cual sea su ciudadanía, podrán votar en elecciones mexicanas. Más aún, distritos electorales mexicanos se establecerán fuera del territorio nacional, para que los mexicanos que viven en Argentina, por ejemplo, puedan votar por un diputado del Congreso de México que represente a los mexicanos residentes en Argentina.

Puesto que muchos votantes cumplirán los requisitos respectivos en Estados Unidos —objetivo mismo de la reforma, después de todo—, la *cesión* mexicana se dividirá en distritos electorales para que pueda haber veinte legisladores de Los Angeles y cinco de San Antonio electos al Congreso en la ciudad de México. Como las comunidades mexicanas pagarán las elecciones con fondos privados, no estará claro si violarán alguna ley estadunidense. Sin duda el resto del país montará en cólera, pero el gobierno federal temerá interferir. Así, la elección al Congreso de México seguirá su curso en 2090, y mexicanos en Estados Unidos votarán tanto para el Congreso en Washington como para el de la ciudad de México. En algunos casos, una misma persona será elegida para ambos congresos. Será un acto astuto, que pondrá a Estados Unidos a la defensiva, sin disponer de una contramedida equivalente.

Para la década de 2090, Estados Unidos encarará una situación interna difícil, así como una confrontación con México, que se arma-

rá de manera frenética, temeroso de que su vecino intente resolver el problema tomando medidas militares. Los estadunidenses tendrán una gran ventaja en el espacio, pero los mexicanos la tendrán en tierra. El ejército de Estados Unidos no será particularmente grande, y controlar una ciudad como Los Angeles aún requerirá al soldado raso de infantería.

Grupos paramilitares mexicanos brotarán en toda la región, en respuesta a la ocupación estadunidense, y seguirán en activo una vez que las tropas se retiren. Dada la intensa militarización de ambos lados de la frontera, la posibilidad de que esos paramilitares corten las líneas de abastecimiento, aislando así a las fuerzas estadunidenses en la frontera, no será un asunto trivial. Estados Unidos podrá destruir al ejército mexicano, pero eso no significa que pueda pacificar el suroeste, o a México, si se quiere. Al mismo tiempo, México comenzará a lanzar sus propios satélites y a fabricar sus propios aviones no tripulados.

En cuanto a la reacción internacional, el mundo se hará a un lado para observar. Los mexicanos esperarán apoyo extranjero, y Brasil, que se habrá convertido en una potencia sustancial, tendrá con ellos algunos gestos de solidaridad. Pero aunque el resto del mundo deseará en secreto que México ensangriente a su vecino, nadie se involucrará en un asunto tan crítico para Estados Unidos. México se quedará solo. Su solución estratégica será constituir un problema en la frontera mientras otras potencias desafían a ese país en otras partes. Los polacos habrán desarrollado serios motivos de queja contra los estadunidenses, mientras que potencias emergentes como Brasil se sentirán sofocadas por los límites impuestos por ellos en el espacio.

Los mexicanos no podrán combatir a Estados Unidos hasta alcanzar la paridad militar. México necesitará una coalición, y formarla llevará tiempo. Pero tendrá una ventaja enorme: Estados Unidos enfrentará descontento interno, el que, aunque no llegará al nivel de la insurrección, distraerá sin duda su energía y limitará sus opciones. Invadir y derrotar a México no resolvería este problema. En realidad,

podría exacerbarlo. La imposibilidad para Estados Unidos de resolver esta dificultad será la principal ventaja de México, y ganará tiempo.

La frontera de Estados Unidos con México atravesará ahora México mismo; su frontera social real estará a cientos de kilómetros al norte de la legal. En efecto, aun si Estados Unidos derrotara a México en la guerra, el dilema básico no se resolvería. La situación se estancará en un *impasse* colosal.

Bajo todo esto estará la pregunta que Estados Unidos ha tenido que hacerse casi desde su fundación: ¿cuál debe ser la capital de América del Norte: Washington o la ciudad de México? Al principio pareció probable que fuera esta última. Pero siglos después pareció obvio que lo fuera la primera. La pregunta estará una vez más sobre la mesa. Podrá posponerse, pero no evitarse.

Ésa es la misma pregunta que enfrentaron España y Francia en el siglo XVII. España había reinado soberana cien años, dominando la Europa atlántica y el mundo hasta que fue desafiada por una nueva potencia. ¿Imperaría España o lo haría Francia? Quinientos años después, a fines del siglo XXI, Estados Unidos habrá predominado durante cien años. México irá entonces en ascenso. ¿Quién imperará? Estados Unidos regirá cielos y mares, pero el desafío de México ocurrirá en tierra, y —algo que sólo él podrá hacer— dentro de las fronteras estadunidenses. Éste es el tipo de desafío que el poderío militar estadunidense estará menos preparado para afrontar. Por tanto, al acercarse a su fin el siglo XXI, la pregunta será: América del Norte es el centro de gravedad del sistema internacional, pero ¿quién la controlará?

Esta pregunta deberá esperar al siglo XXII.

Epílogo

Podría parecer descabellado especular que un México en ascenso desafiará en definitiva al poderío estadunidense, pero sospecho que el mundo en que hoy vivimos le habría parecido descabellado a cualquiera a principios del siglo XX. Como dije en la introducción de este libro, cuando intentamos predecir el futuro, la lógica convencional suele traicionarnos; véanse si no los asombrosos cambios ocurridos en el siglo XX y trátese de imaginar el uso de la lógica convencional para preverlos. La forma más práctica de imaginar el futuro es cuestionar lo que es de esperar.

Personas nacidas hoy vivirán en el siglo XXII. Cuando yo era chico, en los años cincuenta, el siglo XXI era una idea que se asociaba con la ciencia ficción, no una realidad en la que yo viviría. Las personas prácticas se concentran en el momento inmediato y dejan los siglos para los soñadores. Pero la verdad es que el siglo XXI he resultado ser una preocupación muy práctica para mí. Pasaré buena parte de mi vida en él. Y hasta ahora, la historia —sus guerras, sus cambios tecnológicos, sus transformaciones sociales— ha dado nueva forma a mi vida de manera sorprendente. No morí en una guerra nuclear con los soviéticos, aunque fui testigo de muchas guerras, en su mayoría imprevistas. *Los Supersónicos* no definieron la vida en 1999, pero hoy escribo estas palabras en una computadora que puedo sostener con una mano, capaz de acceder en segundos a información del globo entero y sin cables que la conecten a nada. Las Naciones Unidas no resolvieron los problemas de la humanidad, pero la condición de

los negros y de las mujeres fue objeto de cambios impresionantes. Lo que yo esperaba y lo que sucedió fueron dos cosas muy diferentes.

Al volver la vista al siglo xx, hay cosas de las que pudimos estar seguros, cosas que eran probables y cosas que desconocíamos. Pudimos estar seguros de que las naciones-Estado seguirían siendo el modo en que los seres humanos organizarían el mundo. Pudimos saber que las guerras serían más mortíferas. Alfred Nobel sabía que su invento haría de la guerra un horror indecible, tal como ocurrió. Pudimos ver las revoluciones en las comunicaciones y los viajes: la radio, los automóviles y los aviones ya existían. Sólo hacía falta imaginación, y voluntad de creer, para ver lo que todo eso significaría para el mundo. Hacía falta suspender la lógica convencional.

Sabiendo que las guerras eran inevitables y que se volverían peores aún, no se necesitaba un gran salto para imaginar quién pelearía con quién. Las potencias europeas recién unificadas —Alemania e Italia— y el recién industrializado Japón tratarían de redefinir el sistema internacional, controlado por las potencias de la Europa atlántica, principalmente Gran Bretaña y Francia. Y cuando estas guerras desgarraran a Europa y Asia, no era difícil pronosticar —como en efecto muchos lo hicieron— que Rusia y Estados Unidos emergerían como las grandes potencias globales. Lo que siguió fue más confuso, pero no imposible de imaginar.

A principios de siglo, H. G. Wells, el escritor de ciencia ficción, describió las armas con que se librarían las guerras en las generaciones por venir. Le bastó con examinar lo que ya se imaginaba entonces y lo que ya podía fabricarse, para asociarlo después con la guerra del futuro. Pero no sólo era posible imaginar la tecnología. Organizadores de simulacros de combate en el U.S. Naval War College y en el personal japonés de defensa pudieron describir a grandes rasgos una guerra entre Estados Unidos y Japón. El estado mayor alemán, antes de las dos guerras mundiales, trazó el probable curso de esas conflagraciones y sus riesgos. Winston Churchill pudo ver las consecuencias de la guerra, tanto la pérdida del imperio británico como la futura

guerra fría. Nadie pudo imaginar los detalles exactos, pero sí hacer sentir el perfil general del siglo xx.

Eso es lo que he intentado hacer en este libro: hacer sentir el siglo xxi, con la geopolítica como mi guía principal. Comencé por lo permanente: la persistencia de la condición humana, suspendida entre el cielo y el infierno. Luego busqué la tendencia a largo plazo, que encontré en la decadencia y caída de Europa como eje de la civilización global y su remplazo por América del Norte y la potencia dominante de esta región, Estados Unidos. Con ese profundo cambio en el sistema internacional, fue fácil discernir tanto el carácter de Estados Unidos —obstinado, inmaduro y brillante— como la respuesta del mundo ante él: temor, envidia y resistencia.

Posteriormente me concentré en dos asuntos. Primero, quién opondría resistencia; segundo, cómo respondería Estados Unidos a esa resistencia. La resistencia se presentaría en oleadas, continuando los periodos cortos y variados del siglo xx. Primero estaría el islam, más tarde Rusia, luego una coalición de nuevas potencias (Turquía, Polonia y Japón) y finalmente México. Para comprender las respuestas estadunidenses, examiné lo que me pareció un ciclo de cincuenta años en la sociedad estadunidense en las últimas centurias y traté de imaginar cómo serían 2030 y 2080. Esto me permitió pensar en el drástico cambio social ya en marcha —el fin de la explosión demográfica— y considerar lo que significaría para el futuro. También pude pensar en la manera en que las tecnologías que ya existen responderán a crisis sociales, trazando un sendero entre los robots y la potencia solar espacial.

Entre más se acerca uno a los detalles, más probable es que se equivoque. Obviamente lo sé. Pero mi misión, como yo la veo, es ofrecer una noción de cómo será y se sentirá el siglo xxi. Me equivocaré en muchos detalles. Quizá yerre incluso en la identificación de los países que serán grandes potencias y en la forma en que se opondrán a Estados Unidos. Pero de lo que sí estoy seguro es de que la posición de Estados Unidos en el sistema internacional será el tema clave del

siglo XXI, y de que otros países lidiarán con ese auge. En definitiva, si hay algo que argumentar en este libro, es que Estados Unidos —lejos de estar al borde de la decadencia— inicia apenas su ascenso.

Afirmo enfáticamente que este libro no pretende ser una celebración de Estados Unidos. Soy partidario del régimen estadunidense, pero la Constitución y los documentos federalistas no son lo que da a Estados Unidos su poder. Lo fueron, en cambio, la postura de Jackson en Nueva Orleans, la derrota de Santa Anna en San Jacinto, la anexión de Hawai y la cesión de las bases navales británicas en el hemisferio occidental a Estados Unidos en 1940, junto con los peculiares rasgos geográficos a cuyo análisis dediqué mucho espacio en estas páginas.

Hay una cuestión de la que no me he ocupado. Todos los lectores habrán notado que en este libro no toco el asunto del calentamiento global. Ésta sería una omisión flagrante. Claro que creo que el medio ambiente se calienta cada vez más; y como los científicos dicen que esto no está a discusión, concedo sencillamente que el calentamiento global fue causado por los seres humanos. Como dijo nada menos que Karl Marx: "La humanidad no se plantea problemas para los cuales no tiene ya una solución". No sé si ésta sea una verdad universal, pero parece una verdad en este caso.

Han emergido dos fuerzas que pondrán a discusión el calentamiento global. Primero, el fin de la explosión demográfica reducirá, al paso de las décadas, el aumento en la demanda de casi todo. Segundo, el incremento en el costo tanto del hallazgo como del uso de hidrocarburos intensificará el ansia de opciones. La opción obvia es la energía solar, pero me resulta claro que acumular energía solar en la Tierra tiene muchos obstáculos por vencer, la mayoría de los cuales no están presentes en la generación de energía en el espacio a partir de la luz solar. Para la segunda mitad del siglo XXI, veremos transformaciones demográficas y tecnológicas que, en conjunto, se harán cargo del problema. En otras palabras, la disminución de la población y el dominio del espacio en vistas al poder global se combinarán para resolver ese problema. La solución ya es imaginable, y será la consecuencia no buscada de otros procesos.

La consecuencia no buscada es justo de lo que trata este libro. Si los seres humanos pudiéramos decidir sencillamente qué queremos hacer y luego hacerlo, los pronósticos serían imposibles. El libre albedrío está más allá de todo pronóstico. Pero lo más interesante de los seres humanos es que casi no somos libres en absoluto. Hoy es posible que la gente tenga diez hijos, pero apenas hay quien lo haga. Lo que hacemos está muy constreñido por el tiempo y lugar en que vivimos. Y nuestras acciones desbordan consecuencias que no buscamos. Cuando ingenieros de la National Aeronautics and Space Administration (NASA) usaron un microchip para armar una computadora a bordo de una nave espacial, no tenían la intención de crear el iPod.

La base del método que usé en este libro es examinar las restricciones que pesan sobre los individuos y las naciones, para ver cómo suelen verse obligados a comportarse de cierta manera a causa de esas restricciones, y después tratar de entender las consecuencias no buscadas que tendrán esas acciones. Existen infinidad de incógnitas, y ningún pronóstico de un siglo puede estar completo o ser totalmente acertado. Pero si aquí he ofrecido una comprensión de algunas de las restricciones más importantes, de las probables reacciones a esas restricciones y del resultado de tales actos en el nivel más amplio, me daré por satisfecho.

En cuanto a mí, resulta sumamente extraño escribir un libro del que nunca podré saber si es cierto o falso en general. Lo he escrito entonces para mis nietos, pero más todavía para mis bisnietos, quienes sí podrán saber eso. Si este libro puede guiarlos de alguna manera, habré sido de utilidad.